

JERARQVIA

N O T A

*Nuestro anhelo cumplido, al fin,
en esta primera aparición de
JERARQVIA. Por el camino de la
dificultad, áspera y gozosamente,
vencida. Y bajo el signo de la
Guerra. Que así queríamos fuese
saludada con salvas de cañón y
de fusiles. No es esta—lo sabemos
—la edición definitiva. La caricia
de una hoja buena de papel, la
emoción de un tipo sereno de im-
primir disponen al saludo cordial
de la Sabiduría. Y todo vendrá
con la Paz. Además el ámbito de
nuestra publicación irá latiendo en
el ángulo de la Filosofía y de la
Poesía, agudo como un Flecha de
oro de la Falange. Alumbrada en
las Cuatro Estaciones del Año.
Nieve. Flor. Espiga. Racimo.
De nuestra Vida breve.
Para la Vida eterna.*

EDITADA POR LA JEFATURA NACIONAL DE
PRENSA Y PROPAGANDA
DE FALANGE ESPAÑOLA

DIRECCION LITERARIA
CUARTEL S. MARTINEZ DE ESPRONCEDA
PAMPLONA

ADMINISTRACION
JEFATURA NACIONAL — GARIBAY, 36
SAN SEBASTIAN

JERARQVIA

LA REVISTA NEGRA DE LA FALANGE

GOZO Y FLOR DE LAS CVATRO

ESTACIONES

EN NAVARRA ~ INVIERNO ~ MCMXXXVI

JERARQVIA

Guía
nacionalsindicalista
del Imperio
de la Sabiduría
de los Oficios

ESCVADRA DE JERARQVIA

JEFE ~ FERMIN YZVRDIAGA LORCA

CARLOS FOYACA DE LA CONCHA
RAFAEL GARCIA SERRANO
ALFONSO GARCIA VALDECASAS
ERNESTO GIMENEZ CABALLERO
PEDRO LAIN ENTRALGO
EUGENIO MONTES
MARTINEZ CRISPIN
ANGEL MARIA PASCVAL VISCOR
JOSE MARIA PEREZ SALAZAR
VICTOR DE LA SERNA

EDICION DE ANGEL MARIA PASCVAL
ILVSTRACIONES DE MARTINEZ CRISPIN



SONETO IMPERIAL

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
La Edad gloriosa en que proclama el cielo
Un Pastor y una Grey sola en el suelo
Por suerte a vuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo celo
Y anuncia al Mundo para más consuelo
Un Monarca, Un Imperio y Una Espada.
Ya el orbe de la Tierra siente en parte
Y espera en todo vuestra Monarchía
Conquistado por Vos en justa guerra.
Que a quien ha dado Christo su estandarte
Dará el segundo, más dichoso día
En que vencido el Mar, venza la Tierra.

Hernando de Acuña.

T A B L A

JERARQUÍA, por Fermín Yzardiaga Lorca.

A ROMA POR TODO, por Rafael García Serrano.

SERMON DE LA TAREA NUEVA, por P. Laín Entralgo.

QVADRIVIO IMPERIAL, por Angel María Pascual.

POESIA, Arbeloa - Foyaca - Salazar - Iribarren.

TEXTOS. - Ocho Glosas, por Eugenio d'Ors.

NOTAS. - Coloquio, por Teófilo Ortega.

Letras, por Manuel Iribarren.

Campo, por Francisco Uranga.

Nacionalindicalismo, por Fermín Sanz.

Jerarquía, por E. Giménez Caballero.

CAMPAMENTO. - Nuevo Cronicón de Cruzadas.
por R. G. S.

EL VASO DE RICINO. - La Política, por F. Y. L.

* * * * *

PARA DIOS Y EL CESAR



CRISTO

DESDE LA ETERNIDAD
VERBO EN LA BOCA DEL PADRE
PALABRA DE SABIDURIA
LVZ EN LAS TINIEBLAS DEL MVNDO
ARMADVRA DE LA FE. CALZADA ARDIDA
DE NUESTROS PASOS

EL MAESTRO

TV IMPERIO INEFABLE DE LA
VERDAD Y DEL AMOR,
VNA
TODOS LOS PENSAMIENTOS VACILANTES
TODOS LOS CORAZONES DOLORIDOS

EN TV SIGNO

PORQUE ERES
PRINCIPIO Y FIN DE NUESTRA VIDA

DIOS.



JOSE ANTONIO

CAPITAN DE ESPAÑA

RVMBO DE LAS ESCVADRAS IMPERIALES

BRAZO DE LA FALANGE, ARDIENTE

DE HERMANDAD. VERTICAL DE

JERARQVIA. PENSAMIENTO Y VOZ

SOLDADO

DE TODAS LAS TRINCHERAS

PROFETA DE SANGRE

DE LA VIDA Y DE LA GLORIA DIFICIL

CESAR



MVERTOS

DE

FALANGE ESPAÑOLA

EN

EL AIRE, EN LA TIERRA, EN EL MAR

TRIGO DE ORO EN EL BARRO

NVEVO DE ESPAÑA. LVCEROS

EN LA NOCHE DE LA GVERRRA

EXACTOS DE GVARDIAS ETERNAS

Y DE GLORIA.

MVERTOS

DE

FALANGE ESPAÑOLA

VUESTRA LVZ

NOS GVIE, NOS CONFORTE, NOS ABRASE

HASTA QUE DESCANSEMOS

EN

VUESTRA GOZOSA LVZ.

IN
PA|CE



JERARQUIA

ESQUEMA DE UNA MISIÓN

POR

FERMIN YZURDIAGA
LORCA

*El pueblo del Pueblo, el alma en agonía, las manos rojas
de los que sangran, los ojos cerrados por la injusticia del Pío-
go. Mi amigo — la guerra es el más ardiente signo de libertad.*

LEONARDO

GOVERNADOR DE VINA MISION

FOR

FERMIN Y ZARDIAGA

LA ARCADE EN EL MAR

ORAS EN EL CRO DE GARY

VENO DE ESPANA, YUCROS

EN LA NOCHE DE LA GUERRA

EXACTOS DE GUARDIAS BTERAS

Y DE GLORIA

MYRTIS

DE

PALANQUE ESPANOLA

ALBINO

NOS GUE NOS CORPOTE NOS ABRASE

HASTA QUE DESCANSEMOS

EN

YUCROA COZOA CYS

IN
PAICE

JERARQVIA

He vuelto del Frente, el alma en agonía, las manos mojas
das de sangre, los ojos cegados por la angustia del fue-
go. Mi amigo—le quería en el más ardiente signo de herman-

dad—hacia, de la muerte, bromas, en el parapeto de la raya de Francia.

—¡Ya no cargan!, dijo: y estirando los brazos, en un anhelo delirante de alas, saltó fuera. La ráfaga de la ametralladora ardió, un instante, su llama seca de acero. Le vi erguirse, en el choque bárbaro del plomo con la carne joven y jugosa.

—¿Llegó hasta el firmamento de un salto?—: sobre la camisa azul, unos hilos de sangre dibujaban las Flechas, el Haz: era todo el corazón, en una ofrenda de ansias, por España; y la espuma roja de los labios, como una rosa viva de la primavera azul, y en los ojos, y en las manos, y en los pies; se hacía carne sagrada la vieja Profecía y la sinfonía heroica de la Canción. Después se desplomó en la miseria del barro; quedó allí, con los brazos abiertos: como una cruz de eternidad: sobre la Tierra y cara a los Luceros.

Dijo el Cristo, refiriéndose a su sangriento reinar desde la Cruz: «Cuando fuere levantado sobre la tierra atraeré todas las cosas hacia Mí». Y, en el Imperio del Cristo, se abrió el mundo de las almas y de los corazones a inetable y gozosa Unidad: la Verdad de la Vida.

Ahora, en el dolor y en la gloria de esta Guerra de España, el Cuerpo de la Falange—carne gloriosa del amigo muerto, de todos mis Hermanos en las Escuadras Eternas incontables—se ha levantado sobre la tierra rota para juntar todas las cosas en un alto destino. La Unidad de las Españas. Dos Imperios. Dos Espadas. Dios y el César. Y, en medio, la Falange, la Guerra y Jerarquía. Con el cuerpo del amigo, que tenía sangrientas las Flechas, el Haz, sobre el corazón de su heroísmo.

A sí cierra, en sangre, su ciclo de acero, una Edad Bárbara, en la Historia—dolor y ruina de la Guerra Europea, grandeza y gloria de esta Cruzada Nueva de España—: porque pensamos que el Cuerpo del Mundo tiene, aun, en occidente el Corazón y el Espíritu para palpar rumbos, para crear y recrear culturas.

Europa encadenada, ahora, pero en filo gozoso de liberación, de nacimiento, de bautismo.

La Edad Media le tejó en la frente una gloria de laurel: le resbalaba, entonces, por la carne fresca un brillo generoso de juventud: tenía en la mano artesana y castrense, espada de caballerías, de jerarquías y el arado que cruza la conquista de las cosechas: y en el corazón—nave—la vela henchida de audaces vientos marinos para misiones y navegaciones universas. Nació tanta grandeza de una interpretación de la Vida exacta, integral, fecunda.

—Tomarla, como predicaba el Cristo, toda escondida en la ingenuidad de las parábolas pastorales, lejos, muy lejos del humano maquinismo: como un campo ancho, al amor de los azules infinitos, roto en pentagramas calientes de sementera: allí la semilla de la mostaza o del trigo: la cizaña ansiosa y torpe que le agarrota en el crecimiento: la lucha áspera por el vivir diario: y luego, los ángeles justicieros y flamígeros, en el fin angustiado del hombre y del mundo, quemando, en crujir de espanto, la maleza de la cizaña, como osamenta de cuerpos malditos, y espigando el buen trigo, con brillos de oro y de sol, para la gran Siembra Sempiterna.—

Así la Vida entendida, engarzada en las espinas de la cizaña, tiene una virtualidad suficiente para ser vivida. La Milicia, con su vigilia permanente de guardias, su virtud defensiva y su audacia ofensiva: merecer, en suma, las ascensiones faustas de la espiga, que se rompió de semilla en la tierra, que levantó, contra marea y viento, la caña débil, pero segura, para rozar, un día celestial, el azul eterno y angélico. Escuetamente. Clamar por un Destino inmortal del Hombre todo—conjunción admirable de Materia y de Espíritu—nacido del barro, acosado en sus ansias infinitas,—palestra de méritos,—por los deseos torpes, pesados, sucios del barro terrenal. En Milicia. En intemperie, en dolor de campamento, en trinchera. Aquella Edad áurea había incorporado, el pensamiento vital del Augustino, a la circulación maravillosa de su alma: la guerra de las dos Ciudades, angélica y satánica, en el mundo exterior de los Estados y en la interior esfera de los corazones. Se batallaba por las banderas del Gran Capitán Jesucristo en las tierras orientales de musulmanes y judíos: y también el hombre—cruzado de sí mismo—con los domésticos enemigos de su inmortalidad, que son los carnales apetitos, la sed de oro, hambre de orgullo, y el temblar impaciente del sexo: Pero la Civitas Dei debajo de la rodela del Caballero, del sayal del monje, del jubón del artesano, flameaba los banderines gozosos de la Victoria. Para Dios la Fe y la servidumbre ardiente, con la primicia de las oraciones del alba y de la tarde, y el deseo de custodia contra las incursiones del diablo. Para el César, el fruto, el brazo, la reverencia y el holocausto de la sangre: porque «regía por la voluntad de Dios» la Ciudad terrena para la divina Ciudad.

De este sentimiento de Milicia tenía que derramarse por todo el organismo individual y social, un ejemplo alegre de austeridades y de hermandades, de regusto celeste, presen-tido. Miraba el Ciudadano, en el semejante, el mismo barro, iguales pecados y tentaciones, flaquezas y heroismos gemelos. Un Principio, un Fin, y un Medio—toda la vida—en la identi-dad de las romerías y de los caminos: no podía existir la Jerarquía delante de la desnudez del nacimiento, delante del espejo sombrío y ejemplar de la muerte. Hermandad. Comu-nidad. Pero Dante—aquél Dante callado y enamorado de los puros paisajes florentinos, cerca de Roma, la Ciudad de Dios—aseguraba haber visto el Paraíso y el infernal fuego del cauti-verio. Frondoso el símbolo, la intención aguda—áspera y malévola muchas veces—el entusiasmo ardiente, todo esto cantaba en el verso amoroso y teologal de Dante. Vió, sí: por poeta, profeta. Pero al romper, con su aliento místico, los velos azules de la eternidad encontró miriadas de constelaciones perfectamente distintas: un ángel distaba de otro ángel: gra-dos de angeleidad. Jerarquía. Desde los ángeles ordinarios, custodios, de guarda y misión mundana, hasta las Virtudes, Potestades, Dominaciones y Tronos, Serafines y Querubines, que arden más y más en la llama pura y fervorosa de Dios. Sólo en la Divinidad no hay Jerarquía, sino identidad de Na-turaleza, de ser y de existir: con relaciones de procedencia y de misión: El Padre Creador; el Hijo, Verbo; el Espíritu San-to, Amor del Padre y del Hijo, en la misma Naturaleza divina. Dante, bajó, después, con inquietudes de venganza al báratro del fuego;—¡con qué gracia saludaría a Caronte, para aquella

navegación por las grutas maravillosas del tedio, del dolor y de la agonía pestilencial, donde él colocaría el castigo de sus enemigos!,—era ya, se sentía Dante un Jerarca, al contagio de la celeste visión: y admitía la Jerarquía adorable del Amor, dulce esclavo de Beatrice. YA allí, en aquel lamentar desconcertado e inútil de los precitos, vacíos del amor, de la verdad, de la Vida, en un vacío inmortal, con hambre y sed encarcelada, allí también vió Jerarquía de innumerables demonios y diablos bajo la cátedra espantable de Lucifer. Dante vivía el dolor del mundo, en las ausencias emocionadas del amor, en la angostura de su pobreza urbana, en el odio de los que le dentelleaban con la envidia: pero eran, al fin, sus hermanos. Francisco de Asís que dormía al lobo con el cordero, que hablaba con los peces y los pájaros y tañía inefables canciones con los sarmientos, en violín, de los caminos, le hubiera mirado, ásperamente, con desconsuelo y pena, como al lobo maravilloso de Gubbio. ¿Cómo estrechar Hermandad y Jerarquía? Con su DUX, con su MONARCHIA, con su SACER PRINCIPATUS. Con Jerarquía. San Pablo—le admiraba, con ardor, Dante—le ofrecía fresca e infalible, desde siglos, la solución. Distinctiones gratiarum sunt, idem autem, Spiritus. Y de esta diversidad de Gracias que la sola voluntad divina guía en el mundo, sacó Dante la Jerarquía de la Inteligencia que es el Imperio de la Verdad: la aristocracia de la conducta, que es Heroísmo en el corazón: el justo regimiento de los Hombres, de los Municipios y de la Tierra, que es Imperio del César: y la hermandad espiritual de las almas en el Imperio Universo de Dios.

Dios y el César. Así cuaja el sentido de Jerarquía en la forja heroica de las Dos Espadas. Pero yo diría ahora, escondiendo un poco este duro simbolismo guerrero, que tiende Jerarquía sus Dos Brazos. El Brazo invisible de Dios nos hace sombra deleitosa con su Providencia. El Brazo del César dibuja, sobre la tierra de sus Imperios, un ramo saludable: el Olivo de la Paz. Por eso Jerarquía dice inmediatamente Orden, Remanso, Equilibrio: la balanza de la Justicia en el fiel para ordenar lazos apasionados y violentos en la comunicación y contiendas civiles de los hombres; un remanso que es soledad para el buen trabajo de los campos: silencio en los Cenobios y en las Catedrales para tejer oraciones al Amor y a la Sabiduría en la rueca de oro del alma: y dulce recogimiento en los pesados Castillos para que el Señor piense estrategia de Cruzadas. Al amparo de la Jerarquía—yá de los dos Imperios—se para el Tiempo, los cuadrantes precisos, suficientes, para que Magister Mattheus talle los encajes de espuma en su Puerta de la Gloria y haga, de las Piedras, Jerarquía de Artesanía: para que el Cid corra todas las derrotas del moro y levante la Aristocracia del Heroísmo: para que saque Rolando todos los gritos de epopeya en su olifante, cantando la Jerarquía de la Inspiración y de la Belleza: para que el Magno Alberto, manipuladas todas las secretas esencias de la materia y del Espíritu, beba el vino gustoso del descanso en el cáliz de la Jerarquía de la Sabiduría; para que, en fin, Carlo Magno—aceitadas de consagración, la barba y la frente, con la espuela de oro calzada en manos papales—conquiste tierras y tierras y tierras para la ofrenda imperial a la Cátedra de Pedro.

Y así, de dos, salte un Imperio y una Jerarquía. La Obra Bien Hecha. De Oro. Edad Media. Con estas tres Herencias para la eternidad: la Línea recta que, en ansias inmortales, se rinde solo, en la gracia de la oración, por las ojivas: la Scolástica, árida, meticulosa, difícil—si queréis—pero abierta como genial método de la inteligencia: y luego el prodigio del Arca de los Reyes Magos en la Catedral de Colonia, que cinceló Maese Nicolás de Verdun, con inefable artesanía. Pero la Ojiva graciosa, y la Scolástica, y la Arqueta, tienen un secreto Dolor superado, confortado en la realización: el dolor cristiano, vida de la Edad Media: mirra en aquel cuerpo robusto, sano, maternal: sacramento, como las santas unciones de la postrimería, que le ha preservado de morir: para revivir, ahora, en la Jerarquía del Tiempo Nuevo. El dolor que es pura, sencillamente, ansia delirante de inmortalidad: de Dios.

Europa encadenada. Desde ahora os diré que en estos tres eslabones: igualdad, libertad, fraternidad: con el triunfo feo, maloliente, de la democracia de la sabiduría y de la conducta en el individuo, y de la social, en el sufragio estratario de los Reinos.

Os diré, cómo. Pues con aquella risotada, que quiso tener elegancia y pompa de renacimiento y no era más que rebeldía, záfia del Pensamiento humano: volutas rococó con la efímera consistencia del humo y de la fogarada; y un andar a pie, espeso, municipal, contra las maneras cortesanas de los Caballeros: y al fin, todo esto que dió en ser y nombre de comunismo, tirándose viajes de faca, en las tabernas apesta-

das, los hombres que bostezan y fuman. Fué así, en esquema: Kant se rebeló contra el Espíritu divino, Luther contra la disciplina de Roma: en suma, los dos, contra la Jerarquía de la Sabiduría: contra Dios. La Reforma ensanchaba las normas de la conciencia, y el corazón sin freno, sin fé, pecó fuertemente. De la parte inferior, sensible y sensiblera, subía la ponzoña hasta la inteligencia vacilante: no importa la rotulación bella de la herejía, careta, al fin de carnaval. Racionalismo, Criticismo, Liberalismo, Modernismo, Comunismo. Había de terminar en Miércoles de Ceniza el jolgorio del Placer y del Orgullo que movían toda la zarabanda de las cortes de los reyes Sol. Y la ceniza dolorosa y trágica, por toda la tierra de Europa que era un fuego colosal de odios, cantó el responso infeliz y sombrío de la Gran Guerra del Catorce. No merece mayor empeño de análisis la fría herencia melancólica de tres siglos postreros en una historia, no vivida. Dejar, solo, el atisbo, en este hecho de la angustia occidental contemporánea, última consecuencia realísima y trágica del silogismo salvaje que se enuncia así: ¿Orgullo y Placer en la Humanidad? pues lógicamente este dolor y ruina de la Edad Bárbara que termina.

*E*uropa encadenada.

¿Podemos libertarla nosotros? Al menos con sangre joven de España, ardiente de tradición, bronca en sublimes valentías, se ha roto la cadena de los opresores: llave sagrada del sacrificio que abre, de par en par, las puertas de la Vida de Europa para que se contagie con aire fresco de campo, con luz de sol,

con infinita brisa marina: gloria de horizontes y amor de Naturaleza. Nos vuelve el Deber de la Misión, bajo un repique gozoso de campanas que estremecen el Templo del Mundo. Ya tenemos capitanes. Viene Ignacio de Loyola con su espada de la Verdad para atizar mandobles a toda herejía y rebeldía: él, tenaz peregrino de los caminos de España, de Roma, de París, experto de Castillos y de Batallas, Capitán laureado en las guerrillas de la Contrarreforma: y viene Cristóbal Colón: nos trae cartografías: esferas: su llama en los ojos; su locura delirante en el corazón, para buscar otra vez al huevo de la curva rebelde, una base segura en la inquietud de los océanos, en la comba de las tierras desconocidas. Viene Gonzalo de Córdoba, toda la frente aureolada con las más bellas estrellas de Oriente, armado Gran Capitán de las historias: y Fray Luis y el Maestro Vitoria: y desde muy lejos con aroma de fuentes, de serranías, y de ventas, el Arcipreste, para que no falte al alma española el buen vino de la inspiración.

Podemos salvar a Europa, haciéndola carne y alma, temperamento y figura del alma Española. ¿Volviendo atrás, hacia una Nueva Edad Media? No nos atrevemos, nosotros, a derramar con las puras aguas bautismales, la gracia del nombre de pila. La juventud que nos traiga de las trincheras la corona de la Victoria, mojada de su propia sangre, oficiará la gloria del Rito y del Stilo. Y a una juventud endurecida de intemperie, tensa de guardias, palpitante de Vida no se le puede pedir que salte atrás; los músculos recios del brazo y del alma le piden disparar al futuro flechas de oro, en el arco de la audacia, de la ilusión y de la fortuna. Podemos iniciarles,

sin embargo. Ellos dejaron generosamente en los dientes hambrientos de la anarquía lo más amado del vivir: un Ejército de Caídos. Lucharon y vencieron por una Edad de Jerarquía.

¡Sea, pues, el áureo tiempo porvenir, Edad de la Jerarquía Española! eso sí, con el magisterio experimentado del medievo, en el fondo gozoso del dosel, en la vela mayor de la nave de nuestros Imperios.

Tomás de Aquino (Sum. 1.^a Q. 108-1) ha visto en la pura y desnuda naturaleza de la Jerarquía, tres maravillosas raíces, capacidades, acciones. Ella, para reducir dócilmente las esencias a unidad, antes ilumina, y con esta fragante luz, purga, humilla, concierta: suave y fuertemente, añadimos nosotros.

¡Y qué ancho esquema para la vitalidad joven de una generación! Iluminar, primero: empresa de alto estilo intelectual: poner orden de humildad en el pensamiento del Sabio, por naturaleza propicio al orgullo: hacerle doméstico, afable, artesano, enemigo de las excesivas disciplinas, de las malas curiosidades: vestirle armadura militar de obediencia, de vigilia: quitarle el nombre de Sabio y consagrarle siervo de la Sabiduría. Iluminar al Artesano: hacerle Artesano, nunca más obrero: ponerle luz en las manos para que acaricie leve y genial el bronce, el mármol, el oro y el barro: a este no le quitaremos nada: le debemos cerrar el hambre, las heridas del odio, y que ríen las rosas de la vida sobre su noche de miseria y de tedio: que esta luz le abrillante hasta hacerle

hermoso, digno, para dar su mano al otro Artesano, al siervo de la Sabiduría. Iluminar cuevas, logias, salones rotarios: todos esos templos negros, donde las misas demoniacas y el órgano descarado de gritos y de blasfemias estiraba sus flautas infernales, como aquellas que tanta vacilación llevaron al santo Abad Antonio, César de los desiertos, fuerte en la Fé y en el amor a la Verdad. Así. ¡Iluminar con la Verdad! Por eso, clamamos que el más alto galardón de la humana inteligencia, el bien ganado descanso, reside en la ecuación exacta con la Verdad. Es una, la Verdad, idéntica a la naturaleza Divina; porque la Verdad Humana, vária en las várias disciplinas, no es más que eco reverberado de la Verdad, del Verbo, Palabra, en suma, de Dios. Confesamos con dolor en el alma, herida del Pecado de Origen, que la comprensión de esta Verdad es premio reservado a los beatos, revestidos, en aquel gustoso convivio con la vestidura graciosa del Lumen: de la luz de la gloria. Pero el hombre puede aprender la Verdad, aun así, salpicado con los barroes del camino, los ojos en lágrimas, todas las facultades en tensión. En una palabra. Como queremos nosotros: incómodamente: en la misma frontera del error, en lucha implacable contra él, porque no tiene derechos, porque es negación y odio, y solamente la Verdad del Amor puede poner las piedras del alcázar nuevo de la Sabiduría.

—Así veo ascender a nuestro Juan de la Cruz, teñidas de su sangre las zarzas del camino, en las bocas de los chacales la parte grosera de su cuerpo, hacia la montaña de la Verdad, de la Luz, de la Vida. Y sube ansioso, en purificación y en heroísmo, bajo el cielo de su noche oscura, cantando loco de amor, como un Atleta joven de Cristo.—

¡Cantando! porque en la escuela de nuestra Jerarquía hay horas de callar, de dulces oficios manuales, de comer en una misma mesa el pan del diálogo, y de cantar al sol, al aire, a la tierra, al agua, y al fuego como semilla de la nueva Vida. Y la canción alegre, medida y sentida aleja las caricias torpes, los halagos carnales, el perder el tiempo en la concha de la ociosidad, donde pueden sorprendernos las sirenas.

De esta manera será la Jerarquía del Pensamiento, en esquema, suave desposorio con la Verdad, en guerra instantánea contra el error, dentro de su propia trinchera. Queremos como en la amorosa parábola, que en la impaciencia nocturna por la venida del Esposo, nos coja el cortejo juvenil de las bodas, con la lámpara del corazón llena, bien firme la llama de la inteligencia: y que los necios, durmientes, blandos, crujan fuera en agonía y en hambre.

***J**luminar y purificar: para unir. El Corazón del hombre, después: ¡qué bien le urge la Jerarquía de la Conducta! él se recreó más en la apetencia y el brillo de la manzana prohibida: de él salieron, en la historia del hombre, los odios, los adulterios, las peleas y las malas cogitaciones. ¡Y qué difícil, en la Edad Bárbara agonizante, encontrar un corazón simple, humilde, generoso en el amar y en el servir! Dos palancas le han movido angustiadamente: el egoísmo y el sexo. La conquista del oro y de las pobres cosas terrenales le enmarañó en disensiones y en guerras, mientras la pasión del sexo agotaba las fuentes de la Vida. Democracia grosera de corazones—Libertad de amar y derecho a morir, gritaron los bár-*

baros—con cintas de libertinaje y de modernidad, en una ejecutoria sin nobleza de sangre: el signo de la Decadencia de Europa. Y hay Jerarquía, en el corazón. La gritamos nosotros, ahora, con pasión de conquista. El Heroísmo amado, realizado en la vida individual y colectiva.

Nuestro César joven, José Antonio—¡y cómo le apremia y le arde, en el alma, esta especie de heroísmo!—la predicó así: Dar, con gozo, la existencia por la esencia. Quemar la vida en el dolor, en la audacia, en la hora difícil, cuasi insuperable, por ganar el ser de hombre: lo que le queda de luz, bajo el montón de la carne rota y las cenizas, con la muerte: el alma. Trocar por el gozo del alma, cuerpo, sentidos, y la variedad de brillantes, deleitosas criaturas que están a nuestro uso y servicio. Para los jóvenes quisiera yo, grabada en sangre, esta lección de nuestro Ausente, que trasciende a celestial filosofía, a Voz de Profeta, a evangelio de eternidad. ¡Por el Nuevo Tiempo, las Falanges del Heroísmo! Las que nacen con ardor de Flechas, y se desangran, en locura de Martirio, para que afloren las Rosas de la Primavera.

Dar la existencia por la esencia. Justamente como aconsejaba el Cristo: No temáis a los que os pueden matar el cuerpo: temed más a los que os pueden reducir el alma y el cuerpo a la gehena del fuego. Así puede volver nuestro Catolicismo a formas pristinas, puras, de Catacumba, de Circo, de Símbolo llano y Pan eucarístico. Porque la Jerarquía del Corazón, que es el Heroísmo, ata a los hombres, en el aprecio de la eternidad y del alma, con el lazo más ardiente de Hermandad. Esta es la Misión nuestra con el Estilo de la Falange. Hemos acam-

pado, por la noche negra de España, en tiendas castrenses: a la intemperie, al asedio, al frío, bajo la cúpula maternal y cegadora de las estrellas. Ardía en medio una violenta y divina llama—¡yo os diría que éramos, entonces, los fieles guardianes, en el Rito heroico, de aquel fuego, rayos del Sol de Oro que calentaba Mundos!—Por nosotros y para nuestra Falange, aquella poca tierra exacta de España debajo de nuestros campamentos, no se puso la histórica aventura y Siglo de aquel Sol. Y era, os lo aseguro porque me sentía abrasado en ella, la Gracia de la Milicia, que arde en llama, solo para el corazón de los soldados. Nos decía el Ausente, entonces Capitán y César joven, todos estrechándole en franquía hermana: Sois mitad monjes y mitad soldados: con los tres votos... Recordad los ungidos por él, los elegidos de la Vieja Guardia y Hora. Soldados y monjes, mitad por mitad: temple de asceta y brazos castrenses. Y el monje que se viste de harapos y llaga el cuerpo y come amargamente, es un aristócrata del corazón, un Jerarca del Heroísmo, porque cambia la existencia por la esencia.—Y estoy viendo al mercedario tan imperial, tan soldado-monje de España que, por el gozo de ensanchar nuestra tierra, se ata, de voluntad, en cautiverio, para salvar con la fianza de su heroísmo, un cuerpo para el César, un corazón para Dios, extraviado—. Pues ahora y en el porvenir necesita la Edad Nueva de España fianzas de sangre, en el martirio alegre que canta la Falange: como un Servicio: como un Deber: Centinelas del corazón en los cuatro puntos cardinales de la Rosa intacta de nuestros Imperios.

Con estas Escuadras Jóvenes de España, ardidadas en el horno de la sabiduría y del heroísmo, el Pueblo ha de clamar por el César, sintiendo cada ciudadano que es César de sí mismo. Hemos triunfado de las democracias liberales, falsamente comunistas, por la integración exacta de la Comunidad y de la Hermandad: por la Línea Vertical, como la verdad dogmática, del Nacional-Sindicalismo. El César, así, sostiene en sus manos consagradas por Dios, la cúpula de nuestra Jerarquía: él, que amó la vida difícil, la presencia audaz en todas las trincheras, el noviazgo de la muerte, coronada de risueños azahares, sea levantado en olor y clamor de multitud, sobre el arnés aún caliente en el hervor de la guerra. El tendrá la Espada de la Soberanía, del Juicio, de la Paz y de la Guerra: y en sus manos, las vidas y las haciendas de los ciudadanos, en un voto sagrado de fidelidad: y para Dios las almas. Como en el viejo verso de España que vuelve, con rumor de bandera, para las Escuadras de la Jerarquía.

Jerarquía de la Inteligencia en el imperio augusto de la Verdad. Jerarquía del Corazón por la exaltación de la Conducta y del Heroísmo. Jerarquía social bajo el brazo del César y al amor de Dios.

Y Tiembla emocionado mi esquema hecho carne de Historia, Voz de Misión, testimonio heroico de martirio. Después de la Pasión de España, la Letanía gloriosa de los Imperios y de los Destinos. Triunfar, como el Cristo, después de una cuesta espinada, áspera, sangrienta. ¡Ay del amigo muerto, de los Hermanos de Servicio en las Falanges Eternas! Cinco rosas

*abiertas en nuestra carne joven. Para cerrar, en contricción,
las apostasías sucias de una Edad débil, empedernida y loca.
Y presiento que las Banderas vuelven. Fueron sudarios de los
soldados muertos: y así empapadas con la sangre nuestra de
la guerra, se hacen de oro al beso del Sol Imperial que ama-
nece. Toledo. Nuestro César Carlos derribado en la Tierra.
También, con él, España gustó pan de barro, vino amargo de
mirras y le salpicaron las babas de la traición, de la tiranía y
de la cobardía. Pero levantamos, antes que a él, su Estandar-
te y su Espada. Y, ya todo está en punto—Trompetas, Banderas,
Caballeros, Artesanos, Poetas con el verso impaciente,
Mujeres para enjugar los rostros de los soldados vencedores,
Niños con las palmas de laurel y las coronas de mirto—bajo
el sol nuevo, para el Desfile de la Victoria, en ésta edad de
Jerarquía.*

¡Dos Imperios. Dos Espadas!

*No. Aún ha de ser más puro el empeño: más una y afilada la
Gloria de la Victoria. Canta el Verso Imperial de nuestra divisa:*

*... Y anuncia al Mundo para más consuelo
Un Monarca, Un Imperio y Una Espada...*

*Así. Una Espada que en los Mandos abre brazos de Cruz y
de Luz, de Eternidad y de Vida. Que se adelgaza por los filos
exactos y desnudos, para regir el Orden, la Justicia y la Paz.
Para cortar Tierras y Mares. Nuestra Espada de Jerarquía,
flamígera, vencedora y salvadora.*

*Espada de España, de Europa,
del Mundo.*

abierta en nuestra carne joven. Para cerrar, en confesión,
las apuestas sacas de una Edad débil, empobrecida y loca.
¿Presiente que las Banderas vuelven. Fueron sudarios de los
soldados muertos, y así empapadas con la sangre nuestra de
la guerra, se hacen de oro al peso del Sol Imperial que amo-
nece. Toledo. Nuestro César. Carlos derribado en la Tierra.
También, con el España gustó pan de barro, vino amargo de
mirtos y le salpicaron las dadas de la tracción de la tiranía y
de la cobardía. Pero levantamos, antes que a él, su Estándar-
te y su Espada. Y ya todo está en punto. ¡Trompetas! Bando-
ras, Caballeros, Artilleros, Poetas con el verso impaciente,
¡Mujeres para cubrir a los rostros de los soldados vencedores,
Niños con las palmas de laurel y las coronas de mirto! Bajo
el sol nuevo, para el Destello de la Victoria, en esta edad de
perpetua...
¡Dos Imperios! Dos Españas! ¡Nuestro sol sobre la
No. Aún ha de ser más puro el empujón más nudo y aliado la
Gloria de la Victoria. Canta el Verso Imperial de nuestra divisa:

... Y anuncia al mundo para más consuelo
La Monarca, Un Imperio y Una Espada...
Así, Una Espada que en los Mandos abre brazos de Cruz y
de Luz, de fraternidad y de Vida. Que se adelgaza por los hijos
exactos y desuados, para regir el Orden, la Justicia y la Paz.
Para cortar Tierras y Mares. Nuestra Espada de Jerarquía,
Hambrienta, vencedora y salvadora.
Una Espada de España, de Europa,
del mundo.

A ROMA POR TODO Y VOLVERA A REIR

Memoria de la conferencia de Ernesto Giménez

Caballero: Roma en la Literatura Española

POR

RAFAEL GARCIA SERRANO

A ROMA POR TODO Y VOLVERA A REIR

Memoria de la conferencia de Ernesto Giménez
Caballero Roma en la Literatura Española

por

0 RAFAEL GARCIA SERRANO

1. *Caída de Roma.*
2. *Se viste en Londres. (O en París o en Berlín).*
3. *Juventudes a la intemperie.*
4. *Poesía pura (uso interno).*
5. *Una nueva asignatura del mundo.*
6. *Roma en el mundo antiguo español.*
Noticiario comentado para los turistas de la Historia.
7. *Roma en la Edad Media española.*
8. *Imperio y letra de España: a) 1492; b) Soneto heraldo, pasquín; c) Garcilaso, poeta en pie de guerra; d) Velocidad de España.*
9. *Los trece 98 y un símil taurino.*
10. *Mapa de la Catolicidad.*

3 NOTAS LIMINARES

1

Entiendo que esta Memoria es la novela del descubrimiento de Roma por un joven universitario. Había leído yo varias obras de Giménez Caballero y su conferencia vino a remacharme el clavo del secreto de la literatura española. Quiero pues, con voluntad de arquitectura y cartel, adivinar nuestro mediodía cesáreo.

2

Como a un infante toma Roma a España en su regazo. Le enseña a hablar, con raíces tan bautismales, que estas mismas palabras que estoy escribiendo sienten aún el palpitar románico de aquella maternidad lingüística.

Ernesto Giménez Caballero «Genio de España».

3

Este trabajo lleva como pie la fecha de su corrección última: Madrid, a 22 de Mayo de 1936. Aquella misma tarde lo entregué en Acción Española, bajo el lema del S. E. U.—Estudio y Acción—para el concurso de memorias. Supongo que mi trabajo ya no existirá. Nada más me interesa resaltar la anunciación de estos mismos días que vivo en los parapetos de Somosierra. Lo restante puede no tener interés: la profecía sí. Porque indica, otra vez, que es la voz de los poetas la que pone en marcha los ejércitos. Pensé en perfilar nuevamente el trabajo a causa de algunas frases que ya no tienen una vivísima actualidad. Pero he preferido dejarlo todo igual para saber yo mismo, más adelante, como pensaba en los días de la persecución y el presagio.

R. G. S.

SEPTIEMBRE DEL AÑO I DE LA ERA DEL TRIUNFO.

3 NOTAS LIMINARES

1

Entiendo que esta Memoria es la novela del descubrimiento de Roma por un joven universitario. Habla leído y varias obras de Giménez Caballero y su conferencia vino a rememorar el clavo del secreto de la literatura española. Quiero pues con voluntad de arquitectura y cartel, edificar nuestro mediodía cesareo.

2

Como a un infante toma Roma a España en su regazo. Le enseña a hablar con voces tan bautismales que estas mismas palabras que estoy escribiendo sienten aún el palpitar románico de aquella maternidad lingüística.

Ernesto Giménez Caballero «Genio de España».

3

Este trabajo lleva como pie la fecha de su corrección última: Madrid, a 22 de Mayo de 1936. Aquella misma tarde lo entregué en Acción Española, bajo el lema del S. E. U.—Estudio y Acción—para el concurso de memorias. Supongo que mi trabajo ya no existirá. Nada más me interesa resaltar la actualidad de estos mismos días que vivo en los parajes de Somosierra. Lo restante puede no tener interés: la prolección de la poesía, otra vez, que es la voz de los poetas la que pone en marcha los ejercicios. Pense en escribir nuevamente el trabajo a causa de algunas frases que ya no tienen una vivísima actualidad. Pero he preferido dejarlo todo igual para saber yo mismo, más adelante, como pensaba en los días de la persecución y el presagio.

R. G. S.

SEPTIEMBRE DEL AÑO I DE LA ERA DEL TERCERO.

Y VOLVERA A REIR

Caída en Roma

«Encontraba en Roma el olor a madre que nunca había olido en mi cultura, que es peor que el olor a hembra, porque enloquece de modo más terrible.»

Ernesto Giménez Caballero. «Círculo Imperial».

Nuestro castellano es abundante en indicaciones de peregrinaje a Roma. A Roma por todo. El que tiene lengua a Roma va. Por todos los caminos se va a Roma.

Estas flechas indicadoras en el sendero idiomático, ¿no pasarán de ser un simple malabarismo? O por el contrario ¿fijarán la dirección de nuestra sangre en torno de esa Roma católica que aún no hace unos días ha creado otra vez su Imperio?

Sería interesante que pasasen por el olfato de los universitarios españoles el viejo pomo de olor romano para ver si entre muchos perfumes bárbaros, ínfimos, orientales, somos capaces de reconocerlo.

(Experiencia que brindo al Esencial-Club.)

Nosotros también hemos tenido nuestra caída en Roma. Sin palpar el capitel, ni el cielo, ni el César. Adivinándolos. A través de la mediocridad y el pacifismo hemos olido a Roma en el corazón, en la sangre, en el músculo. Y hasta hace poco—huérfanos de apoyo en esta víspera gozosa de España—el camino se nos ha ido abriendo entre muertos y parlamentarios. Entre

lo más sagrado y lo más bajamente profano. Y ahora, cuando vamos a cambiar el mundo, dos preguntas nos cierran el paso.

¿Responde nuestra literatura a Roma? ¿Responde la actualidad literaria a Roma?

La clave de este ex-juego de palabras cruzadas: «el secreto de la literatura española es Roma. Al apartarnos sobreviene, inevitable, la fracturación. Al retorno, la catolicidad».

Entonces, jóvenes camaradas, se ha hecho el mediodía de repente, a golpe de profecías: A Roma por todo, que el que tiene lengua a Roma va y por todos los caminos se va a Roma. Incluso por éste de la mediocridad, de la ira, de la desesperación esperanzada.

Se viste en Londres (O en París, o en Berlín)

Viste usted admirablemente. ¿Dónde le cosen?

—En Londres (o en París, o en Berlín).

Pedían la cultura europea igual que la dirección de un sastre.

¡Oh el siglo XIX que todavía colea en España! Chisteras, golondrinas, trágalas, melenas, Himno de Riego, pronunciamientos, clases, la camilla, *El Imparcial* y *La Correspondencia*. ¡Oh Europa! ¡Oh sastres de Londres, cabarets de París—por cierto, la Ville-Lumière—universidades germanas!

Romanticismo: el suspiro alcanza cotizaciones extraordinarias en la bolsa de la tuberculosis y la libertad. Todos tienen su frase preparada para la libertad. Y para la tumba fría: pero nadie quiere morir.

Se fabricaban rápidamente las pequeñas cosas que hoy entusiasman a Azorín, el microscopio de la prosa.

¡Oh ateísmo de zarzuela y polonesas de Chopín!

¿Qué hacía España? ¿Qué hacía Roma? ¿Qué hacía el mundo?

España, poco más o menos era la de hoy. Corrían diligencias y milicias nacionales. La revolución y la guerra civil estaban en la orden de cada día: como hoy. Pero un ansia indefinida por la niebla trazaba rumbos utópicos. Sin concreción porque el romanticismo y la libertad, no tienden a concretarse, sino a expandirse subjetivamente, a disiparse.

Italia, todavía era Italia y no Roma, más desesperada y san-

griente, con un ardor alucinante, fabricaba el Resurgimiento. ¿Y el mundo? ¡Qué iba a hacer el mundo sin España y sin Roma! Italianos y españoles continuaban en su ignorancia de siglos. «Pobres italianos—decían los españoles riéndose—¡Pobres españoles! ¡decían riéndose los italianos! Y se despreciaban ferozmente».

Fin de siglo.

La suprema elegancia: Londres. La suprema diversión: París. La suprema sabiduría: Alemania.

Era cuando a las hijas se les enseñaba francés y piano: sus labores. Cuando ellas tenían la obligación de desmayarse ante el rayadillo de un colonial.

Era cuando los hijos—barba prematura y ciencia de niño prodigio—hacían su viajecito a Alemania, deteniéndose—oh, eso sí—un par de días en el Bal-Tabarin.

Era la sucia literatura del adulterio.

Era la generación dolorida y fecunda—nos ha parido a nosotros—: la del 98. La de la contradicción. Sin brújula, desorientada, buscando siempre.

Y he aquí, que buscando como se busca el genio de los cuentos infantiles, hemos encontrado nuestro único ascendiente, nuestra Madre:

Roma. Tres veces Roma.

(¡Qué literatura más alta y más viril en este encuentro! ¡Qué desfile civil bajo los cantos épicos!)

No: la decadencia nos aturde todavía. No hay épica ni mística. No hay arquitectura.

¿Cómo es posible que después del retorno filial apenas se haya cantado la poesía del regazo, y la lucha con un himno guerrero clavado en el cañón de las ametralladoras?

(—Oh, perdón: no he tenido en cuenta que los jóvenes carecemos del derecho a iniciar vueltas.)

Pero ellos, los viejos, conservan el suyo a la revuelta, a la oratoria, a la encrucijada y a la noche.

(—Ellos son mayores. Han leído mucho. Han escrito mucho. Y la experiencia, ¿qué me dice usted de la experiencia?)

El canto bélico no puede esperarse más. Ya debió ser bastante la angustia de Giménez Caballero en Bagutta.

«Fué gran dolor el mío de madrileño—caros italianos—de no haber sabido sonar otro canto, sobre el del velador, que el de un castizo duro para llevar el compás. Los madrileños no cantamos. Todo lo más contamos. Contamos con que los otros pueblos canten por nosotros.»

Los vascos si sabemos cantar. Y nada tan hermoso como esas dulces canciones—a veces enormemente picantes—coreadas alrededor de la mesa, frente al vino que nunca será último y al primer cigarro; coros que parecen el poso rubio en nuestra raza hispánica y que señalan —España, Roma, Germania—unas leguas menos en el camino del ideal Sacro Imperio Romano germánico, por el Genio, la Gracia y el Destino de España.

—Y usted joven, ¿dónde se viste?

—En Roma.

—¿Fraque, americana, levita?

—No señor: camisa.

Juventudes a la intemperie

Firmes. En camisa. En Roma. Así están las juventudes de España. A la intemperie porque nos falta un cuartel general de cultura.

La rebelión, el retorno viril—en manera alguna romántico retorno al lago—tienen ya sus profetas y guías políticos. Falta pocos segundos para que una generación salte olímpicamente a la rima, a la disciplina del verso, a las armas, a los temas superhumanos. Al Héroe.

Estamos hartos de lírica y de marineros poetas. Queremos épicos. Y marineros con barcos y mares. No basta cantar a Castilla. Hay que andarla. No basta tener exceso de fuego. Hay que quemar, inquisitorialmente, una concepción del mundo y limitar—otra vez—la Tierra con nuestros muertos en pie de guerra. En esta intemperie ofensiva, y formativa, se templean los ojos y los brazos para el asalto definitivo. Un asalto que ha de venir con la Primavera, realzando el esfuerzo hacinado de las nuevas escuadras.

Poesía pura (uso interno)

*«El soldado y el artista no tienen otra consigna
en el mundo que esa: matar o aprisionar enemigos.»*

Giménez Caballero, «Arte y Estado»

Una gran botella llena de humilde y descolorida agua de pozo. Una etiqueta: uso interno. Eso es la poesía pura.

Sólo el poema. Casi invisible. Alquimia y matemática. Y, sobre todas las cosas, una indeterminación femenina, un deseo de no acabar nunca y de renunciar siempre. Orientalismo.

Para mí y para mis amigos. Para esa inmensa minoría de Juan Ramón. Vinieron los puros a eliminar un superavit de anécdota y prosaismo. Su gran defecto ha sido el no darse cuenta del hito donde acaba la esterilización o exceso de estilización. Conformes todos los poetas en la matemática del verso; pero es preciso saber que con cuatro ángulos rectos se traza una cruz.

Hicieron del poema una persiana al sol.

*«La noche marchó en tren
y el ala de mi verso se abre y cierra bien»*

(GERARDO DIEGO)

Jugaron a la ruleta, confiando en la suerte. Dejaron pasar el agua sin aprisionar el Intérprete.

Pero en nosotros está el concepto sano del «poeta macho».

De que el arte es propaganda. De que nuestra poesía—«falange funcional»—pertenece a la nueva catolicidad romana.

Simplemente es criminal seguir cantando para uno sólo.

Todos formados y en fondo, para el himno del Jerarca.

Aprendiendo la consigna de la sangre heroica. De esa san-

gre a la que tanto miedo tiene la poesía pura, liberal.

Una nueva Asignatura del Mundo

«Quien añade ciencia añade dolor».

(Eclesiastés)

Añadir ciencia no es fácil. Añadir dolor tampoco. Pero duro trance éste de la ciencia dolorida y del dolor científico.

En el centro del gran círculo de la dificultad alienta el punto de lo sencillo. Y es que añadiendo ciencia dolorida se añade dolor científico. Y al revés.

Sin embargo, lo anterior no pasaría de ser música adornando un salto en la cuerda floja del lenguaje, si en las vísceras de «quien añade ciencia añade dolor» no se nos descubriese una nueva asignatura del Mundo.

Gramática de la Sangre. Ciencia de la Sangre. Teoría y práctica del dolor sangriento. Así: teoría del dolor sangriento. Definitivo título porque en él airea todo el ropaje escueto de la definición. Ha de llamarse teoría y práctica del dolor sangriento. Teoría del dolor no basta.

El dolor a secas lo sufre cualquiera. El dolor de la sangre también. Pero el dolor del alma que vé abiertas sus venas y que por ellas se escapa todo lo divino, todo lo humano que tiene algo de divino, sólo pueden sufrirlo los poetas y los bufones. Los poetas añaden dura ciencia en el poema. Y añaden dolor. Un dolor de extensa eternidad, como de abiertas venas del alma. Y los bufones se ríen. No traen al montón del mundo ni ciencia ni dolor.

«Quien añade ciencia, añade dolor». Por eso los guerreros y los filósofos, que todos son poetas, van añadiendo en sangre y versos grandes innovaciones a la teoría y práctica del dolor sangriento. Y el más sabio es el que dobla el dolor de su alma y aumenta la risueña alegría de morir limpiamente, con muerte de guerrero.

Nueva asignatura del mundo que ignora la poesía pura por su invencible miedo a la Sangre y a la Madre. Con sólo una excepción: Basterra.

El sí. El conoce la asignatura. Y de ella, más que nada, el dolor de las venas.

*«Mi mocedad no oyó resonando, los bronce
con las glorias antiguas, ni vió en las sombras viejas
que de las torres caen a las nativas tejas,
rumbo a ningún destino: huí mi puerto entonces.»*

Desertor de lo mínimo, Ramón de Basterra dice:

*«Llama alada del mío, la palabra de España
por los suelos, sin tumbas, en que vagó mi paso,
ardió como la luz sobre el óleo del vaso
y, lámpara de amor, se iluminó mi entraña.»*

Pero no basta. El, casi náufrago entre enemigos vientos, defiende

«la llama que en mi suelo fué prendida por Roma»

Con orgullo pirenaico acaba:

«también he de grabar en mi sillar leones»

El vasco Ramón de Basterra, apartándose del purísimo ambiente, vé la madre: Roma, «mi voluntad, que es Roma».

Es el ascenso. El poeta puro asciende a Roma o desciende—caso frecuente y peligroso—al comunismo. Alberti, Cernuda. Contrario el de Giménez Caballero que de «inspector de alcantarillas» alcanza el cielo luminoso de un atardecer del Pardo y proféticamente hace arder la palabra:

«Y el Genio de España volverá a renacer ¡como un milagro! sobre vosotros, sobre la tierra de España. ¡Resucitando a España!»

Roma en el mundo antiguo español

Tres ideas primeras. Fijas y produciendo un amor—único—
en las entrañas:

«España, como Roma, estaba preformada para la armonización».

«Roma es cabeza, fuerza, potencia. Pero también arado».

«La primera catolicidad en el mundo nace en la boca de un español».

(Noticiario comentado para los turistas de la Historia).

Llora César en Cádiz. Sobre Cádiz. Junto al Estrecho.

—Pues, ¿no os parece digno de pesar que Alejandro, a mi edad, reinase sobre tantos pueblos, y que yo no haya hecho todavía nada memorable?

En Cádiz—dice la leyenda—tuvo César sueños imperiales. Y es que Balbo, señores turistas, el gaditano Balbo había soplado maravillosas palabras al ambicioso oído de César.

(Un punto en la conferencia que hizo saltar—más—mi júbilo de mundo antiguo. El brazo en alto, la mano abierta atrapando soles y mediodías, el saludo de los Césares, según cuenta Sexto Pacuvio, es una contribución de la «fides celtibérica» a la Roma materna. Fué la alegría continua de ir reconociendo la filialidad.

Recuerdo un gozo semejante el día que al buscar en el diccionario latino una palabra que me era necesaria para mi deber

escolar, encontré, de refilón, esta frase de César: «*Passis manibus pacem a Romanis petierunt*»).

Córdoba. La Córdoba romana. Y Séneca la confluencia de Oriente y Occidente. Renunciamiento a la vida. La vida, en la virtud consiste, y no tiene más premio que la virtud. Hay un clima senequista por todas las capas intelectuales del Imperio.

Pero Séneca, y hablo más por adivinación que por conocimiento, fué en cierto modo, un liberal. Una máxima suya: «El hombre es sagrado para el hombre». Esto lo desprestigia ante mis ojos anhelantes de auténtica jerarquía por eliminación.

Alguna vez escribiré el tema de Séneca, Góngora, Córdoba y el Infierno. La teoría de lo puro, de menos a más. Hasta llegar—en Góngora sensual, barroco—a la eliminación del heroísmo por aquello de la poesía pura:

Heroísmo=Anécdota.

A Córdoba he de avisarle yo fraternalmente para que no sea de ninguno de los dos caciques máximos: Séneca, Góngora. Que mantenga alianza con Juan de Mena, y en lugar de ser la

Córdoba,

lejana y sola

de García Lorca, se entregue totalmente a Lagartijo y al Gran Capitán.

Lucano, otro cordobés. Otro estóico al final. La Farsalia.

Los manuales de literatura, unánimes, citan este verso: «Pharsalia nostra vivet, et a nullo tenebris damnabimur aevo» (IX-985). (Pero yo repito mejor el cuadro que ví en todas las historias de mi infancia y luego en el Museo: muerte de Lucano. Lo veía como una pila de baño, rodeado de lágrimas, sereno. Y me interesa más que todo su relación con Juan de Mena, cuando éste recorriendo la Farsalia, halla la profecía de la maga tesalina y la incorpora a sus dodecasílabos para predecir muerte violenta al Condestable Don Alvaro de Luna. Lucano, cantor de guerra civil, hace para Roma la ofrenda de llamarle Madre.)

Marcial: joven de veinte años o a Roma por todo. Señorito que abandona el foro por el chiste y que goza—servilmente—bajo el cielo de Roma. Su «arder, beber y comer de Roma» acabó en comer, beber y arder en Calatayud, en la finca que le regaló su amiga Marcela. Chiste, chiste, chiste.

Quintiliano, severo, preocupado por la decadencia de la oratoria. Calahorra - Roma - Calahorra - Roma. Cuatro etapas. (No quiero hablar de Quintiliano porque después de haber oído que era un anticipo de la Institución, la irrespetuosa verdad es esta: me lo figuro con pétreo cuello y lánguida sonrisa.)

Trajano, español, de Itálica famosa, es el primer emperador romano nacido en las provincias. Antes, el primer cónsul provinciano había sido Balbo, el gaditano de la primera catolicidad. (Veamos a Trajano, señores turistas, siempre a caballo, pensando en episodios que grabar en el noticiario, referencia

o poema de la columna erigida en su honor. Aire español de conquista con las legiones romanas. Dacia).

Adriano, continuador del Hernán Cortés de la Dacia. Inquieto y sencillo. Viajero. Cuando en aguas del Nilo se ahogó su favorito Antinoo fundó una ciudad—Antinópolis—y dió al arte un mito más. Fué el conservador de las conquistas de Trajano. Aire español de conformación y unidad bajo las leyes romanas).

El equilibrio de Roma se perdía. Por abajo—con rito misterioso y temido—los cristianos se alzaban contra el paganismo y la religión estatal. Arriba, en las marcas, los bárbaros rubios con método directo se infiltraban en la tierra rica y poderosa. Y el equilibrio de Roma, un triste día se rompió para que Mommsen pudiera contemplar el ciclo completo de una vida histórica: nacer, crecer, amar, reproducirse y morir.

Roma en la Edad Media Española

No rompe España con Roma en nuestra confusa Edad Media. Desde Prudencio y Orosio que vaticinan el catolicismo estatal de Teodosio, hasta el año de gracia y gloria de 1492, España sigue con los ojos puestos en Roma. Con San Isidoro, paladín de la esencia romana. Con Alfonso el Sabio, creador de la Imperial ciudad de Toledo y aspirante al trono de Alemania, siempre, la antigua provincia romana se deja llevar de una corriente filial hacia la «cabeza de todo ordenamiento».

Pero España era un atajo con trabajo. Entraban las culturas por el Sur, con aduanas de guerra, para extenderse luego sobre el mundo católico. Terrible trabajo el del atajo español.

Como un códice monástico se guardaba el recuerdo de Roma. Y en viva relación de cristianos con el Santo Padre, la Roma cesárea era sustituida por la papal.

Durante todo el siglo XIV se pierden la ordenación, la exaltada catolicidad, la jerarquía moral y material. El mundo se desmorona y algo le está naciendo al mundo. Aumenta la corrupción de costumbres y hasta el Papado se rompe. Ya ni Roma cesárea ni Roma papal. El Cisma de Occidente apunta desórdenes por los versos del Arcipreste y el Canciller. Y sin embargo, cuando parece que hasta la comunicación se borra, frente a la caótica realidad se alza el sueño imperial, jerárquico y guerrero: entramos en el siglo XV.

Otro cordobés, Juan de Mena, con vista que espera grandezas, canta

«al muy prepotente D. Juan el Segundo»

porque

«es capaz este rey de ser señor del mundo.»

Con redoble de dodecasílabos, firme y fiel, Juan de Mena exalta épicamente el estilo nacional y el «novelo Augusto». Ha viajado por Italia y es Secretario de Cartas Latinas. (Alerta. La hora está próxima).

«dexemos a los romanos

aunque oymos y leymos

sus estorias»

¿De dónde sale esta voz? Alzándose de la muerte, con dolor de mundo, Jorge Manrique, huesped del siglo XIII frente al renacimiento, dá el grito de dejación.

(El canto de veladores es una llama perfecta y destructora. Eya velar. Se acerca el momento por exactos minutos).

Nosotros. Nosotros. Nosotros. Y Roma. Tres veces Roma.

«En ventura Octaviano,

Julio César en vencer

y batallar,

en la virtud Africano

.

*Antonio Pío en clemencia,
Marco Aurelio en ygualdad
del senblante,*

.

Roma. Roma. Roma.

(Llegó la hora. Sonó la llamada de fuerza y gracia. 1492).

Y el protonotario Lucena resumió en sencilla frase toda la hermosa verdad de la disciplina y el ejemplo del Príncipe:

«Jugaba el Rey, éramos todos tahures; estudia la Reyna, todos somos estudiantes».

Era cuando el aire de España se poblaba de romances fronterizos. Y cuando llegaban noticias voladas del otro lado del mar.

Imperio y Letra de España

Año de 1492. Conquista de Granada. Descubrimiento de América. Más: se traducen las églogas de Virgilio, se termina la Catedral de Toledo y se publica la primera gramática nacional de Europa: la española. Dedicada a la «reyna de España e las Islas de nuestro Mar». Y en esa gramática primogénita la razón suprema del esfuerzo es esta: «que siempre la lengua fué compañera del Imperio: e de tal manera lo siguió: que juntamente comenzaron, crecieron e florecieron, e después juntamente fué la caída de entrambos». Nuestro Maestro Elio Antonio de Nebrija sabía de cosas antiguas y en sus palabras de Imperio y Lengua un nombre le quemaba los ojos: Roma.

El César presentido llega a través de poemas y lanzas. Y guerras civiles. Los Césares necesitan de una guerra civil que fecunde el amor de los hombres al combate. Todo se resume en el soneto imperial—no hay otra palabra más precisa—de Hernando de Acuña:

*«Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor sólo en el suelo
por suerte a vuestro tiempo reservada;
ya tan alto principio en tal jornada
os muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo para más consuelo,
un Monarca, un Imperio, y una Espada.*

(Con gesto de heraldo. O de pasquín moderno. Anuncia al mundo. Cuando los pueblos tienen algo que comunicar su poesía se hace absolutamente oficiosa. El poeta no tiene más misión que cantar el tema del Jerarca, del Honor, del Héroe. Hacer el parte de guerra: el Comunicado. En cambio, si un pueblo no tiene nada que decir, ni divino ni humano, su poesía es desorganizada, triste, con numerosos gérmenes de peligro. Venéreos a veces)

*«ya el orbe de la tierra siente en parte
y espera en todo vuestra monarquía
conquistada por vos en justa guerra,
que a quien ha dado Christo su estandarte,
dará el segundo más dichoso día
en que vencido el mar, venza la tierra.»*

(Por cesión de Cristo. Por gracia de Cristo. Cielo, tierra y mar. Y una batalla de siglos llenando el mundo para que los hombres glorifiquen su cuerpo con el heroísmo y salven su alma combatiendo por Dios).

Sólo una nota: Garcilaso, poeta en pié de guerra. No sé que cosa era más de su agrado: si la paz o la guerra. Es igual. El murió en su puesto. Garcilaso de la Vega

«pastor de los sonetos renacientes».

se unió a la antigua Roma por vía de dolor individual, de su dolor de Elisa y Galatea. Yo nada más quiero rezarle mi oración impaciente y desvelada:

Felices los que mueren combatiendo por el Emperador. Felices

los que mojan los brazos de un Santo con su agonía y expiran en la gracia de Dios, tras el combate. Felices los que tienen exequias y funerales de dolorida venganza. Felices los que escribieron versos y mataron hombres.

(En el año de 1536 podía morir un poeta, en pié de guerra, bajo la luz de un futuro Santo. Descanse Garcilaso en la Paz del Señor, bajo su olivo, en el Claustro).

Garcilaso seguía la moda de Roma. Luego veremos que Cervantes siguió la de Italia.

España marcha velozmente, impulsada por presentimientos, sin pararse a mirar atrás.

Carlos V. Saco de Roma, 1527. La lengua española se hace inmensa. Universal. Debe sustituir al latín. Y el Emperador, en 1536, habla el castellano ante el Papa. Es que en la lengua imperante se había introducido el latinismo y con él la segunda catolicidad en el mundo. Pleno XVI. «Máxima España, yema del mundo». «El español ha nacido para mandar, no para ser proletario». Y «sólo en nombre de Roma ha tenido imperio España.»

El antihéroe de la picaresca no se hace lugar en la luminosa tierra de Castilla. Tiene la llanura una Geografía Imperial, que después de el Escorial—Roma granítica asida al cielo y al Guadarrama—se ha de convertir en humilde geografía de pícaros y lugares de Picardía. Las Almadrabas, Potro, Oliveras, Arenal, Ventillas, Zocodover...

Era tanta la velocidad de España, tanto su mirar a lo alto, que un mal día no encontró a los Héroes y se dejó llevar de pícaros.

Los trece 98 y un simil Taurino

El haber descubierto en «Genio de España» que el auténtico 98 no era el único 98, me rodeó de sorpresa y alegría. Eran trece 98.

(1648—1659—febrero, 1668—mayo, 1668—1678—1713—1763—1795—1800—del 1810 al 1825—1898—agosto de 1930).

Confieso que soy un poco supersticioso. Mi superstición del trece es favorable a la dicha. Después de un 13, no viene el 14, sino la felicidad.

Trece 98. Trece puyazos relumbrones en la piel de toro de España. Sol y sombra del dado. Los picadores con hierro y monosabios. Los caballos con peto. Sólo a flor la piel del toro. Pero llegará un momento en que España se plante en el centro del ruedo y formule la pregunta chulísima:

—¿Qué pasa?

Para después hacerse la dueña y señora. Y el ama de llaves, que mando y servicio son las dos categorías fundamentalmente soberbias.

Y ahora prefiero no seguir. El siglo XVII comienza a causarme un dolor lento, de nervios adormecidos. El dolor de Cervantes y Quevedo. Góngora puro. Me ciega aquella visión pesimista y aquel vivir y escribir falso.

El XVIII es peor: encoleriza. Da rabia. Y deseos de penetrar en la historia con violencia de incendiarios para iniciar el saqueo y purificar el botín con fuego. Es el único siglo que yo quisiera

ver convertido en hombre. Y me parece que habría de semejar-
se a un burgués de la dulce Francia exhalando por los bigotes
un ¡Vive la Republique et le soleil de l'Espagne! P. N. T.
España típica. ¡Olé!

Mapa de la Catolicidad

Otra vez es nuestra hora. El cielo es nuestro y la tierra también. Una España grande y libre. Heróica. Vengadora. Implacable. Universal.

Por el aire viene la Primavera con un amor de despedida y y promesa

*(«velándole la carne a nuestra amada
en su dulce llorar de despedida»)*

Abandonando el hogar por el frente para traer sobre el escudo el mapa de la Nueva Catolicidad.

Este:



SENDEROS DE AIRE MAR Y TIERRA

Evangeliación del alma del chicle de los
yanquis. Conquista y destrucción de
los bares automáticos.

Enigmas rulas de gloria.
Ideal Imperio de la Madre
a los hijos.



Elemania, esperando.
novia.

Admirable Francia,
enemigo admirable!



Roma



El Africa occidental es nuestra;
y en el camino, Gibraltar, irreducible.

Mapa en círculo y **E**spaña el centro

La vida es lucha. Por el sendero, atalayando el horizonte, marcha la juventud recogiendo muertos y consignas. En espera de la guerra civil que haga al César. De la guerra de los campos y los trigos. De la aldeanía. Oyendo romances heroicos y voces de profetas. Matando enemigos. Perdonando enemigos. Evangélicamente. Militarmente. Ya no hay vacilaciones porque la voluntad se ha impuesto. El Genio marcha delante y todos con los ojos puestos en él. Caiga quien caiga.

Camaradas: no existen fusiles ante esta decisión de andar siempre. Pertenecemos a una generación con destino trazado. A esa que hasta hace poco—huérfana de apoyo—ha creado la víspera primaveral y alegre de España. Vespéralmente. Alegremente.

Auguralmente, camaradas.

Madrid, a 22 de Mayo de 1936.

SERMON DE LA TAREA NUEVA

MENSAGE A LOS

SERMON DE LA TAREA NUEVA

POR

PEDRO LAIN
ENTRALGO

SERMÓN DE LA TAREA NUEVA

MENSAJE A LOS INTELECTUALES CATOLICOS

Los párrafos que siguen pertenecen casi literalmente a una conferencia pronunciada en tierra levantina pocos días antes de que la metralla, quebrando con violencia la costra ochocentista y democrática de nuestra España eterna, alumbrase la vena clara de su ser genuino. Un leve aderezo posterior no desvirtúa el PATHOS oratorio del texto y explica el título con que él va acogido bajo el manto imperial de JERARQUÍA.

Aquel grande y amable paradojista inglés que se llamó G. K. Chesterton habló más de una vez con frase brillante de las paradojas del Cristianismo. El que por debajo del estruendo guerrero o por encima de las intrigüelas de la retaguardia sepa columbrar el ángulo cardinal de nuestra Revolución, ha de advertir una nueva y entrañable paradoja del Cristianismo.

La tónica de todo un siglo ha sido el combate en retirada del mundo cristiano. Nuestra verdad social, salvo las excepciones meritísimas de los que sobre el campo no habían olvidado la vieja norma, era suplantada por aquellos floridos discursos de hombres de empresa orondos y barbados, en los cuales el autor, tal vez a la vuelta de Dios sabe qué rijosidades subrepticias, creía necesario el Cristianismo para frenar las pasiones de los pueblos, mientras que su libre actividad burguesa creaba la lucha de los estamentos productores y hacía de cada hombre

un lobo de recia quijada pronto a luchar en libre concurrencia por el mejor botín. En lo cultural, nuestras verdades yacían, con una capa de vetustez inadecuada a su vida perenne, en la paz de los monasterios o en el rodar seguro y anquilosado de los seminarios. Aquellos de entre los nuestros que salían con timidez al fragor del ágora, en la cual un florecimiento lujuriente de las ciencias y un rótulo de libertad y progreso ocultaban la triste realidad de una *razón* avital y artificiosa, limitábanse a divagaciones resignatorias sobre la no incompatibilidad entre la fe y la ciencia, o tal vez a colocar ribetes cristianos en este o el otro aserto de la ciencia natural. Eran pocos los que afirmaban con grito herido nuestra verdad y muchos menos los que intentaban extraer nuevos brotes de su savia eternamente germinal.

He aquí la paradoja. En un mundo social de patronos ahitos en lucha con la brutal rebeldía nihilista y oriental que nació entre la miseria del suburbio, ha brotado una nueva ordenación disciplinada y jerárquica de lo económico. ¿Quién puede dudar de que todos los ensayos corporativos son latidos nuevos, a veces mal reconocidos, de aquel eterno espíritu cristiano, desfigurado por ropajes aburguesados? En un medio cultural de cristianismo decadente y razón divinizada, he aquí que los físicos descubren que su mismo mundo es inefable en su conjunto y en el detalle—indeterminable matemáticamente, dicen ellos—, y que los biólogos encuentran que la vida no es reductible a la ley abstracta, y que el filósofo vuelve a enfrentarse con la elemental cuestión del ser y de la angustia huma-

na, y que el médico necesite para bien curar el conocimiento de la voz y el camino del espíritu. Las eternas verdades que nacieron de nuestra Teología brotan de las páginas quietas de los viejos tratados y llenan de vida nueva los más nuevos odres. Lo que podía juzgarse caduco con mirada miope, medra con ímpetu renovado.

Yo no digo que las voces de los novadores se hayan levantado en nombre de la verdad cristiana. Cuando el gesto imperial de Benito Mussolini arrumbó el chirimbolo inútil del liberalismo político, cuando trazó con firme decisión la arquitectura corporativa, no pensaba en teologías, es cierto; pero por debajo de su voluntad consciente alentaba una teología que se acercaba con ansia a la nuestra y casi—en ocasiones—se hacía una con ella. ¡Qué gloria la de Falange, cuando salve ese breve paso por virtud de su Hispanidad!

Lo mismo en el orden de la Cultura. Los precursores que se levantaron contra la realidad decadente y ficticia del ochocientos eran hijos de su época, tal vez contaminados por sus males en no pocos casos. No obstante, a través de sus palabras fluían—por lo menos intencionalmente—los hilillos de la sabiduría de todos los tiempos. Ellos tenían ciencia, estaban ahitos de ella y aspiraban a convertirla en sabiduría; lo cual requiere, ante todo, humildad, abandono de los cánticos exaltados a la razón y retorno sencillo a la pristina realidad. Antes que a la fáustica avidez de dominio, le es dada la verdad al que se coloca ante el mundo con ansia contenida y le interroga con voz queda. Las voces de aquellos precursores—Bergson, Bren-

tano, Dilthey—han llenado el mundo y nos permiten abrigar la esperanza de verlas enlazarse, ahora que el parto de una nueva era apuñala de cien dolores al mundo, en renovada polifonía católica. Cuando ellas balbucieron, por lo menos, ya el robusto Verbo Romano había trazado en medio de todas el canon perdurable de la Aquinidad.

El tomismo: he ahí la doctrina que ineludiblemente debe comprender y valorar, antes de iniciar su personal tarea, todo cultivador de la sabiduría cristiana. Observad que he dicho aquinidad y tomismo, no escolasticismo, precisamente para acentuar el valor axial de la doctrina. Hoy sabemos, en efecto, que el valor de las ideas no puede desligarse de la postura vital de quien las emite; y así como la filosofía y la matemática griegas no podrían comprenderse exhaustivamente sin la armonía vital de una serie trina y una, así también el valor sinóptico del tomismo muéstrase por entero en la persona augusta de Tomás de Aquino, en el cual confluyen la férrea solidez de sus conceptos de razón—yertos vasos vacíos en los labios de los escolásticos—y los deliquios inefables de sus contemplaciones eucarísticas. Así comprendido, el tomismo es sinopsis y no sistema; sinopsis de clave generosa, dentro de la cual caben todas las posturas del hombre que puedan tenerse por genuinamente humanas. La pura contemplación oriental y la pura explicación fáustica que ha sido lacra del Occidente confluyen así en armoniosa síntesis, bajo el signo iluminado del tomismo. Platón por la linde contemplativa, coronado por la mística cristiana—más allá, amenaza lo nirvánico—, Aristóteles por la ex-

plicativa—a dos pasos del progreso indefinido—encuadran el terreno de lo realmente europeo.

Esta visión sinóptica de la aquinidad—por lo demás, muy próxima a la que Jacques Maritain esboza en el inicio de sus *Sept leçons sur l'être*—viene a ser fiel trasunto de la *Weltanschauung* medieval, culmen de la cual fué el maestro aquinense. La comunidad vital en que se sentían los hombres del medievo—acaso el rasgo más definitorio de la época, en opinión de Max Scheler—, la ordenación jerárquica del Sacro Romano Imperio, la sumisión humilde a lo divino de toda la vida medieval, encuentran su equivalencia en la consideración sustancial del mundo y en la arquitectura de cúpula de las sustancias, desde la material hasta la divina, piedras claves del orbe tomista.

Quien pretenda servir a la sabiduría cristiana, no debe olvidar, por otra parte, que su nudo vital está junto al Mediterráneo. Cuando el mundo se desquicia un poco, ha de recoger su norma y entonar su gusto junto a las costas que conocieron la dulcedumbre de la miel hiblea y el ritmo del espondeo y del yambo; y buscar reposo en el mar que aprendió de la Hélade su *ofrosyne* y tembló de gozo bajo el ímpetu iluminado del Apóstol de las Gentes, viva lanzadera del telar de sus aguas azules. Solo al añoso olivo balear y al viejo pino del Janículo les ha cantado el viento el acorde eterno entre la verdad que no pasa y la vida que no se acaba. Solo en tales orillas pudo suceder el hecho estupendo de que aguas cristianas hiciesen germinar con recta decisión la semilla de verdad que nos donó el griego.

Cierto que todos contribuyeron a la obra de la gran cúpula. Roma, la eterna, dió de sí al hombre. La dulce Galia prestó el suave ámbito de sus colinas verdes, mientras España afilaba en carne oscura la espada de Trento. El germano señaló al cielo con la tensa inquietud de sus ábsides y sus ojivas y Africa la ardiente preparó la vía con la honda y vivaz sabiduría agustiniana. Dios y el Imperio, Unidad y Jerarquía en la cultura y en la vida conocieron su definición cabal en los siglos de la enorme y delicada Edad Media.

Cometeríamos un error notorio, sin embargo, si creyésemos que el Cristianismo había llegado a su expresión definitiva en los siglos medievales, porque el Cristianismo, por razón íntima de su naturaleza, no puede alcanzar *expresión definitiva*. Si tal creyésemos, a más de lindar—en cierto sentido—con un tradicionalismo doctrinal de consecuencias funestas, nos limitaríamos a vegetar con más o menos energía sobre aquel fondo nutritivo. El tomismo tiene un núcleo imperecedero, el de las verdades cristianas que le sirven de esqueleto. En torno a él hay luego una apretada coraza de verdades especulativas, elaboradas inmediatamente por la mente humana a partir de aquellas, cuyo hallazgo —traducidas quizás a lenguaje diverso—es inevitable en todo sistema cristiano y son, consecuentemente, también perennes. Por fin, este recio cuerpo, que es como la solera de todo buen vino filosófico, se halla envuelto por el ropaje de afirmaciones y métodos no sujetos a intemporalidad, como hijos que son de tal o cual época histórica.

Conviene que nosotros, los católicos de hoy que pretendemos

serlo integrales, tengamos presentes estas verdades. Grandísima parte de los males que padecemos provienen de haber creído—o, por lo menos, de haber obrado como si lo creyéramos—que un determinado orden de cosas en el que vivíamos cómodamente era el que convenía en definitiva a la Ciudad de Dios. No quiero pasar ahora de lo estrictamente intelectual. El filósofo católico—sin recordar que ya Santo Tomás recomendaba tomar la verdad de donde estuviera y no preguntar quién la poseía—vivía sin conexión con el mundo, pensando más o menos expresamente que después de sus citas de Santo Tomás, de Cayetano o de Suárez ya no había nada que hacer. El llamado psicólogo católico conformábase con demostrar, silogismo en mano, la simplicidad y la espiritualidad del alma; y luego, a guisa de añadidura generosa, hacía unos cuantos experimentos recreativos, pero inanes respecto al núcleo vital de sus verdades. Mientras tanto, por no saber vestir de anécdota varia la sólida armazón de categorías que manejaba, iban estas quedando yertas, transidas de frío letal. Las verdades cristianas—que lo son de razón y de vida—eran sabidas, pero no vividas; y el concepto al cual falta el soplo animador de lo vital, declina inexorablemente hacia la inactividad de una aparente muerte.

Durante todo nuestro siglo XIX clamaron en el desierto las grandes voces de nuestros grandes hombres. Balmes, el prototipo del hombre que sabe pensar lo que vive y vivir lo que piensa, llenó estérilmente todo el ámbito español de su voz generosa. Filosofía, educación, política, vida cultural, todo cuanto estaba al alcance de su mente fué cristianamente ennoblecido

por ella. Tomó de Leibniz cuanto de bueno encontró en él y dejó con suave frase lo restante. Hablóle con sin igual alteza a Guizot, la máxima figura cultural de su época. Antes que Brentano, supo él disecar con afilado criterio lo que en Kant había de falso. Y, por añadidura, iluminó con nueva luz el campo fratricida de la política. Ahora que ya posee perspectiva histórica, ¡qué dolor, amigos, ver recortada sobre el yermo seco la figura del que llevó espíritu cristiano y espíritu español a todo cuanto tocaron sus manos nobles!

Medio siglo más tarde, el alma gigante y apasionada de Menéndez y Pelayo encontraba en torno suyo el mismo vacío de muerte. Su obra ingente pesa todavía sobre nuestros hombros como una herencia que apenas ha sabido aprovecharse. Mientras tanto, el profesor que iba el domingo a misa y se llamaba cristiano, no sentía ni la necesidad de acudir con las armas de su razón a la brecha de su propia disciplina en que se discutieran verdades para él vitales. Tienen todavía trágica actualidad aquellas palabras de Menéndez y Pelayo, pronunciadas hace casi cuarenta años, en el Primer Congreso Católico Nacional Español. Decía el maestro: *¡Y entre tanto, los católicos españoles (doloroso es decirlo, pero estos son días de grandes verdades), distraídos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales, vemos avanzar con la mayor indiferencia la marea de las impiedades sabias, y corromper cada día un alma joven, y no acudimos a la brecha, cada día más abierta, de la metafísica, ni a la de la exégesis bíblica, ni a la de las ciencias históricas, ni a ninguno de los campos donde*

siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas!

Tal ha sido la realidad hasta los días en que nos ha tocado vivir. Al margen del ejemplo que nos dieron nuestros grandes maestros, sin oír su triste augurio, vivimos con más temor que dolor las duras consecuencias de un siglo de errores. Con más temor que dolor, sí, porque cuando el lobo de la revolución aúlla en la calle y nos muerde el calcañar seguimos —como decía con dolor en sus entrañas Menéndez y Pelayo— *distraídos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales* y, desde luego, sin acudir a la brecha de nuestra propia actividad. Todavía, en casi todos nosotros, sigue escindida nuestra fe de nuestra conducta y de nuestra ciencia. Clamamos contra la ruina de los valores del espíritu y lo hacemos tan farisaicamente que solo nos sentimos heridos cuando alcanzan a nuestro privilegio o a nuestra comodidad.

He dicho privilegio. Sin embargo, no entendáis esta palabra—ya os dije que iba a limitarme a la realidad intelectual—referida a ninguna clase de bienes materiales. Mucho podría decirse acerca de ellos, pero no es esta la hora ni mi misión. Privilegio teníamos cuando la Constitución que rigió durante cinco decenios declaraba al Catolicismo religión del Estado. ¿Hicimos algo para merecer y conservar el privilegio? El intelectual que clama contra las industrias privilegiadas por el arancel porque le sirven productos materiales caros y malos, ¿tiene derecho a hacerlo, cuando él no supo aprovechar un privilegio constitucional y dejó que el contrabando revolucionario minase las

fuentes vivas del país? ¿Qué se hubiese conseguido atajando represivamente el mal de una propaganda si no se intentaba ganarle el terreno por medio de la abundancia de bien?

He dicho también comodidad. Vivíamos cómodamente los católicos, encastillados en la rutina de nuestras verdades. Renovar nuestra ciencia, buscar la verdad con ánimo tenso es incómodo. Olvidábamos que el cristiano, por definición, es un ser que vive incómodamente. Eso del sueño de los justos es una impostura: porque, para nosotros, el justo no lo es en tanto no quiera ser más justo, ni el perfecto lo es en tanto no quiera ser más perfecto; y esto, amigos, no es sino proclamar el principio de la incomodidad. Cuando se ha dormido cómodamente ese sueño de los falsos justos, como a nosotros nos ha sucedido, no es raro que al despertar se sienta el pinchazo de crudos hielos, como a nosotros nos sucede.

No he de seguir, sin embargo, por este camino. La crítica es fácil y amena. No he caído en ella por tentación, sino por contricción, pues solo del dolor sale un ímpetu de construcción verdaderamente fecundo. El cristiano, en efecto, no puede ponerse a construir con la alegría liberal del pagano. So pena de faltar a su propia naturaleza, necesita verse por dentro, conocer sus posibilidades y sus métodos. Intentémoslo, siquiera sea brevemente, en orden a la actuación intelectual.

Toda actuación del cristiano ha de partir de una íntima polaridad que vive en la quintaesencia del Cristianismo. Efectivamente, el cristiano se encuentra en el punto nodal de dos fuerzas que le atraen en direcciones opuestas: su deber de obediencia y

su deber de perfección. Ambos deberes, por exigencia de lo que es la vida cristiana, se enlazan estrechamente en el seno del espíritu, cuando le ilumina el sol de la gracia. En el hombre, empero, en el hombre de carne y hueso—salvo que sea un santo—, ambos se contaminan de la triste realidad de cada día: el deber de obediencia se tiñe un poco de adocenamiento; el deber de perfección se colorea más o menos de rebeldía. Estos dos gérmenes de contaminación son origen de grandes descarríos colectivos. La esclavitud gregaria del oriental no es sino la exageración de un deber de obediencia connatural al hombre; el ímpetu revolucionario no es otra cosa que una monstruosa hipertrofia del deber de superar cada día la realidad presente.

El cristiano, claro está, no puede llegar ni a lo uno ni a lo otro. Su humildad no puede ser humillación ni su dignidad orgullo insensato. No obstante, sin deshacer la necesaria polaridad entre las dos fuerzas, le es dado colocar el acento de valor sobre la una o sobre la otra. ¿Cómo dudar de la existencia de épocas disciplinadas y épocas rebeldes? Cuando el cisma nos divide, cuando hierven los impulsos de secesión, entonces la obediencia es virtud máxima. *Perinde ac cadaver*, decía San Ignacio a los suyos, precisamente porque los enviaba a luchar contra la vorágine reformista. Por el contrario, puede en ocasiones ser virtud prevalente la rebeldía. Teresa de Jesús, la monja inquieta y andariega, ¿no fué en realidad una rebelde cristiana? En los últimos cincuenta años, de España, cuando la paz interior era relativa, se hizo virtud la obediencia adocenada, cuando una sana rebeldía contra lo que había de podrido en la realidad so-

cial hubiese sido salvadora. Los tiempos han pasado y no hay por qué remover culpas. En cambio, ahora que el vendaval rugge en torno a nosotros, se cultiva por unos y por otros un secesionismo suicida en lo accesorio, sin que se levanten voces sanamente airadas contra el daño en lo esencial, contra esa paganización de la vida que nos invade.

En el orden intelectual es preciso, es urgente acentuar la nota de la rebeldía. Necesitamos vivir inquietos. Ahora que una nueva era comienza, hay que lanzar al mundo nuestras verdades, las únicas auténticamente revolucionarias. Es preciso purificar nuestras mentes y nuestros corazones, y para ello nada mejor que una cristiana rebeldía contra todos los posos de cobarde adocenamiento que depositó sobre aquellos un siglo de vida escindida y falsa.

Otra de las necesidades más urgentes del intelectual católico es la de comprender y valorar con exactitud lo que es la verdad del Catolicismo. ¿Os extraña? Pensáis, sin duda, en el Credo de los Apóstoles, en el Catecismo y me contestáis *in mente* que esa es la verdad del cristiano. Pues bien: yo os digo, sin temor al anatema, que ni eso, ni todo lo contenido en todas las Teologías, ni cuanto pudieran decretar ahora el Santo Padre y un Concilio Ecuménico, es la verdad íntegra del Catolicismo. La verdad integral del Catolicismo no la conoceremos hasta que llegue la madurez de los tiempos, porque su realidad inefable solo puede ser torpemente balbuceada por la mente de los teólogos. El Cristianismo es la vida de Cristo, la vida de Dios, la vida del que es y, por lo tanto, en él están contenidas todas las

verdades, desde las sobrenaturales más elevadas hasta las más humildes de las naturales. En consecuencia, durante nuestra vida terrena la verdad del Cristianismo es como un proceso evolutivo, en el cual lo ya conseguido es perenne, pero sin alcanzar nunca el conjunto un estado de acabamiento. Por eso decía al comenzar este capítulo que el Cristianismo no puede encontrar nunca *expresión definitiva*.

Perdonadme esta escapada a terrenos que no me conciernen. Me interesaba hacerla precisamente para descender al campo que nos toca cultivar. Porque si eso puede decirse en cuanto al mundo de los dogmas ¿qué no podrá decirse de nuestras pobres verdades terrenas? Esta postura ante las cosas—que no es escepticismo, sino valoración cauta y humilde de las invenciones de los hombres—me parece de la más decidida importancia. Nosotros, los católicos, hemos mirado siempre con recelo todas las verdades que no salían de nuestro círculo. Así se ha dado el caso, bastante frecuente, de valorar con exceso la ciencia, muchas veces vulgar, de determinados hombres, solo por el hecho de que ellos usasen ropa talar. Inversamente, tenemos una inclinación casi invencible a echar por los suelos conocimientos brillantes y profundos, solo por saber que provienen de un profesor descreído o porque choquen contra ciertos tópicos convencionales. Cuando Freud comenzó a hablar de la libidinosidad infantil, muchos de los nuestros rasgaron con tanta indignación sus blandas vestiduras burguesas, olvidándose de que somos *bestiæ cupidissimæ* y de que San Agustín había dicho lo mismo y está en los altares.

Esta postura, a la postre, no acarrea sino grandes males, porque la masa ingenua, viendo cómo se expande y triunfa lo que le dijeron que era error, aplica ese criterio pragmatista de verdad, tan extendido, según el cual lo verdadero es lo que triunfa—criterio que tiene su partecilla de verdad, por que el mal y el error absolutos no pueden triunfar en este mundo redimido—y da por erróneo todo cuanto defendía, con su vacuidad mental, aquel que sin títulos se constituyó en catoniano censor.

El error procede de colocar vallas impermeables entre nuestro mundo ecuménico y el exotero de la paganidad, sin recordar—como suele decirse—que todos somos hijos de Dios. Pensemos que la Iglesia, el Cuerpo místico de Jesucristo, no puede equivocarse ni decaer; pero que el mundo cristiano—al cual pertenecemos nosotros con nuestros aciertos, mas también con nuestras debilidades—puede atravesar épocas de decadencia, en las que nuestra conducta intelectual sea muy inferior a nuestra metafísica y nuestra conducta práctica a nuestra moral.

¿Qué tiene de extraño que en esas condiciones pueda un gentil tomar parte de nuestro tesoro de verdad y de bien, vestir con ello un germen de error, por grave que este sea, y triunfar incluso dentro de nuestro mundo cristiano? Aun reconociendo todo el error y todo el horror del comunismo, ¿cómo dudar de que viene en contra de no poca podredumbre que, so capa de brillante, hay en nuestro campo?; ¿a quién no se le alcanza que tendrá honda repercusión sobre la Catolicidad, que será el agente purgativo de nuestras blandas comodidades y que—como duro azote penitencial—, nos llevará a *nosotros* hacia una rea-

lidad más pura? Conviene que haya herejes, decía San Pablo. Conviene que, en el hervor del exotero, vaya junto el error con una partecilla de nuestra verdad. En todas las herejías, en todas las impiedades sabias, hay en lo hondo un adarme de verdad —porque el hombre redimido, cuando obra en serio, no puede ser *absolutamente malo* ni estar *absolutamente equivocado*— que no debe escapar al fiel contraste del cristiano sagaz. Conviene, por fin, que nosotros—intelectuales católicos—, después de habernos batido en retirada durante un siglo en el terreno de la ciencia, meditemos con seriedad estas verdades de hoy y de todos los tiempos.

El error cardinal en este sesgo que arranca de la *Aufklaerung* setecentista está en tener por verdad—desde un punto de vista subjetivo—a lo que satisface a la razón humana, cuando solo es verdad lo que satisface al hombre entero. Al hombre entero, esto es: a la suma una y armónica de los calientes ríos instintivos que dan cuerpo a su temple vital, de su fría razón conceptual y de las ambiciones e intuiciones—genuina vida del espíritu—que trascienden de lo temporal y lo terreno.

Hubo un breve lapso de la vida renacentista en el que la Cultura, sin perder su unidad jerárquica medieval y su referencia a lo divino, ganó fuerza en sus pies terrenales y se afincó con energía en la verdad natural. *¡Tránsito de la Virgen del Mantegna, Juicio Final* de Durero, versos—leche y miel—de Fray Luis, filosofía grávida de Juan Luis Vives, invenciones exactas e inefables de Keplero, qué bien servís de hitos en la hora del mundo que más admiro! Todo lo posterior es ya hipertrofia de

ramas culturales desgajadas y parcelación seguida de lo unitario. Molinos y Descartes separan la Naturaleza de la Gracia; Kant la verdad real de la verdad formal; la ciencia del ochocientos desgaja en artificios de razón la realidad primariamente intuída; ciencia racional y vida se divorcian, surge el irracionalismo—rumoroso de hervores vitales—que va desde Bachofen y Nietzsche hasta Bergson y Klages. También la cultura se hace invertebrada y no se entienden entre si los cultivadores de cada compartimiento estanco; esto es, deja de ser auténtica Sabiduría. Lucha de clases, secesiones políticas, partidos, cantonalismos son el trasunto social de aquella cultura falsa.

Conviene que nosotros, desde ahora, lleguemos hasta la raíz del error y le denunciemos con grito vivo. Nuestra verdad es de vida y de razón; nuestros conceptos no son *disjecta membra* de una razón todopoderosa, sino arbotantes que van desde las más sublimes intuiciones a las más humildes relaciones humanas. En la nueva era del mundo—¿nueva Edad Media, a lo Berdiaeff?—ya no se dará el tipo del físico eminente y distraído que no *vive* la realidad política ni el del naturalista que niega la vida y el espíritu porque sus ojos analíticos y miopes no alcanzan a comprenderlos. Dijo José Antonio con afilada frase que nadie nace miembro de un partido político. Podría decirse, análogamente, que nadie nace jurista o etnógrafo. Uno nace hombre, esto es, *horizonte entre el mundo corporal y el mundo del espíritu*, como dijo una vez Tomás de Aquino, y ha de atender primariamente a las exigencias específicamente humanas: a la necesidad de un fin trascendente, lo cual es Religión,

y a la exigencia de un ámbito vital humano, lo cual es Nación y Familia. Lo demás, todo lo demás, ha de cultivarlo por añadidura.

Hace unos meses, el maestro Giménez Caballero demostraba con garbo y estilo nuevos que la realización del Arte no puede desligarse de la realidad del Estado. Explícitamente en el texto, implícitamente en el título, colocaba ambos—conforme al hondo principio donosiano—bajo el signo de una Teología, de *nuestra* Teología. Es necesario hacer lo propio con la Ciencia. He ahí la tarea ingente que se ofrece, desde el comienzo de la nueva era, a nuestro ímpetu arquitectónico: la de llenar todos los odres nuevos con la solera vieja de nuestra Sabiduría. *Nova sint omnia—corda, voces et opera*. Hagamos la obra nueva con voces y corazón nuevos; pero extraigamos los sillares de la cantera inagotable de nuestro saber eterno, universal y cristiano.

Tras la exaltación, el reposo fértil; tras la floración, el fruto maduro y útil. Ensayemos, como en las antiguas fábulas ingenuas, la extracción de una moraleja en siete puntos, que sean como cuentas humildes y cotidianas de nuestro rosario intelectual.

1

Conocer íntegramente nuestra verdad. Vivirla. Saberla llevar en su plenitud cabal a todos los rincones de la vida, en cuanto ninguno de ellos puede hurtarse a su sentido y a su influencia.

2

Conocer que nuestra verdad, por culpas y errores nuestros—

cuya valoración solo puede hacerse con arreglo a las leyes eternas de la Ciudad de Dios, nunca por motivos históricos—, se halla desgajada en múltiples fragmentos, cuya posesión puede corresponder a manos paganas.

3

En consecuencia, hemos de buscar nuestra verdad con ánimo tenso, allí donde se encuentre. Hemos de pensar que el descubrimiento de nuevas verdades naturales nos es dado por ser criaturas de Dios, no por cristianos, aún cuando esas verdades se refieran al orden de la conducta humana.

4

Allí donde sea posible, debe intentarse la construcción de una síntesis de arquitectura cristiana. Una síntesis cristiana—eso sí, *auténticamente* cristiana—ha de ser mejor que cualquiera otra. Hemos de pensar continuamente que lo católico, lo universo, es por definición la antítesis de lo unilateral.

5

Uno ha de vivir incómodo, ha de huir de sentirse satisfecho de la propia obra intelectual y de la propia conducta. Nuestra misión de intelectuales católicos es vivir en peligro, movernos en aquella zona de la verdad natural lindante con el error.

6

Hay que tener presente en todo momento que la creación intelectual fría está condenada al fracaso. Por lo mismo que en todo hombre se dan en cabal armonía pasión, razón e intuición, nuestra obra intelectual—si ha de ser humana—debe llevar calor de vida y tender como sutil flecha hacia la zona de las in-

tuiciones puras, aquella en que el concepto, si ha de tener valor, ha de llamarse dogma.

7

Si el hombre es trino en cuanto a su persona—cuerpo, alma y espíritu, según la maravillosamente actual clasificación paulina y patrística—y a esa trinidad debe atemperar su obra intelectual, ha de tener presente que su vida transcurre en el ámbito que le da la realización social de cada estamento: Familia, Estado, Cultura, Iglesia. En el feliz equilibrio con que la obra abarque el sentido de tales estamentos sociales se halla el signo de su perennidad.

En estas horas de dolor gozoso y de esperanza inquieta, tal es la moraleja sencilla que yo quisiera ver seguida por los rehacedores de España, en orden a la vida del espíritu.

El hombre es un ser que vive en el mundo, y que por lo tanto, debe estar sujeto a las leyes de la naturaleza. Si el hombre es un ser que vive en el mundo, y que por lo tanto, debe estar sujeto a las leyes de la naturaleza, ¿cómo puede ser que el hombre sea un ser que vive en el mundo, y que por lo tanto, debe estar sujeto a las leyes de la naturaleza? La respuesta es que el hombre es un ser que vive en el mundo, y que por lo tanto, debe estar sujeto a las leyes de la naturaleza. La respuesta es que el hombre es un ser que vive en el mundo, y que por lo tanto, debe estar sujeto a las leyes de la naturaleza.

La moral es la ciencia que se ocupa de las acciones humanas, y que por lo tanto, debe estar sujeta a las leyes de la naturaleza. La moral es la ciencia que se ocupa de las acciones humanas, y que por lo tanto, debe estar sujeta a las leyes de la naturaleza. La moral es la ciencia que se ocupa de las acciones humanas, y que por lo tanto, debe estar sujeta a las leyes de la naturaleza.

La moral es la ciencia que se ocupa de las acciones humanas, y que por lo tanto, debe estar sujeta a las leyes de la naturaleza. La moral es la ciencia que se ocupa de las acciones humanas, y que por lo tanto, debe estar sujeta a las leyes de la naturaleza. La moral es la ciencia que se ocupa de las acciones humanas, y que por lo tanto, debe estar sujeta a las leyes de la naturaleza.

La moral es la ciencia que se ocupa de las acciones humanas, y que por lo tanto, debe estar sujeta a las leyes de la naturaleza. La moral es la ciencia que se ocupa de las acciones humanas, y que por lo tanto, debe estar sujeta a las leyes de la naturaleza. La moral es la ciencia que se ocupa de las acciones humanas, y que por lo tanto, debe estar sujeta a las leyes de la naturaleza.

QVADRIVIO IMPERIAL

POR

ANGEL MARIA PASCVAL

gallardísimo que se llama una época de transición. Sucede que el paso de una edad a otra en guerras viene y en conmoción de pueblos, pero el cambio es largo, tenaz, muy lento y no puede verse sino en sus extremos. Lluve en el verano una nube de aguas hasta que de la otra parte del cielo surge el sol de nuevo y aparece el arco de los siete colores. En su centro son diferentes los colores y ciertamente opuestos en su matriz, ¿pero quién advirtió brusquedad en el paso de entre ellos? ¿y quién, donde empieza un color y acaba su inmediato? ¿acaso no será cada uno, paso y cambio entre otros dos diversos? Después de las tormentas un arco en el cielo nos enseña que todo es sucesión y tránsito; y una lección de serenidad, de moderación y de ironía nos es profesada en la altura.

Sucede también cuando empieza el otoño. Siguen aún los días del calor y vosotros junto a la piscina pensáis sin notarlo. *Es posible que mañana cambie el tiempo y ya no podamos venir en muchos meses.* Todo está igual que en el vago estío, el cielo y el agua y los diálogos en el borde del agua que son mucho más claros, sencillos y alegres que en la ciudad. Sin embargo en esos últimos días de calor es la despedida, inseparable de cada momento. Pues sucede así en el tránsito de las edades. Empieza una edad bárbara, una edad media sigue y culmina en una edad imperial y áurea. Pero Fortuna gira su velocísima rueda y viene una edad de plata en que la decadencia se hace extrema y otra vez una edad bárbara es fin y principio y un ciclo nuevo empieza en los caminos del tiempo. Estas edades son tránsito donde las vecinas se confunden, y aun tiempo definidas

y distintas como grandes órbitas de un ignoto sistema. Como vienen empujadas por el viento innumerables bandadas de aves rápidas en un cielo que anuncia los fríos cercanos, así vuelven en la Historia las edades, siempre iguales y periódicas y siempre empujadas por la ley del tiempo implacable. Arma ignuda que a todos vence.

Fin, principio y tránsito cada edad en su definición y esquema porque esta es ley de las cosas perfectas, el participar de la esencia de sus contrarias. A eso le llaman ironía.

Pero en lo que es mudable hay razones de permanencia, de ahí que en la sucesión de las edades, los dos órdenes alternan: el Orden Clásico y el Orden Barroco. Hace muchos siglos aquel famoso maestro en el conocimiento de los Números, Pitágoras, daba al principio masculino el número 3, como idea de solidez, de totalidad y de jerarquía. Presidía el número 2 el principio opuesto porque en él no hay equilibrio ni jerarquía y le rodea una vaga morbosidad. Hay una ley d'orsiana: la ley de la Gravitación de las Artes que sirve para distinguir las edades clásicas y de las edades barrocas. Esta ley se enuncia de esta manera. Ordénanse las Artes desde la más pesada a la más leve, desde aquella donde todo sea tenerse en pie hasta aquella otra donde todo sea volar, y el orden es este: Arquitectura, Escultura. Pintura, Poesía y Música. En una edad barroca las Artes gravitan hacia la Música. Así la Poesía es musical, la Pintura, poética, la Escultura, pictórica y la Arquitectura, escultural. En una edad clásica las artes gravitan sobre la Arquitectura. La Escultura es arquitectónica, la Pintura escultórica, la Poesía pic-

tórica y la Música poética. En el siglo XIX era musical la poesía, poética la pintura de los impresionistas. Era pintura de grandes pinceladas la escultura de Rodín. Era escultura disparada, el gaudismo y todo el *arte catalan*. Wagner, Debussy o Erick Satie presidían la universa estética. Por todo ello el siglo XIX perteneció al orden barroco. Ahora nuevamente la Arquitectura preside las otras artes. Encuentra la escultura serenidad y ritmo. La pintura llega a morir de volúmenes como en el caso de Giorgio de Chirico o de Mario Toddi urbines de quien se decía recordando a Rafael: *La stessa terra fa lo stesso vino*. La poesía es pictórica—algún día se dirá como son opuestas la descripción y la pintura—y la música es poética. Empieza en nuestro tiempo una Edad Clásica, una nueva edad media. La Edad Fascista que nos trae a España la Falange.

Una edad media entiéndase bien. No la Edad Media como querría el ruso Berdiaeff.

El primero que trató sabiamente de Arquitectura en nuestro tiempo fué Fray Carlos Lodoli, el cual denunció sobre esta materia graves defectos y dió normas de refinada perfección. Su contemporáneo el conde Francisco Algarotti lo alaba en su *Ensayo sobre la Arquitectura*. Nada se verá en una fábrica sin

que tenga su propio oficio y sea parte integrante de la fábrica misma. De lo necesario debe resultar el ornato. Estas son ideas fascistas de Fray Carlos Lodoli hace muy cerca de doscientos años. La belleza del propio oficio es la más pura razón de artesanía. Si el trabajo es un castigo, publicarlo con la fatiga será vergonzoso y también disgustarse con él. Necesario es ocultarlo y poner en todas las cosas máxima virtud y maestría. En la Arquitectura existen infinidad de lugares donde un desconocido trabajo sustenta altas bóvedas, naves, crujías y columnas; y nadie recuerda el nombre de quien allí hizo su obra diaria. Pero a este, la belleza del propio oficio fué un ignorado premio y esa es manera militar. Además hay en la Arquitectura una razón de jerarquía que puede tener maravillosas consecuencias. El Fascismo recogió esta nueva ordenación en la llamada a la *Triennale* milanese. Solamente eran allí admitidas las estatuas y las pinturas que formaban parte de una obra de Arquitectura. Es signo del tiempo nuevo. Mirad aquí reunidos el conocimiento total de lo que es fundamento y principio, y una exaltación de la artesanía. Todos preguntan el nombre del escultor o del pintor cuando exhiben sus obras sueltas en un museo y los arquitectos son olvidados, así ocurre en toda edad barroca. Todos los que navegan un día cualquiera por Venecia—precisamente la patria del conde Algarotti—conocen las maduras grandezas de Pablo Verones y nadie pregunta en la Riva degli Schiavoni a cualquiera que pase. ¿Quién hizo *Santa María della Salute*? Por otra parte muy pocos os lo podrían decir. Si el Vasari resulta siempre una lección admirable es porque

enseña todo lo que tenían de artesanos los más excelentes pintores y escultores. Aparece de pronto en cualquiera de ellos el brillo glorioso de los triunfos pero debajo nunca se olvida el aprendizaje y heroísmo. En un tiempo barroco admiran todos al artista y más que a su obra a sus rarezas, a sus caprichos y a sus defectos. Se empieza admirando *le bon sauvage* y cuando la sensibilidad es ya señora vienen gustos morbosos. En cambio del artesano nunca se sabe nada, porque todos son siervos como él de la Obra Bien Hecha.

No es de creer que viniera nunca el filósofo a encontrar bueno esto de que se reconociera un punto de belleza donde no se demuestre alguna utilidad. La belleza, que es suprema razón, está precisamente en el orden y en la utilidad. Ved aquí perfección en la sencillez. No en el vano ornato ni en lo que es ostentoso o enfático sino en la sencillez. Tres son las funciones de la Arquitectura: formar, ornar y mostrar. Nada extraño necesita.

Cuando las Cinco Artes estén sujetas a la Arquitectura como en el Orden Fascista el nombre quedará oculto por la obra porque en la Artesanía es más fácil de recordar la experiencia que el nombre de los predecesores. No habrá Salones de Otoño ni *barnissages* ni medallas de oro, ni tertulias parnasianas ni me-lenas ni homenajes. En cambio con la gloria difícil vendrán la pintura al fresco, los frisos heroicos y una infinidad de artes menores. Porque el gusto de la Arquitectura llena entonces a todos los ciudadanos y al mismo estado. Fué Pericles famoso en el gobierno y a grandes empresas condujo su patria, Atenas la del aire claro. Pues de su tiempo son los más hermosos edifi-

cios de la Grecia y los hombres veneran todavía la memoria de Ictinos, su arquitecto. También fué Trajano excelente Emperador y se cansan de loar sus virtudes los historiadores de su tiempo. Tuvo la pasión de construir en gran manera, restauró vías y levantó acueductos, termas y arcos en todas las provincias y castros insignes en todos los límites. Padeció en sumo grado el *morbo ædificator* de su tiempo y su nombre permaneció en lápidas porque una lápida es el más noble descanso para los ilustres nombres. De la misma manera águilas bicéfalas señalan el recuerdo cesáreo de España en las obras del tiempo de nuestro César Carlos. Mirad que este es el destino y el estilo de la Falange: pelear, estudiar y construir. Hacer de todo Arquitectura y en lo imposible hacer esquema sinopsis, teoría y diálogo, porque también esto es arquitectura inasequible y cierta. Y todo sin énfasis. *Se presienten las columnas desnudas sin acompañamiento alguno de bases y capiteles*, decía hace dos siglos con raro ardor de profeta el ligero cortesano Algarotti. Ni bases ni capiteles, solamente proporciones. Sean una misma cosa, bondad, utilidad, belleza y fuerza. *A la antigua y moderna arquitectura sustituirá cuando sea una arquitectura de otra especie, homogénea con la materia, ingenua, sincera, fundada sobre la verdadera razón de las cosas y en la que se mantendrán firmes los edificios, enteros y en una flor de larga y casi perpetua juventud.* Y he ahí entre una gavota del Sacchini una sonrisa en el *boudoir* de Madame Du Boccage y una conversación en *Sans Souci*, como un conde empolvado y académico *élève d'Horace et de Virgile, naturalisé par Ovide*

pudo anunciar la doctrina fascista y nuestra Falange. Pero en aquel tiempo se hacían infinitas profecías, almanaques y presagios.

Pues yo os digo que cuando un arquitecto construye en el *opus novum* y cuando un artesano en el taller de la calle olvidada trabaja en la norma nueva y cuando alguno siga en su Misal el Santo Sacrificio y cuando un día en el campo veáis que la fiesta consiste en nadar o en subir a los montes o en saltar bajo el sol juegos precisos y elásticos pensad, que entre nosotros ha empezado ciertamente un nuevo estilo: alegre, claro, juvenil, fascista. Y os advertiré que fascista no dice aquí política, sino estilo, el nombre de un tiempo clásico que vuelve. Además en esa alusión litúrgica no cabe irreverencia por su trabazón; Liturgia pide Arquitectura y ambas Artesanía y todas en los juegos lozanía y esfuerzo. Arquitectura, Liturgia, Deportes y Artesanía son aspectos de la misma Arte que es el Arte de la sencillez.

La sencillez no está solamente en hallar las formas más elementales sino entre las más elementales la exacta. De igual manera que entre todas las líneas pasando en dos puntos una es más breve y la llaman línea recta, así sucede en todas las normas, en todos los órdenes, en todos los módulos, en todas las

batallas. Una será en ellas la conducta recta y siempre difícil e inesperada porque en la viva lógica las cosas verdaderas traen siempre riesgo e ironía. Están encima cuando se las cree lejos porque nunca conoceremos los caminos superiores de los Santos Angeles, y se trabarán muchas cosas dispares. Así la Arquitectura es camino de sencillez por estructuras y fundamentos. La Liturgia por serenidad y amor. Los Deportes por fuerza y alegría. La Artesanía por continuidad y perfección. Pero lo mismo podíamos atribuir fuerza, estructura y alegría a la Liturgia y amor, fundamento y serenidad a la Artesanía, porque todas las cosas son comunes en la Santa Hermandad de la sencillez. Necesita la Liturgia nuevas Artes y ya las tiene y cada día es refinada y purificada la belleza. Surgen formas exquisitas que nunca se vieron ni en las épocas más altas cuando viene hasta la Arqueología de por sí fría y yerma, con majestuoso imperio, la víspera del gozo. Entonces se olvida la técnica y queda como en el verso de Pedro Salinas esa *alegría más alta, vivir en los pronombres*.

Tres principios sostienen el error barroco que ahora muere: Empirismo, Soledad y Anarquía. Abre la primera en toda ciencia el camino de las peores tentaciones. Quita certeza y eternidad, encadena a un rastreo continuo de fenómenos y nunca dejará llorar de emoción ante una perfecta geometría. Buscando dimensiones escondidas se puede encontrar al demonio que espera siempre en los términos de una oculta ciencia, pero Dios estará siempre en que la suma de los ángulos de un triángulo valga dos rectos. Todo se muda: impe-

rios, mares, especies, astros, formas, invenciones y estilos, pero un teorema será igual siempre. Lo repetirán las mismas palabras y los mismos signos demostrarán su insigne verdad. Y cuando no haya palabras ni signos permanecerá inmóvil aunque se derrumben los cielos de los planetas y la gran bóveda en que doce figuras presiden los giros anuales del sol. Cuando se amotinaron aquellos estudiantes y pedían a voces: *Enseñadnos a Platón*, no supieron que su grito levantaría siempre las revoluciones del buen gusto. La Rueda de la Fortuna cesa en su temerosa vuelta si tropieza con el vértice de un triángulo, con la férrea dureza de un silogismo, con la solidez de una teoría. Y con Platón exaltaban sin saberlo el diálogo porque la soledad es enemiga y extranjera de una lúcida mente. Quien se aisle será Robinsón en isla de pensamientos y eso le dará estrechez y todo deberá construirlo con la rudeza de los primeros hombres. Sus ideas serán diferentes de las comunes ideas pero en tosquedad, en escasez, en dificultad. Cada día empezará con la duda de la llegada del ocaso y desde la cima más alta nunca verá naves viajeras para hacerles señal porque cada vez estará más alejado de las rutas. Caerá en el otro extremo que es el hacer universal norma de unas ideas solitarias. Pero el Glosador aconseja: *Nada de robinsonear. No estamos en una isla desierta, sino en una ciudad—dentro de otra ciudad que es la Cultura—dentro de otra a su vez, que es la Historia. Levantamos los párpados y vemos inmediatamente compañía. Tendemos el meñique y tocamos colaboración. Abrimos la boca y respiramos tradición.* Es mandamiento de la Sencillez. Con el

diálogo las ideas singulares se cruzan con otras y tras la turbación de la sorpresa y del choque encuentran ganancia cierta porque superándola, de antes conocieron la realidad. Su experiencia es mejor. Siempre estuvo de espectadora, mientras la experiencia de los empíricos es una experiencia condenada a perpetuidad de trabajos forzados.

Y después la Anarquía. Eso traen soledad y empirie. Cada rumbo de fenómenos, cada ínsula apartada aleja cada día una ciencia de otra ciencia, una mente de otra mente y al fin un capricho distinto domina y se cree universal en ellas. Cuando se las mira de lejos porque transcurrió su tiempo, se ve que un mismo espíritu las anima. El barroco es sistema de pura diferencia, equilibrio de cabriolas y como su cifra pitagórica, el número 2, estable en lo inestable, centro de lo disperso y lógica de lo que no concluye. Entonces se hablaba del Arte por el Arte, que es fin que escapa siempre e induce perpetuo giro hasta la locura de volver los sesos agua. Una primera reacción puso frente a esa fórmula, *el trabajo por el trabajo*. Pero tampoco será norma nuestra porque el trabajo es un castigo y cinismo el mostrarlo, como se ha dicho felizmente. En todo caso nuestra fórmula será esta: *el deber por el deber*, seremos los parnasianos del deber. Y sobre todo del deber de Jerarquía.

Milicia es la vida del hombre, dice la Escritura. Milicia incesante y cuando no es Milicia es dar que reir al demonio. Eran los hombres del siglo muerto, espectadores o difamadores ante la Milicia. El sol les parecía enemigo y un drama de fantasmas se abatía pesadamente sobre ellos. El fantasma de la bondad natural, del progreso indefinido y de la diosa Razón. El fantasma de la libertad, el del pragmatismo, el de la sociología y el de los derechos del hombre. El de los poetas malditos, el del arte por el arte y el de la emoción civil. En un café de bancos rojos y luces pálidas de gas se anudaban conspiraciones y revueltas. Había un abismo sin fondo entre el que era ciudadano y el que era soldado, hasta que la blandura llegaba a la Milicia y todo acababa en comités de soldados, campesinos y obreros. Dan con eso en tragedia doscientos años de jugar con fuego. Ahí está el ejemplo de España. Le vinieron los males de que muchas de sus tierras no habían visto la guerra desde que el último soldado francés se fué en el polvo de la retirada, cuando hicieron *chateaux en Espagne* las águilas del Emperador y Rey. Solamente da valor a la vida la tenaz amenaza de la muerte, y en aquellas tierras cuatro generaciones en paz daban a todo la misma importancia. Cambiaban el régimen, desterraban a los Reyes, elegían ineptos, pedían aranceles, enviaban comisiones, atraían turistas y perdían la vieja fe. Durante esa algarabía, nuestra tierra de Navarra que había conocido tres próximas guerras, esperaba firme siempre, mientras todo en torno cambiaba. Solo nos recordaban para herirnos como si las bata-

llas no enseñasen el olvido de las cosas pequeñas. Aunque esta guerra no hiciese sino dar a los españoles aquella gravedad de nuestros siglos áureos, sería beneficio y favor de Dios.

Un sol claro y limpio viene en las Cinco Flechas y por él son alegres las formas del tiempo nuevo. Mirad hace cien años en ese siglo que está desgarrando la Falange. ¿Hay algo más sombrío que una logia, que un teatro, que un club? Viene el deseo de abrir ventanas para que no quede ni un rincón con el polvo y el olor lívido del tabaco, de la sombra y del secreto. El sol es quien limpiará muchas cosas. Quema sombras morbosas, ilumina escondrijos y ahuyenta sueños. El siglo XIX siendo liberal y empírico es también razón pura y sueño de la razón, y ya se sabe que el sueño de la razón engendra monstruos. Quien lo dijo era por sombrío, demoniaco y anticlásico, el hombre y casi padre de su tiempo y tenía motivos fundados de saberlo. Entonces los literatos eran opulentos o miserables, caprichosos o ebrios de madrugadas, de botillerías y de rarezas. Tenían melenas, enfermedades, envidia y pereza. Así eran entre nosotros los abuelos, los hijos y los nietos del 98. Ahora son soldados los que profesan la Sabiduría, nadan y juegan al aire y al sol y no les queda tiempo para la anécdota. Por eso muchos, al ver nuestra batalla y nuestra aparición han enmudecido porque adivinan la derrota. Ellos mismos se llaman los nietos del 98. Hoy las mismas manos sostienen un *crawl*, un fusil y una pluma, y los nietos del 98 se quedan en mangas de camisa, lo cual tiene más importancia de la que la gente cree. Baja el Duce a Riccione todos los veranos para nadar y tenderse al sol durante

unas horas y allí recibe algunos amigos. Cierta día bajó Dollfuss hasta la arena y el Duce y el pequeño canciller pasearon hablando de la cuestión austriaca. El Duce iba desnudo y brillante, mojado y fresco del baño reciente. Dollfuss, en mangas de camisa con el lazo de la corbata, el sombrero en la mano y la chaqueta al brazo le seguía enjugándose el sudor con el gesto fatigoso de quien tiene los zapatos llenos de arena. En eso se diferenciaban Milicia y Política. Dollfuss era un burócrata en vacaciones y hacía una política de decretos, y el Duce era una estatua. Gobierna en marmol frío, exacto y perenne.

Milicia es toda la Falange y el Imperio nuevo que la Falange trae. Milicia en la batalla, en el campamento, en el estudio, en el deporte, en el trabajo y en la fiesta, pero también dentro de cada uno de los de su Hermandad. Hace ya tiempo, cuando éramos muy pocos y nuestras reuniones tenían un vago aire de catacumba, yo lo decía en cierto curso de estudios a los primeros fieles de la Falange en la ciudad nuestra. Antes de la conquista del Estado está la propia conquista, la revolución de las cuatro virtudes. La Prudencia, para que en todo haya orden, peso y medida. La Justicia, para que el afán de cada día sea dirigido por una firme rectitud. Fortaleza en el triunfo y en la persecución, para que el orgullo o la flaqueza no malogren la obra empezada. Y Templanza, para poner en todo moderación y sencillez. Esta milicia de las cuatro virtudes es el principio de toda otra milicia. Y en esto se ha de tener cuidado, en que sea Milicia, no Caballería. En la Milicia hay jerarquía, continuidad y orden, Grandeza y

servidumbre. En la Caballería se acaba siempre peleando con molinos de viento. En esto conoceréis también que empieza una edad media y no que vuelve la Edad Media. En esto y en todas las cosas que se van diciendo.

Si la vida del hombre sobre la tierra es una milicia, también vivir es navegar. Yo recuerdo siempre la casa del capitán Laud rodeada, hasta las praderas vecinas, de la voz del mar. Tenía unos vidrios gruesos y amarillos en las ventanas; mesas, bancos y cofres pesados de madera oscura y colgaban de sus vigas, pequeñas naves. Cuando os sentábais junto al fuego en unos bancos de madera, altos, sentíais que en aquel instante estábais venciendo la marcha del tiempo. Y si leíais, junto a cualquier ventana, pero mejor junto a la ventana chica del cuarto de estudio, en una butaca panzuda, aquellos libros grandes y raros del capitán Laud, nunca fué más lento y suave el reposo ni más gozoso el paso de las horas. Eran libros de viajes, de Cosmografía, de las estrellas y de natural historia y el *Orbis Pictus* de Commenio. Allí es donde se aprendía un conocimiento nuevo del mar, y con la ciencia del mar una nueva ciencia de todas las cosas y más especialmente de la sabiduría por la atención despierta y de la política porque son los es-

tados como altas naves y rigiéndolos es un piloto quien desafía, en la impasibilidad de los rumbos, los adversos vientos. Pero otro día, cuando a todos venga el sosiego, al publicar su diario de navegaciones hablaremos despacio del capitán Laud. Porque el mar y todo lo que está sobre él y las cosas que le rodean son una lección para cada día. Todos aquellos que rigen los estados o bien la sabiduría o su propia vida deben ir a los puertos del mar muchas veces para no endurecerse en la monotonía y para aprender ruido y descanso, trajín y silencio. Sea un puerto de esos no muy grande donde la llegada de una nave inesperada da acontecimiento durante unos días a los diálogos de la primera noche. Gritan los marinos un extraño lenguaje, abaten las velas o las van arrollando en la vasta arboladura. Ágiles manos trepan las escalas y suben y bajan cuerdas, poleas y voces. En el final unas sogas lanzadas con fuerza airosa y rudo arte rodean los pilotes de amarre que fueron antes bocas de fuego, azote implacable del fiero Marte el de las batallas y bronca voz de la Guerra. Y queda la nave acostada en la orilla. Hay confusión y orden. Confusión de lenguas y de oficios, de mercaderías, de grupos y de voces; y orden porque nadie estorba y son todos, en su afán, unánimes. Cada navío que ancla, trae sobre sí la ventura y prisa de los marineros y fatiga en su rumbo; y cada nave que sale lleva esperanza y es una voz a la aventura. Por todas estas razones deberían venir a los puertos los que ordenan los estados para aprender eso que es razón de buen gobierno, el dar a cada día novedad y continuidad y así el estado sería un fresco hallazgo de cada mañana; y cada noche

habría el descanso para pensar esas ideas ligeras, abundantes y precisas de las navegaciones felices. Lejos del mar los gobiernos se hacen violentos, las leyes durísimas y el espíritu áspero de la sequedad de las tierras metidas, influye en las leyes y viene pronto la exaltación de lo típico en lugar de hacer de cada movimiento, arquetipo, cánon de formas y proporción lógica. Ahora bien, los estados que reflejan en el mar los muros de su gobierno son de rica y alegre historia aunque en toda ella transcurra una política de vejez. Así quedó definida Venecia en cierta ocasión. Cabía en ella la opulencia madura, encendida en muertos oros, del Verones, y la fría sátira de los carnavales de Lotto. Su gobierno era cruel, secreto, inexorable y lento. *¿Cómo no amar la alegría?* Era verdemar aquel mar de poco fondo y un vago olor de légamo llegaba entre el puente de Nomboli y aquel de Donna Onesta pero *io nacqui in mezzo a quel baccano, fra tanta dovizia*, dice el abogado Goldoni. Hay un cuadro del Canaletto donde al pintar Londres desde una altura, pinta la alegría ordenada, limpia y fresca de un estado que a fuerza de mar está haciendo su imperio, o pseudo imperio para que nuestra ortodoxia descansa siempre en exactitud. Al fondo, la cúpula de San Pablo surge blanca sobre una multitud de casas rojas con ventanas verdes. En el parque junto a un banco de madera clara y un barandal dos figuras con sombrilla ven allí abajo el río pálido con barcas. Todo está en su sitio y un orden confortable se adivina en los detalles. Quizás aquel mismo día habría terminado alguna de sus memorias el Capitán Cook sobre el salvaje de las islas que

trajo en su segundo viaje. En el despacho del Capitán Laud vi este cuadro del Canaletto aunque sospecho si sería una buena copia. Porque al Capitán Laud le gustaban los cuadros de marinas y vistas de ciudades y nunca le sobró el dinero. Entonces a fuerza de ser nueva parecía casi adolescente la política de Inglaterra que ha sido la segunda gran política de vejez en el mundo. El mar quita pereza y hollados caminos porque en el mar perduran solamente las huellas del espíritu. Siempre pensé para onfalo de nuestro Imperio y sede cesárea, en aquella ciudad de habla dormida donde el río ensancha entre torres marineras un estuario en que cabrían cien flotas ancladas. Tiene una plaza abierta para los desembarcos y para los desfiles; y son estas plazas con tres lados de pórtico y el cuarto de mar las más bellas del mundo. Allí un estado grande en territorios, en ciudades y en la variedad y número de sus gentes tendría un admirable sede. Diariamente cumpliría el símbolo de las naves, porque el buen gobierno debe ser como nave donde haya aventura y orden, seguridad y riesgo, rumbo y horizonte. Donde haya una proa atrevida y el descanso de la popa levantada, con cañones por banda y una cámara en que el resol de las aguas dé a los diálogos calor, historia y sosiego. Haya en la calma una vela bien dispuesta que recoja el menor viento para que inmóvil no traiga pereza; y en la tempestad una mano segura mantenga siempre la ruta porque más fuerte que los huracanes, fuegos del cielo y meteoros es la serenidad. Como en las naves, tenga quien conduzca el Estado el astrolabio de los rumbos y el sextante de la altura. Y navegue en compañía por-

que de dos actitudes es necesario huir en el tiempo nuevo: del perderse y del quedarse solo. Y mire siempre a las estrellas como navegante de rutas nuevas porque este es camino nunca andado. El olvidarlas trae venganzas espantosas según la tragedia llamada *The Golden Door*. Y mirándolas verá que tres estrellas rectas dan grado militar al cielo y verá sobre todo que ellas marcan una vía fatal e innumerable porque son luces de la guardia de nuestros muertos.

Para que en figura augusta de espadas venga el Sacro Imperio
y sea triunfo de Dios y del César.

POESIA

Arbeloa
Foyaca
Salazar
Tribarren

POESIA

Arbeloa

Tojaca

Salazar

Urbarrén

JOAQUÍN ARBELOA

Rosas en tu carne

*La roja flor de la sangre,
con sus pétalos de seda,
envuelve toda tu carne.*

*Es el vestido de gala
que le ha puesto la Falange.*

*Tu novia es la azul camisa,
con su cuello blanco de ángel,
cinco flechas bajo el yugo
herida con hilos de sangre.*

*Y la mano de la patria
en la seda de tu carne
se ha encendido cinco heridas
en la noche del combate.*

JOAQUIN ARBELLOA

Rosas en tu Carne

*La roja flor de la sangre,
con sus pétalos de seda,
envuelve toda tu carne.*

*Es el vestido de gala
que te ha puesto la Falange.*

*Tu novia en la azul camisa,
con su mano blanca de ángel,
cinco flechas bajo el yugo
bordó con hilos de sangre.*

*Y la mano de la patria
en la seda de tu carne
te ha encendido cinco heridas
en la noche del combate.*

*Cinco heridas, cinco soles
que en tu cuerpo joven arden
Cinco heridas, cinco rosas
en el jardín de Falange.
Con dolores de martirio
Se forjan victorias grandes.*

¡ Arriba España !

*Que pase,
bajo los brazos tendidos,
el escuadrón de los mártires.*

José Antonio

Dí, tú, Verbo inicial del alborada,
supremo Capitán de primaveras,
en loca profecía de banderas
el radiograma azul de tu Cruzada.
Que España entera, exacta y desvelada
de inquietudes y místicas guerreras,
irá encendida de ilusión y esperas
al jardín de tu cita enamorada.
Y tu grito de Imperio—Yugo y Haz—,
carabela triunfal de geogratías
cargadas de victorias y de ensueños,
despertará el poema de la paz,
encarnando en sus dulces melodías
el alta arquitectura de tus sueños.

Concederé a los
que en el cuerpo de la
Cinco heridos, cinco rosas
en el jardín de Palenque.
Con el alma de guerra
Se levanta el alma grande.
¡Ayuda España!

Que pase,
dejo los brazos tendidos
en el espacio de la muerte.

D. ni. Verbo inicial del alborada.
Capitán de primavera,
en una profeta de banderas
el redondeo azul de la cruzada
Que España entera, exalta y desvela
de pupiles y milicias guerreras,
en el encendido de la luz y espere
el fin de la cruzada.
Y en fin de imperio — Yugo y Flor —
carabela principal de geografía
cargada de victorias y de truenos
despertar el poema de la paz
comenzando en sus dulces melodías
el alto arquitecto de las azules

CARLOS FOYACA

Har de mí, pero mi cuerpo ansa
fuejas de acero caro a la verdad
y que me acerques, en el salto lumenoso,
hacia el cuarteto de la Eternidad.

Que tarden flechas de mi sangre, rojas,
y unidas en mi pecho formen boca
para que tengas frente a Ti y a las
las carabelas de zangre de la paz.

Centinelas de cielos azules
cubiertos de un sueño...
¿Un Hércules sobre campos de gules
para España será nuestro capote? II

CARLOS FOYACA

Canción del Ansia

Haz de mí, para mi cuerpo tenso
flejes de acero cara a la verdad
y que me acerquen, en el salto inmenso,
hacia el consuelo de la Eternidad.

Que surjan flechas de mi sangre, rojas,
y unidas en mi pecho formen haz:
para que tengas frente a Ti y escojas
los claveles de sangre de la paz.

Cazadores de cielos azules
orlados de un sueño...

!! Un blasón sobre campos de gules
para España será nuestro empeño !!

No era apenas Falange,—era un sendero
y hoy es ancha promesa de viajar.—
Si a tu lado se duerme un compañero
abre puerta en tu pecho y hazle entrar.

Y ¡adelante! y ¡¡arriba!! que no engaña
si se busca la Gloria con tesón.
¡Adelante! y ¡¡arriba!! ¡¡arriba España!!
que la llevamos en el corazón.

Arquitectura

*P*ara el trazado de mis construcciones,
dáme la línea seca, escueta y dura
—Geometría de las almas, Ciencia Pura—,
la vertical de las Aspiraciones.

Sentemos—yo contigo—las Nociones
de un Tratado magnífico: de Altura
y de Serenidades, de Reciuira.
Y un axioma inicial: Afirmaciones.

Y así, explicar Teoremas—en ayuno
de materia y de forma—, como en rito
de un ascético ardor iluminado.

(Las columnas de Dios—que es Trino y Uno,
Arquitecto Supremo de Infinito,
sostienen lo Creado y lo Increado.)

Imperio

Son tres carabelas rumbo a los confines.
Tres venablos blancos a la lejanía.
Son tres pañizuelos para cetrería.
Van atraillados inquietos del tines
Y en la mano el azor estaría.

No resuenan trompas que es caza prohibida
Y es vedado incierto la quietud del mar.
Pero a lomos blancos rezan un cantar.
Palafrén de brisa les tiene la brida
Y acompasan las tres el andar.

Cuando vuelvan muertos en peso de gloria
Los brazos vencidos, los hombros curvados.
Y enciendan su llama los cielos cobrados
Pedidle sus nombres de oro a la Historia
Y a los bronce del triunfo, grabados.

*Son tres carabelas rumbo a los confines.
Son tres pañizuelos para cetrería.
Tres venablos blancos a la lejanía.
En un coro de inquietos delfines.*

*Una, como el yugo de santa Hermandad.
Libre, como el vuelo de la Inmensidad.
Grande, como el vaso de la Eternidad.*

Son tres cascadas ruidos a los confines
Son tres palinuros contra la muerte
Tres venados blancos a la lejania
En un coro de inquietos delirios.

Una, como el yugo de santa Hermandad
Libre, como el vuelo de la inmundad
Grande, como el vaso de la Eternidad.

Son tres cascadas ruidos a los confines
Tres venados blancos a la lejania
Son tres palinuros contra la muerte
Van atrevidos inquietos delirios
Y en la mano el coro estorja.

No permitan romper sus escaños prohibidos
Y en volutas de oro la quietud del mar
Pero a la vez la vida en el cantar
Palatinos de brisa la vida la vida
Y acompañar los rios al cantar.

Cuando vuelven muertos al paraíso de gloria
Los brazos vacíos, los brazos vacíos
Y encienden la vida en el cantar
Pedirle sus nombres de oro a la Eternidad
Y a los brujos del trueno, gorgoros.

JOSÉ MARÍA P. SALAZAR

*En el haz santificado
y en el yugo que bordante,
las cinco flechas prendieron
en cinco rosas de sangre.
Noche eterna de luceros
en las guardias celestiales,
¡Noche eterna
sobre hazañas imperiales!*

Cinco heridas...

*Cinco rosas
ardientes*

Parece

JOSÉ MARIA P. SALAZAR

Romancillo del Héroe

En el haz santificado
y en el yugo que bordaste,
las cinco flechas prendieron
en cinco rosas de sangre.

Noche eterna de luceros
en las guardias celestiales.

¡ Noche eterna
sobre luces imperiales !

Cinco heridas...

Cinco rosas
ardorosas

Para tí.

*Cinco heridas
encendidas
como el fuego de no verte.*

*En la muerte,
al recordarte,
cinco rosas quiero darte*

*Para ti.
Y no llores
¡ Cinco flores,
como las que tú bordaste para mí !*

Canto a la Guerra

Dos clarines de pálida silueta,
anuncian la derrota de la luna.
Ya ni lirios, ni nieves, ni violetas.
Ya ni nardos, ni lágrimas, ni bruma.

Todo se ha muerto para los poetas.
Sólo quedan rastros, agua fresca,
ciego sol, campo duro... ¡ quedan flechas !
queda afán de luchar. ¡ Queda la guerra !

¡Venturosa preñez de nuestras musas,
con los senos abiertos como hogueras,
quemando el viento con la llama ardiente
que ha de prender la nueva sementera !

¡ Clarines... !

¡ Iluminad los campos de mi patria,
llevándonos a todos a la guerra !

*¡ A la guerra,
hay que vencer al potro
de la tierra extranjera.
Hay que poner sobre la España vieja
las piedras de la nueva !*

*¡ Iluminad los campos !
¡ A la guerra !*

*Las mesnadas del Cid nos esperan
con sus yelmos, con su ciega furia,
y los tercios de España imperial,
nos saludan con sus viejas plumas
y nos siguen con paso marcial.*

*Los recios soldados
de la España vieja.
Los nobles guerreros
de la ancha Castilla...*

*¡ Todos a la guerra !
¡ Todos a luchar !
¡ Por Nuestra Señora la Patria inmortal !*

MANUEL IRIBARREN

*La novia nira, asomada
al balcón de su dolor.
¡Ay, madre, que do regresa!
¡Ay, madre, que se muere!
Pelo negro y alma blanca.
Pechos lindos, en flor.
Un borbollón de casaca.
Y una esperanza de amor.
¡Ay, madre, se fué a la guerra,
y el enemigo es traidor!*

MANUEL IRIBARREN

Hay que vencer al paje
de la tierra extranjera.
Hay que poner sobre la España vieja
las piedras de la nueva.

¡Iluminad los campos!

¡A la guerra!

Las muchachas del Cid nos esperan
con sus yelmos, con su chaga furia,
y los tercios de España imperial,
nos saludan con sus virjas plumas
y nos siguen con paso marcial.

Los reyes asfados
de la España vieja
Los nobles guerreros
de la ancha Castilla.

¡Todos a la guerra!

¡Todos a luchar!

¡Por Nuestra Señora la Virgen imperial!

Romance de la Enamorada

La novia mira, asomada
al balcón de su dolor.

¡ Ay, madre, que no regresa !

¡ Ay, madre, que se murió !

Pelo negro y alma blanca.

Pechos lozanos, en flor.

Un horizonte de ensueño.

Y una esperanza de amor.

¡ Ay, madre, se fué a la guerra,

y el enemigo es traidor !

*Se fué—fusil y canciones—
por los caminos del sol,
siguiendo el clamor de España,
eco del clamor de Dios.*

—¡ No me desampares, hijo !

—¡ No te desamparo, no !

¡ Ay, madre, que le mataron !

¡ Ay, madre, que me olvidó !

Tenía claro el reir.

Firme tenía la voz.

Noble y valerosa el ansia.

Y tenía... corazón.

En una casa de adobes

—palacio para los dos—

hubiesen sido felices

como complace al Señor.

Pero... el pero se hizo sangre.

Mares de lodo y horror.

Se mata la flor de España

por tierras de maldición.

¡ Ay, madre, mi amor es muerto !

¡ Muera de tristeza yo !

*La novia mira, asomada
al balcón de su dolor.
Tristes mensajes le llegan
en alas de una canción.*

*«Cayó tu novio en combate.
Yo le ví cuando cayó,
que sobran balas infames
y falta honrado valor.
Una escopeta emboscada
le reventó el corazón».*

*—¡ Ay, madre, si tienes alma
cómprame un rápido avión !*

*«Murió defendiendo a España,
abrazado a su pendón,
con la oración en los labios
y en el pecho un arrebol».*

*¡ Ay, madre, murió contento
porque a mí me defendió !
Pero murió mi esperanza
y con él murió mi amor.*

La novia mira al novio
al salir de su habitación
Triste mirando de lejos
en alas de una fantasía
— ¡No me desampares, hijo! —
— ¡Cayó en la red del amor! —
Yo le vi cuando cayó
¡Ay, madre! ¡Ay, madre!
Y saltó de la cama
una escopeta embocada
Le reventó el corazón
Firme leu la voz
¡Ay, madre! ¡Ay, madre!
Y tendido en la cama
En una casa de adobe
— ¡Murió de amor! —
Abrazado a la escopeta
con la oreja en la escopeta
y en la escopeta
Murió de amor y dolor
¡Ay, madre! ¡Ay, madre!
porque a la escopeta
Pero murió en esperanza
¡Ay, madre! ¡Ay, madre!
¡Ay, madre! ¡Ay, madre!

TEXTOS

En la primera parte de este libro se trata de la doctrina de los Santos Angeles en su estado de gloria y de su ministerio en la tierra. En la segunda parte se trata de la doctrina de los Santos en su estado de gloria y de su ministerio en la tierra. En la tercera parte se trata de la doctrina de los Santos en su estado de gloria y de su ministerio en la tierra. En la cuarta parte se trata de la doctrina de los Santos en su estado de gloria y de su ministerio en la tierra. En la quinta parte se trata de la doctrina de los Santos en su estado de gloria y de su ministerio en la tierra. En la sexta parte se trata de la doctrina de los Santos en su estado de gloria y de su ministerio en la tierra. En la séptima parte se trata de la doctrina de los Santos en su estado de gloria y de su ministerio en la tierra. En la octava parte se trata de la doctrina de los Santos en su estado de gloria y de su ministerio en la tierra. En la novena parte se trata de la doctrina de los Santos en su estado de gloria y de su ministerio en la tierra. En la décima parte se trata de la doctrina de los Santos en su estado de gloria y de su ministerio en la tierra.

PROFECIA DE EUGENIO D'ORS

En la Falange todo es inseparable y unánime, la inteligencia y la artesanía, la milicia y la pasión mediatubunda. Por eso tiene que reconocer en Eugenio d'Ors uno de sus precursores porque él fué primero en unir todas estas cosas desatadas. Desde el primer Glosario hace treinta años hasta la nueva doctrina de los Santos Angeles un sistema lógico va creciendo sin turbación y sin detención. A lo sumo hay esas brevísimas ondulaciones que no se notan en el largo profesar del filósofo. El Imperio, las Humanidades, la exaltación de la Artesanía y del Juego, de la Lógica sobre la Biología, y del Gusto sobre el Genio, el aprendizaje y heroísmo, la necesidad del diálogo, el aborrecimiento de lo típico, el Decálogo de la Sencillez, la Santa Continuidad, vencer a la nación con la Ciudad de Dios y hacer que la vida sea un teorema en lugar de ser poema como lo querría el tiempo romántico. Teorema y constante esfuerzo. No descansar nunca sino ordenar, descubrir, estudiar, sin énfasis y sin desmayo, sin detención y sin tristeza, sin aventura y sin mala fé. Treinta años del Filósofo y al cabo la

Falange, cuando los Santos Angeles han traído violentamente a la realidad lo que era todavía teoría y meditación de una breve tropa.

Hemos traído ocho de las Glosas primeras de Eugenio d'Ors. Son de esa época en que el estudiante deja paso insensiblemente a una fina madurez. En ellas está ya la serenidad, que es a un tiempo guerra y carácter de toda su obra, y el prejuicio de la iniciación. *Apóyate en tus prejuicios*, ha dicho Joubert. Se refieren a temas dispersos en el propósito y en la fecha pero unidos por la finalidad y la profecía. Tengan en cuenta quienes hallaren en su lectura alguna vacilación, el tiempo en que fueron escritas. El descubridor no tiene la lucidez tan próxima como el cartógrafo, pero es él quien une al esfuerzo el mérito y la gloria. Si hay alguna referencia anecdótica es porque lo pedía la necesidad cotidiana de la batalla contra todo aquel capítulo triste de *Amiel en Vich*. Entonces fué árbol plantado y ahora cosecha de frutos.

OCHO GLOSAS

EL CHISPERO.—Sí, España es un perpetuo motín de Squilache. El chispero clásico contra el ministro europeizante.

El chispero se agarra a lo pintoresco. Trata el ministro de instaurar urbanidad, policía. La cuestión de las capas y los sombreros: simple episodio.

¡Pero la rebelión viene de más lejos! Y ya está dicho: toda la historia de España...

Un día el chispero es un héroe. Se llama Viriato, pastor lusitano. Roma, el Imperio, la civilización, avanza por los senderos ibéricos. Levántase Viriato del fondo de los pantanos salvajes. Y la pelliza derrota más de una vez a la toga.

Otro día el chispero es un rey. Se llama en la Historia Sancho IV, *el Bravo*. Alfonso X era el Imperio, la cultura, la tolerancia, la intervención en los negocios europeos, la policía contra nobles, contra caciques, contra fueros, el Derecho romano. Todo se levanta contra él, y a la cabeza, su propio hijo, bravo de oficio, malhablado de lenguaje, *que no conoce ya el latín*, que restaura tradiciones y fueros y que reduce al Emperador—¡a *nuestro* Emperador, patrón de los inadaptados!—a poeta elegíaco...—Nunca lo olvidaré. En el manualillo de Historia de mis años de colegio aparecía representado, en una estampa, Alfonso X, con

toga y una corona imperial y un libro. Sancho IV con un casco cubierto de pieles. De pieles de la pelliza de Viriato.

Y así, siempre.—¡Oh, aquel mañana de Villalar, en que el chispero era un monstruo de tres cabezas y cada cabeza tenía una frente noble, que, trágica, sostenida por la garra del verdugo, roció de sangre a la multitud!

¡Y aquel admirable y suicida resistir, más tarde, a la obra napoleónica! Seguramente (quiero un día hablar de esto) la obra napoleónica hubiera podido ser aprovechada en Cataluña respecto de España, como lo fué por Prusia respecto de la gran Alemania que se había de construir.—Pero aquí se interpuso, héroe una vez más, el *chispero*.

Horas épicas, horas cómicas (que mucho lo fueran sin el recuerdo de las otras), motín de Squilache perpetuo...—Hora más bien cómica, hoy. Tentativas, más bien superficiales, más bien mediocres, de urbanización. Rebeliones casi limitadas a la pequeña literatura.

Como los tiempos son otros, el tipo y atuendo del rebelde han cambiado. No es pastor, ni rey bárbaro: es diputado, periodista, ateneísta. Lleva pechera almidonada, cuello, corbata, sombrero de copa. Lleva *ideas modernas*. (¡Es tan fácil llevar *ideas modernas*! ¡Casi tanto como difícil tener espíritu moderno!) Lleva, tal vez, monóculo.

Pero la moña del chispero va oculta en el *ochoreflejos* civil; y debajo del plastrón—dentro—, más adentro—muy adentro—, saltan, dando picor romántico al cuerpo y al alma del hombre ibérico, las pulgas de la pelliza de Viriato.

ELLEN KEY.—Antes de morir, el Romanticismo lanza agudísimos clamores en nuestro mundo contemporáneo. Uno de estos clamores llámase Maragall, y dice: *La poesía ha comenzado solamente*.—Otro clamor se llama Strauss, y grita: *La Voluntad escapa desordenadamente a la Representación*.—Otro clamor se llama William James, y dice: *Debemos repudiar la manera de pensar que nos enseñaron los griegos*.—Otro clamor se llama Henri Bergson, y proclama: *Lo intelectual no es adecuado a la vida*.—Otro clamor, en fin, se llama Ellen Key, y nos habla así: *Puesto que lo vital es superior a lo intelectual, la mujer debe obtener primacía sobre el hombre*.

Para caracterizar a Ellen Key se le ha denominado feminista. Decir esto de Ellen Key es no decir nada. No aspira ella a la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer. Lo que Ellen Key quiere, puesto que la mujer es instinto, es que ésta tenga más derechos que el hombre, *por razón de que éste tiene más razón*. Lógicas son todas esas conclusiones del Romanticismo. Aquí fatalmente debía parar el camino que se comenzara en Juan Jacobo...—Pero ya se comprende que con esos últimos románticos se ha llegado a tan elevada región en la que el aire, por lo enrarecido, no se puede respirar. Y nosotros queremos respirar, queremos vivir. Estamos obligados a defender *nuestra vida* contra aquellos mismos que exaltaron la Vida. Por eso nos hemos aplicado a contradecir eso... Nos purgamos del Romanticismo. Y con más fuerza que nunca nos asimos a la tradición griega.—Creemos que en la poesía clásica hay arquetipos inmortales.—Rehabilitamos la Ciencia.—Mostramos la

misión que lo intelectual tiene en lo vital, inscribiendo lo lógico dentro de los límites de lo biológico.—Amamos la vieja música en la que la voluntad está ordenada por la representación. Y contra los ataques ultrafeministas, defenderemos el ideal *viril* de la Humanidad.

Y así nuestra acción, en lo definitorio, se dirige globalmente y a un mismo tiempo contra Maragall, contra Strauss, contra William James, contra Henri Bergson y contra Ellen Key.

DOS DEDOS LIBRES LEVANTADOS.—Al contemplar la beata imagen de Juan de Mena que nosotros llamamos Nuestra Señora de la Amistad, ¿os fijásteis bien, estimado amigo, en la posición que tiene la mano derecha? La mano derecha es la que tira de los pañales que han de mudarse. Y esto lo hace con sólo tres dedos, dejando libres y levantados los otros dos, en un pequeño gesto de suprema distinción.

Dos dedos libres y en el aire... Tal es, también, la disposición de la mano derecha en las elegancias que retrata el famoso Boldini, el tziganesco, acaramelado y mundano pintor de París...

—Sí; pero las elegancias que retrata Boldini no mudan ni sabrían mudar pañal alguno.

Levantar dos dedos no tiene gracia alguna, si al mismo tiempo no se mudan pañales.

Tampoco hay gracia en el hecho de mudar pañales, si no se tienen dos dedos libres, levantados.

La gracia está en reunir las dos cosas: el pañal que se muda y

la libertad de los dedos. La gracia consiste en unir en cada gesto, por pequeño que sea—sentido práctico e idealidad pura—, utilidad y elegancia—trabajo y juego.

EL PENSIEROSO, LE PENSEUR Y EL PREOCUPADO.—

Esculpió en mármol Miguel Angel, para el pudridero de los Médicis, la noble y melancólica imagen de *Il Pensieroso*. Augusto Rodin enfrió la fervor del bronce en una forma tensa y eficaz, la de aquel desnudo *Penseur* que luego llevara la ciudad de París a los propíleos de su panteón. Penagos, para el cartel del nuevo periódico *España*, ha dibujado una nueva figuración ilustre, destinada, me parece, a quedar en la iconografía de la Inteligencia bajo el mote de *El Preocupado*.

El Preocupado representa la Inteligencia paciente, a dos dedos quizás de la desesperación. *Le Penseur*, la Inteligencia militante, a punto de parto y de victoria. *Il Pensieroso*, la Inteligencia triunfante, que al día siguiente del triunfo de la Inteligencia se llama ya Melancolía.

Grande esperanza española, después de todo, este Preocupado. Grande esperanza, porque significa que la verdadera vida aquí no ha comenzado aún, y que en verdad la pupila cansada no se da a contemplación de una decadencia; pero, al revés, el tenazmente ahincado entrecejo dice las luchas de una adolescencia tímida y tormentosa, excesivamente prolongada sin duda.

¡Ah, con qué ardor aspiras a las noblezas del pensamiento y de la melancolía, Preocupado! ¡Cómo levantas los ojos al cielo!

¡Cómo vuelves la espalda a la amarilla pequeña ciudad barrocal —Pero el cielo está vacío, mi Preocupado; blanco y vacío, y no te dará una respuesta. Y la ciudad pequeña y amarilla está en ti mismo; quieras que no quieras, está en ti. Está en la tu capa pomposa y en el sombrero de copa desmesurado, y en la romántica perilla, y en estos abiertos ojazos sombríos, que dan un poco de miedo y un poco a la risa, y también inspiran una manera de vaga compasión.

Pero yo voy a contestarte en vez del cielo. Del cielo al que llamaste y que no te oyó, como no oye nunca a los hidalgos de entrecejo fruncido. Voy a decirte la palabra del oráculo del mar, que éste sí contesta y dialoga.

La palabra es ésta: Preocupado: lo primero, vuelve a tu ciudad. Nada de esos paseos por las afueras, por el margen de la vida ciudadana. Hay que decidirse: o afuera o adentro. O toma el tren o vuelve a la ciudad. ¡Vuelve a la ciudad! Adéntrate en ella, sitúate en ella. O en una capilla cerrada, como *Il Pensieroso* florentino, o en unos republicanos abiertos propíleos, como *Le Penseur* parisién. Lo mismo da. Pero dentro de la ciudad siempre. Vuelve a la ciudad, vuelve a la ciudad—te repetiré con una insistencia hamletiana.

Luego, siéntate. Para trabajar, y aun para ensoñar más noblemente, hay que estar sentado. Mira: el parisién, el florentino, lo están. ¡Mala peste a las adivinaciones de Nietzsche contra la prosa de Flaubert! Siéntate, por fin, Preocupado mío, y tranquila, largamente, en lugar de preocuparte más, piensa, trabaja. Yo tengo otro amigo lleno de saberes, lleno de gracias y aun

de eficacias, pero que, por no conocer la ciencia de estar sentado con algún aquietamiento y reposo, se apartó de ocupar el trono que su ciudad le hubiera ofrecido, y hoy se encuentra en el Canadá.

Otra cosa, Preocupado: aféitate. Toma nuevamente ejemplo del de Florencia y del de París... ¡Eh, camarada!, ¿adónde va su merced con esa desañada perilla? ¿No conoce su merced las ventajas y goces suaves del labio raso o bigote corto? Entre otras cosas, podría su merced beber, lo que se llama beber, y no sólo sorber líquidos como ahora. Y cuando, con el buen trabajar se gane su merced sus buenas fatigas, sabrá si es bueno o no es bueno este buen beber.

Lejos sean arrojadas también capa y eminente chistera. Que la ciudad y su vieja virtud se estén en el alma, no el atuendo. Cualquier casticismo en lo exterior, en lo vestido y pintoresco, marchita y agosta la verdadera interior fuerza de estirpe. Para llegar a un nacionalismo fuerte hay que dar la vuelta por el universalismo. Desnudo nos aparece el hombre de Rodin; cubierto de una armadura clásica, el Médicis del Buonarroti... Señor Preocupado, el enemigo de tu raza no se llama Squilache, ministro, sino Ignacio Zuloaga, pintor.

Finalmente, amigo, hay que aspirar a ganar en profundidad y mejorar en materia. Tres dimensiones te convienen, cuatro si pudieras, no ya dos tan sólo. Tórnate, pues, de diseño en cartel, en estatua, profunda estatua encima de pedestal o en cuenco de hornacina. Y sé de bronce. O sé de mármol. Sé de material noble, duro y eterno. Esta es la última vez—Enero de 1915—,

esta es la última vez, Preocupado nuestro, que te consentimos ser de papel.

EL HOMBRE QUE BOSTEZA Y QUE FUMA.—Hablábase un día ante Octavio de Romeu de cuál podía ser el tipo humano opuesto a aquel otro lleno de sentido y de moralidad superior que nosotros conocemos con el simbólico nombre de *El hombre que trabaja y que juega...*

—El hombre que no trabaja ni juega...—dijo uno de los presentes.

—Perdón—interrumpió el ingeniero singular—. Otra personificación existe que, a mi modo de ver, puede oponerse con tal simetría, que hasta llega a la imitación fónica, como un juego de palabras, a nuestro *Home que trevalla i que juga*. Lo contrario del *Home que trevalla i que juga* es el *Home que badalla i que fuma*.

Dijo él. Y nos reímos. Pero entre su decir y nuestra risa hubo tiempo para que pasara por nuestra mente una profusión de imágenes que nos mostraba hasta qué punto la sutil palabra del maestro encierra profunda verdad. Rincones de oficinas, celdas profanas en la venerable Orden de la Holgazanería... Patios de Universidad, donde la tristísima juventud burguesa se adiestra en el aburrimiento... Aulas de Universidad, donde, si el cigarrillo se disimula bajo el banco, el bostezo no se recata... Escuelas y dispensarios, juzgados de primera instancia y juzgados municipales... Tertulias al sol y tertulias a la sombra... Pórticos de iglesia, foscas trastiendas, polvorientas librerías... Peñas de

Casino y peñas de Ateneo... Mesas de café, mesas de cervecería, mesas de tabernas, total: tabernas... Incalculables esperas, citas no cumplidas, el señor que no viene, el señor a quien no se halla en su puesto, mil y un aspectos del Proteo devorador que es el tiempo perdido... El *Hombre que bosteza y que fuma*.

¡La mitad, por lo menos, de la vida española!

LECCIONES.—La gran lección luliana fué la que en el *Glosari* se ha indicado en guarismos: la superación del dualismo entre la tendencia particularista y el interés universal.

La gran lección platónica había sido, también, la superación del dualismo entre la unidad y la multiplicidad.

La gran lección de hoy—que es, en el fondo, una gran lección cristiana—está en la superación del dualismo entre lo eterno y lo histórico, o, en otros términos, entre el dinamismo y la racionalidad.

Hemos aprendido a ver un Dios en un hombre que nace y muere: esto nos lo enseñaba el Evangelio.

Hemos aprendido a ver en la conquista de la simplicidad la más activa forma del refinamiento: esto nos lo enseña el Novecentismo.

Hemos aprendido a ver la Idea en el aspecto de un adolescente bello y virtuoso: y en esto los *Diálogos* son maestros.

Hemos aprendido a hallar la Humanidad por el camino de la Patria: y en esto será nuestro maestro quien, de entre nosotros, tenga bastante genio para concebir, antes que nadie, una *Babel* sin desorden y una *Civitas Dei* con cien dialectos oficiales.

UNIDAD.—*Unidad, imperio, Estado, metrópoli*, eran ayer palabras aborrecidas, siempre y donde se reunían nuestros compatriotas. Hoy son palabras ensalzadas, invocadas con todas las músicas del fervor. ¿Contradicción, cambio? No; progreso de unas mismas ideas y dialéctica madurez. Trátase siempre de idéntico amor, de idéntica idealidad, de realidad idéntica. Solamente que ayer mirábamos con preferencia la individualización y la caracterización. Hoy miramos la potencia y la grandeza. Pues hoy sabemos que se es tanto mejor individuo cuanto se es más grande y generoso; y que se tiene tanto carácter—en el más noble sentido de la palabra—como poder.

La nueva tabla de valores—el *Glosari* la predicó desde el primer día—fué recibida al principio con cierta aversión por parte de nuestro pueblo. Pero la resistencia era exclusivamente circunstancial.—Peor para quienes—servidores demasiado fieles del instinto—pronunciaban condena.—Pues no tuvieron suficiente ironía, lo que quiere decir que no tuvieron suficiente ciencia, para dejar un margen a las adquisiciones del mañana.

CRÓNICA DE LA CIUDAD DE DIOS.—Esta es la Crónica de la Ciudad de Dios, en que a ninguna Mente derecha es negada ciudadanía. Alzáronse las ciudades de los hombres, y levantaban una contra otra grande y turbio rumor. A la Ciudad de Dios llegan ciertamente las palabras que se dicen en la lucha, pero no llega el vocerío.

A puertas de la Ciudad de Dios encontraréis, en guisa de patro-

nal figuración, una estatua. ¡Honor a Arquímedes que, absorto en sus geometrías, dejó que le atravesase la espada de un soldado de Roma! No fué Arquímedes mal patriota, y de él se dijo que proporcionó, con la invención de los espejos ustorios, medio de quemar las galeras enemigas. Pero, en verdad, lo que supremamente interesaba a Arquímedes en aquellos espejos era su calidad de maravillosos, y no sus servicios como siracusanos.

Combustibles, tristes combustibles son galeras y casas; perecederos, imperios y repúblicas. Pasan y se olvidan guerras y paces. Amistad, flor de un día; odio, fuego de virutas. Sólo es grande la Inteligencia.

Como de la Iglesia se afirma, también hay, para la Inteligencia, tres estados. Hay la Inteligencia militante, la Inteligencia paciente, la Inteligencia triunfante. Vivimos hoy momentos abominables de Inteligencia paciente. Jamás en la historia de la cultura europea ha padecido como ahora, si no es en las cercanías del Año mil.

Mayor deber, por tanto, de fidelidad y de heroísmo en sus servidores. De heroísmo, sí. Que no es únicamente heroico el soldado que da su sangre en la trinchera. Sino aquel otro que sabe afirmar imperturbablemente su confianza en las luces, cabe una lámpara que la carestía dejó en claridad fementida y vacilante, y mantener el calor de un corazón universalmente generoso, al lado de una chimenea, que bosteza su álgida orfandad de carbón.

NOTAS

nal figuración, una batalla. Hay Arquimedes que, absorto en sus geometrías, dejó que le atravesase la espada de un soldado de Roma. No fue Arquimedes el padre, y de él se dijo que proporcionala con la invención de las espigas asturianas, medio de quemar las galeras cartaginesas. Pero, en verdad, lo que supremamente interesaba a Arquimedes en aquellos caprichos era su calidad de maravillosos, y no sus servicios como disarctomón.

Combustibles, tristes combustibles son galeras y castos precedentes, imperios y repúblicas. Pazos y se olvidan guerras y paces. Amistad, flor de mi día; odio, luego desvirtuta. Solo es grande la inteligencia.

Como de la Iglezia se afirma, también hay, para la inteligencia, tres estados. Hay la inteligencia virilante; la inteligencia pacífica, la inteligencia triunfante. Vivimos hoy momentos abominables de inteligencia pacífica. Juntos en la historia de la cultura europea ha padecido como ghera, si no es en las ceramias del Año mil.

Mayor deber, por tanto, de fidelidad y de heroísmo en los servidores. De heroísmo, sí. Que no es únicamente heroísmo el soldado que da su sangre en la trinchera. Sino aquel otro que sabe afirmar ante turbulencias en combates en las laceras, sabe una lámpara que la caracota dejó en claridad tempestiva y vacilante, y mantener el calor de su creación universalmente generosa, ni leda de una chimenea, que habita en algún oratorio de carlos.

Coloquio

por

Teófilo Ortega

Reflexionad, cuantos vestís camisa azul. No es un detalle cualquiera del vestido. La camisa azul es una como bandera del espíritu español, que flamea por ondas de carne. Piel tostada y recia en los hombres; rosada y fina, en las mujeres; clara y temprana, en los flechas.

Esa bandera, esa camisa azul, es también advertencia, guía y vigilante. Obrad como si el azul os dirigiera penetrantes miradas. Es azul, porque el azul es color fuerte y es grito entre los colores. Recordad un instante a lo que os obliga la camisa azul.

Principalmente y ante todo, la camisa azul es un imperativo ineludible de disciplina. Quien la viste ha de reconocer que ha concluido de obrar por cuenta propia; es ya miembro de un cuerpo poderoso, la Falange, y no ha de moverse sino en virtud de la orden que reciba. No admita duda ni titubee entre la orden que se le dá y su parecer. Su opinión no importa. Mejor aún será que no se tome la molestia de andar indagando por cuenta propia. A la orden del jefe, precede un estudio, una competencia, una mayor autoridad. Nuestro Reglamento lo dice; lo aconseja; lo manda: *El militante nunca deberá actuar por iniciativa propia; las órdenes emanadas de los Jefes llegados al mando por méritos contrastados son siempre buenas; y, desde luego, mejor que las ocurrencias personales.*

Quien viste la camisa azul debe producirse en las conversaciones con corrección, sin groserías. El azul es valor, pero es también elegancia. La plebeyez debe considerarse abolida, con la caída del rojo. En un camisa

azul el vocablo soez, la blasfemia, el escándalo en fin de palabra, es mancha que le ensucia.

No se rodee de espectacular importancia el vestir camisa azul. Los actos meritorios tendrán más relieve y honrarán más a Falange, si se realizan de una manera natural, como diciendo: Todo esto en Falange no es un hacer extraordinario.

Esto manda Falange:

El valor es una cualidad tan imprescindible y propia de todo Militante, como la honradez y la lealtad. Sólo alardean de valientes aquellos que no lo son. Ningún militante, por lo tanto, exhibirá extemporáneas muestras de valor.

La camisa azul no poblará el burdel ni pisará la taberna. A cuantos sufran tentación viciosa, sírvales el azul de impedimento. La camisa azul no debe ser nunca testigo de sus caídas. Está callada, pero habla y avergüenza a la carne, con el grito fuerte de su azul.

Procure vencerse; insista en el propósito de no rebajarla; intente de nuevo hacerse digno de ella. Pero si no vences la tentación, camarada, abandónala al menos, y entra en el burdel o pisa la taberna con camisa blanca o de otro color, sin yugo ni flechas. Esta es una de las más rigurosas exigencias de Falange. No lo pide sólo nuestro Reglamento; lo imponen, desde la celeste guardia, nuestros camaradas muertos. El color de la camisa que ellos llevaban al morir es igual, azul.

Solamente debes vestir esta camisa, azul, cuando te eleves. Si no puedes evitar la caída, despójate al menos de ella, elévala más alta de la cabeza, para que no la salpique el fango.

Fortaleza y alegría: esto predica el azul, ceñido al pecho. Nuestro Reglamento lo define así:

Se abstendrá de toda conversación que demuestre tibieza o desagrado en el servicio, duda de los Jefes o sentimiento de la fatiga que exige lo que voluntariamente aceptó.

Entenderá que rodea la camisa azul su pecho, para pública y probada promesa y deber de ofrecerse a España, sin reservas, condiciones ni ambición. En ningún instante la utilizará como medio para satisfacer sus

deseos. Al vestirla, si algo deja de existir es él; si algo cobra mayor vida, España.

Recordarlo siempre, puesto que decidisteis vestirla: la camisa azul os vigila. No es testigo mudo: os reprochará vuestras caídas con el pregón de su azul magnífico. Sois con ella el blanco de todas las miradas. Una camisa azul no pasa nunca desapercibida. Por exigírsela todo, no se perdona nada a un camisa azul.

Cuando desfallezca vuestro valor, antes que profanarla, despojaos de ella. Solamente la debéis vestir valientes, rectos y justos. En instantes de desfallecimiento, de sinuosidades, de sinrazón, haceos hombres cualquiera. Pero cuando la vistáis no olvidéis—Por Falange, por Dios, por la Patria—que formáis entre los elegidos.....

OTOÑO DEL AÑO I DE LA ERA AZUL.

Letras

por

Manuel Iribarren

Bajo mi balcón, un desfile brioso de voluntarios. Uno más. ¡Van tantos desde aquel memorable 19 de Julio! ¿Boinas rojas; camisas azules? ¡Españoles! El amor patrio los une a todos en apretado haz, obedientes al yugo común. Hay quien, ofuscado por nobles competiciones pueriles, no quiere entenderlo así. Pero Dios y España se desposaron en el templo románico de la Unidad Nacional y forman un todo indisoluble.

Duro el perfil, los nuevos cruzados doblan la esquina con paso marcial. A pesar de las potentes máquinas destructoras—factor decisivo en la lucha—ni sus almas ni sus corazones han sido mecanizados. Saben de su destino heroico y cantan a la muerte el reto de sus voluntades, fundidas en la suprema voluntad de la Madre-tierra consciente.

Esto hoy.

Que ayer mismo, precediendo a las legiones de España, los cristales ciegos de mi balcón vieron pasar foscas grupos marxistas, con el puño en alto, traduciendo en ronca amenaza los tristes acordes de la Internacional, preñados de sonoro patetismo.

¿Qué quedará mañana de tan opuestas manifestaciones?

Quedará la calle, parcela minúscula en el amplio solar español. Esta misma calle, originaria del campo triguero y convertida a la urbe naciente por el afán imperialista del hombre nacional. Del hombre joven, sensible al sol de la esperanza.

Centenares de libros me rodean. Todos los tiempos y todas las culturas

están dignamente representados. ¿Será posible—pienso—que tanta obra maestra y tanto cerebro poderoso hayan colaborado en la obtención de este producto espiritual despreciable que se denomina *generaciones modernas*? ¿Qué parte de culpa corresponde a la intelectualidad en esta guerra, sin cuartel, donde España se destroza con brutal inquina? No hay que achacárselo todo a la inquietud escrita. Por el contrario, yo creo que el terrible conflicto desencadenado es sólo un problema de incultura, es decir, de incompreensión. Nadie que haya leído y comprendido (por ejemplo) a D. José Ortega y Gasset, no obstante su heterodoxia con respecto al dogma español, será capaz nunca de quemar un templo, ni de destruir una imagen simbólica, ni mucho menos de asesinar indefensas mujeres... Lo que pasa es que la genuina intelectualidad se vió, desde hace tiempo, adulterada por la intrusión violenta de arrivistas y currinches irresponsables.

A propósito de Ortega y Gasset, para mí sigue siendo nuestro primer escritor actual. Puede acusársele de ignorancia en cuanto a la realidad y posibilidades españolas—ignorancia por exceso de intelectualismo—pero el futuro habrá de considerarle como precursor del movimiento nacionalista. Los más autorizados propugnadores de este movimiento son discípulos suyos, aunque más tarde hayan renegado de su fe germánica en los destinos propios del pueblo. Ahí están, por no citar más, Eugenio Montes con su cristianismo un poco paganizado, y Giménez Caballero, en quien no se han definido bien todavía la Roma ecuménica de Augusto y la otra Roma de los Papas—sede de Jesucristo—a la que sirvió nuestro César Carlos I, Emperador.

Así como no puede anteponerse a la interpretación de los Padres de la Iglesia, el fervoroso entusiasmo de los recién conversos, por inteligentes y sabios que sean (aquí un Huysmans, un Papini, etc.), tampoco debe confiarse la aplicación y glosa del Renacimiento de nuestra patria, dentro de los buenos moldes tradicionales, a los neo-nacionalistas. En esa tarea futura reclama para sí un puesto preeminente aquel apóstol, archivo animado de nuestras glorias, que se llamó D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Ante los horrores de esta guerra llamada civil (Materia contra Espíritu)

sólo comparables a los excesos cometidos en la represión de los albigenes o a las matanzas de Assurbanipal, uno reconoce con pena que Ernesto Renán, el réprobo melancólico, tenía razón cuando aseguraba que *La moral no hace progresos*.

Se habla con insistencia del nuevo estilo. Y se habla en el estilo más viejo e infantil que puede concebirse. Sobran incisos, sobran mayúsculas y sobran imágenes. Hubo una oportunidad comunistoide en que todo, hasta el comienzo de un libro trascendental, se escribía con minúscula. Ahora ocurre lo contrario. Reservemos las mayúsculas para Dios y para la Patria. En cuanto a describir exclusivamente con imágenes, es una forma de expresión propia del niño que no posee idea exacta de las cosas.

Si la España futura ha de implicar justeza, claridad y concisión—cada cosa en su sitio y el técnico en la vanguardia—la prosa que la abone deberá ser clara, concisa y justa. Tiempo es ya de desterrar la manera influyente de Ramón Gómez de la Serna que dotó de alma a los objetos más extravagantes, en detrimento del Alma auténtica, inmortal y cristiana.

Admitido que el porvenir reclama la autoridad indiscutible de los técnicos, asentaremos esta afirmación rotunda: No se puede ser escritor a los veinte años. La petulancia juvenil, aunque ella crea lo contrario, está saturada de reminiscencias. En el orden intelectual, solamente la poesía—que es sentimiento puro—le brinda ocasión. Por fortuna terminó ya la Era de los muchachos (Paidocracia) que ha traído al mundo al retortero. Juventud, sí, pero juventud madura, es decir, consciente.

Una cita socialista, aunque no por socialista menos cierta. Particularmente en España. Dice Bernard Shaw: *El que puede, hace; el que no puede... enseña.*

Madrid, estúpidamente inculto en materia nacional y religiosa, dió hasta ayer la tónica de las ideas. Madrid, aherrojando a las provincias que es tanto como decir el campo. Madrid, disfrazándose unas veces de absolutista, otras de liberal, otras de republicano, otras de sovieta... en flagrante traición siempre con la reciedumbre y pureza que nos han caracterizado y acreditado como país.

Estamos asistiendo a la trágica agonía del liberalismo. Y asistimos con un mohín de nostalgia, difícil de disimular. Pero uno puede privarse, gustoso, de muchas satisfacciones a cambio de que no vuelva a salir a la luz pública un Heraldo de Madrid, pongo por caso.

El obrero en la fábrica; el abogado en el bufete; el fraile en su celda o en el púlpito; el labrador en la tierra; el estudiante en la Facultad; el técnico en el Estado; el militar, perenne vigilante sobre las armas, en las fronteras materiales y espirituales de la Nación; el político... en el olvido. He aquí un encasillado casi perfecto de la España futura.

Todo en el arte es propaganda, no desprovista incluso de sentido comercial. Recordemos la literatura alemana, propagandista de la Reforma. Recordemos a Víctor Hugo, embajador rimado de los principios deslumbrantes de la Revolución Francesa. Recordemos a los escritores de la Rusia actual...

Se impone una revisión escrupulosa de todos los valores. ¡Cuántos genios circunstanciales habrán de caer descabezados! ¡Ah! y se impone también una reparación nacional al enorme Lope de Vega, primer valedor de la Monarquía y del que apenas si conocemos más obras que Fuenteovejuna, una comedia mixtificada en fin de cuentas.

El porvenir seguirá mimando a la prensa y a la revista, desde ahora nacionales. Prensa veraz y honrada; revista jerárquica para TODOS, indispensable en los rangos del espíritu. Dediquemos un cariñoso recuerdo a La Esfera. Y dediquemos también un recuerdo desdeñoso a Estampa, Crónica, etc.... por cuyas páginas han desfilado todos los tiñosos y todos los cretinos de la España de Gautier, especificando la envergadura mental de la República.

En España y para España el teatro constituye nuestra arma intelectual más poderosa. Pérez Galdós, cuya obra imaginativa pudo reducirse a la décima parte, sin merma de su eficacia, influyó enormemente en la formación anticlerical de la sociedad madrileña. Pero, no obstante algunos ensayos superrealistas, Benavente encarna el mojón-enlace de dos épocas. Benavente, liberal y excesivamente ecléctico, encendiendo una vela a Dios

y otra al Diablo, con riesgo de sumir en la inacción a todos sus numerosos espectadores.

Teatro de masas nacionales y teatro de minorías selectas, dentro del pensamiento universal, para bien de España que formará parte del bien del mundo. ¡Magnífico porvenir en el que sentiría no cupiese la musa privilegiada de Alejandro Casona, que yo quisiera ver convertido por íntima convicción a la Buena Nueva!

Resurgirá la novela. Y resurgirá porque la acción ha de presidir la vida futura, engendrando protagonistas. Baroja—le duele a mi amistad decirlo—con su fuerza indiscutible y su individualismo hurra por salvaje, ha sido un valor deletéreo. ¿Conforme D. Pío?

Quizá sea en el campo de la poesía donde habrá que señalar nuevos rumbos. Los poetas ultramodernos han trastrocado todos los valores morales. García Lorca—un poeta menor después de todo—detentaba el título de Pontífice, llevando su andalucismo de ballet bajo los cielos grises del norte, como un profesional de la españolada. No olvidemos que en esta guerra de Reconquista, salvo aislados episodios, en lo doctrinal, es el Norte el que redime al Sur.

Campo

por

Francisco Uranga

En este resurgir de la nueva España, en el que tratamos de sentar los fundamentos del Imperio, el agro ocupa el primer lugar en la atención vigilante de la Falange, que sabe muy bien, por el estudio de la historia, que para que un imperio alcance la plenitud de su fuerza y se halle dotado del dinamismo arrollador que le coloque en el primer lugar del universo, tiene que estar cimentado sobre un pueblo austero de soldados-labriegos.

Por esto JERARQVIA dedica desde este su primer número una sección al campo en la que va a ir abordando los diversos problemas que con el mismo se relacionan, tratando de fijar normas estructurales que permitan dar una organización al agro nacional sacándolo del letargo en que lo dejó sumido el esfuerzo gigantesco realizado para crear, sustentar y poblar el enorme imperio de los siglos XVI y XVII, defendiendo al mismo tiempo la unidad espiritual del mundo de las acometidas del oriente y del occidente, disponiéndolo nuevamente a formar en las falanges forjadoras de imperios.

Así, pues, esta sección aun sin abandonar el espíritu idealista que anima a JERARQVIA va a abordar problemas de índole técnico-económica, pues Falange no puede admitir que para fundar imperios sea necesario, como se dice corrientemente, asentarlos sobre poblaciones miserables y hambrientas, aun cuando tampoco está dispuesta a consentir que la prosperidad económica y el bienestar social conseguidos por el esfuerzo de todos sirvan para convertirnos en un pueblo de esclavos sin ideales, sino en un

campamento guiado por el deber y la disciplina y siempre dispuesto a sacrificar los bienes todos y la propia vida por Dios y por el César.

Expuesto este ligero preámbulo, vamos en estas primeras cuartillas a esbozar a grandes rasgos la situación actual del agro, dejando para sucesivos números el ir dando normas concretas para la organización de la población rural y dirección de la producción agrícola.

España es un país que ha adquirido su unidad y grandeza apoyándose en una economía esencialmente ganadera e industrial, al que una política mal orientada e influenciada por el ejemplo de los países centro europeos, a los que el nunca suficientemente execrado siglo de las luces tomó como modelos, forzó a cambiar esta economía secular desplazando los centros industriales del interior a la periferia, ilusionados con dar a nuestra industria las apariencias de grandes empresas capitalistas, arruinando a los pequeños industriales del centro; al mismo tiempo actuó sobre la economía agraria destruyendo la formidable organización ganadera que bajo la dirección del Honrado Concejo de la Mesta tanto contribuyó a la unidad, grandeza y prosperidad de la patria, propugnando la roturación y cultivo de todo el suelo nacional.

Como consecuencia de esta desacertada política, desaparecieron los centros industriales del interior, quedando estas poblaciones sin vías de comunicación, pues el esfuerzo nacional se concentró en las regiones industriales de la costa (Cataluña, Vizcaya) dotándolas de todos los medios de comunicación, fué casi destruída la ganadería y se procedió a la roturación y descuaje de casi la totalidad del terreno que los municipios y comunidades religiosas mantenían para la explotación forestal y ganadera, y que las leyes desamortizadoras entregaron al capitalismo explotador, sin tener para nada en cuenta las condiciones agronómicas y climatológicas que exigían dedicarlos a la explotación ganadera y forestal.

Este cambio en la explotación del agro patrio produjo de momento un aumento notable de riqueza en circulación a costa de las reservas acumuladas en el suelo por los siglos, reservas que el empleo de las máquinas modernas y de los abonos minerales pusieron en circulación, aumento que rápidamente se agotó con el cultivo, convirtiendo el suelo patrio en un verdadero desierto, a pesar del esfuerzo del agricultor empeñado en obtener pingües cosechas cereales de un suelo que solo es apto para la explo-

tación ganadera y forestal, que en mala hora fueron destruídas por el espíritu *progresivo* del siglo pasado.

Por estas causas la miseria vino a asentarse en las antes prósperas regiones centrales, con beneficio exclusivo de las zonas industriales de la costa, provocando la despoblación del campo y la depauperación y miseria de los habitantes de las grandes extensiones del interior que imposibilitados por sí para rehacer la economía ganadero-forestal, se han aferrado al terruño en el que se mantienen ilusionados con poder obtener alguna vez una buena cosecha, viviendo miserablemente y agotando cada vez más el suelo que les vió nacer y que antaño bien explotado supo hacer a España una, grande y libre.

Expuesta así a grandes rasgos la situación de gran parte de España, en sucesivos artículos nos iremos ocupando de las medidas necesarias para remediar este estado de cosas, y sentar las normas necesarias para llegar con rapidez al resurgir del agro hispano.

UN LIBRO.

LA MESTA 1273-1836—JULIO KLEIN.—Esta obra, uno de los mejores estudios económico-agrario de España, es el resultado de un pacientísimo estudio en los archivos nacionales y extranjeros, que ha puesto al descubierto las raíces de nuestra grandeza cimentada sobre la unidad religiosa y sobre una poderosa organización ganadera, presidida en sus juntas y asambleas por la Iglesia, organización tan basta que traspasando las fronteras de los reinos hispanos los ligó con un segundo lazo, el económico, preparando la unidad política, dotándola con el instrumento económico más perfecto de su tiempo, con lo que fué posible lanzar a nuestra patria por las rutas del imperio.

En su primera parte, dedicada a la organización se ocupa brevemente de estudiar la ganadería de los países mediterráneos enfocándola sobre la explotación del ganado trashumante. Seguidamente estudia con todo detenimiento la organización de las cabañas, de los mercados de lanas y pieles y de la organización económica de la Mesta con miras a los mercados exteriores, para terminar esta parte exponiendo con todo detalle la organización interna de la Mesta desde sus primeros pasos hasta su desaparición.

ción, estudiando todos sus organismos rectores tanto administrativos como ejecutivos y judiciales.

En la segunda parte estudia especialmente la parte judicial desde los primitivos funcionarios ambulantes de la Europa medioeval hasta los todo poderosos Alcaldes entregadores, siguiéndoles en sus luchas constantes con las ciudades, los nobles y las cortes, en defensa de los pastores y exponiendo con todo detalle las relaciones de la Mesta con la corona a la que todo lo debía, pero a la que en todo momento sirvió con lealtad y sacrificio hasta que abandonada por el absolutismo progresista del siglo XVIII y combatida por la corona, pereció en 1836 con grave quebranto de la economía patria.

En la tercera parte hace un detallado estudio sobre los impuestos que han gravado esta importante rama de la economía, comparándolos con los existentes en las demás regiones mediterráneas. Este estudio abarca los impuestos locales que han gravado la ganadería tanto durante la Edad Media, período de crecimiento de la Mesta, como durante el reinado de los Reyes Católicos y las monarquías de los Hasburgos y Borbones, y los impuestos reales durante los mismos períodos.

La última parte aborda los problemas del pastoreo y los privilegios de la Mesta, dando cuenta de las diversas legislaciones de pastos, tipos de contratos de arrendamiento, etc.

Como final de este interesante estudio transcribe varias ordenanzas de la Mesta, algunos otros interesantísimos documentos, así como una muy completa lista de documentos y obras relacionadas con la materia.

Nacionalsindicalismo

por

Fermín Sanz

Interesa grandemente en estos momentos constituyentes de la España que alborea, exponer detalladamente nuestro ideario tanto en el terreno económico, como en el político, y esto, no ya en función de los puros principios, puesto que la tarea en ese aspecto se halla preparada, sino más bien, en el orden de su aplicación a la realidad.

No es dable poner en duda, que España en plazo breve será dirigida de acuerdo con las normas nacionalsindicalistas. Por ello, es preciso extenderlas, de manera, que esas multitudes que hoy con ardor combativo ofrecen generosamente sus vidas jóvenes en holocausto de una Patria mejor, a la sombra de nuestras banderas ya gloriosas en la Batalla, asimilen perfectamente la Doctrina de la Falange, comprendiendo que sus esfuerzos no son estériles, y que todos los dolores y sacrificios presentes, han de obtener espléndido resultado colectivo e individual.

Razonamos esta necesidad, en vista de la desorientación que se aprecia en torno a toda concepción económico-social, máxime, en las que se refieren a la Organización de la Vida del Trabajo.

Y sucede, que afirmando muchos sus convicciones sindicalistas o comunistas o corporativistas, apenas saben lo que dicen, entre otras causas operantes, porque además de que las teorías que defienden, se hallan en un momento de experimentación y adaptación a la realidad,—puesto que representan un criterio totalmente opuesto al del liberalismo económico reinante en el mundo civilizado, desde hace dos centurias,—además, repe-

timos, los doctrinarios, y lo que es peor, los profesionales de la política, se dedican a esbozar proyectos, a lanzar tópicos y opiniones, que dan como resultado fatal, el confusionismo y la duda.

Por otra parte, los vocablos—designaciones nominales de estas categorías sociales—son ya en sí fuente de error, por su forzada vaguedad.

De ahí, que mientras por un lado se oye, que sistemas económicos más o menos afines con el nuestro, y en el caso nacional, que la Falange Española de las Jons, es el brazo armado del Capitalismo opresor, del campo opuesto — campo de los intereses creados—surgen voces temerosas que nos señalan como *cien veces peores que los comunistas*, o bien como *organizadores de Casas del Pueblo con las cinco flechas yugadas en la Puerta*.

¡Efectos del Odio, de la Inercia o del Miedo!

Ni somos, ni podemos ser el brazo armado del egoismo plutócrata, contra el humilde, ya que el punto fundamental, la clave de nuestro Movimiento, es el enaltecimiento de la suprema realidad de España, a la que habrán de plegarse inexorablemente los intereses de los individuos, de las clases y de los grupos.

Y solemnemente hemos repudiado en la Carta Magna de las 27 Afirmaciones, el sistema capitalista que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes y desesperadas.

Buena prueba de ello, es la ofensiva solapada, que aun no terminada la guerra Santa, nos hacen determinados círculos, sin respeto a la grandeza trágica de la situación, ni a los torrentes de sangre que diariamente derraman nuestros hombres en defensa de una Civilización que periclitaba sin ellos.

Pero tampoco queremos ser retoño de esas casas, a las que la más sangrienta ironía bautizó como del Pueblo, por cuanto solemnemente se declaró también *que nuestro sentido espiritual y nacional, repudia el marxismo, y que orientaremos el ímpetu de las masas laboriosas, hoy descarriadas por él, en el sentido de exigir su participación directa en la gran tarea del Estado Nacional. Así como, que haremos radicalmente imposible la lucha de clases,—fundamento y razón de existir de toda la organización marxista.*

El Estado Nacional Sindicalista, permitirá toda iniciativa privada compatible con el interés colectivo, y aun protegerá y estimulará las beneficiosas. Eso reza el Punto 8.

Y el 13 anuncia, que se reconocerá la propiedad privada, como medio lícito para el cumplimiento de los fines individuales, familiares y sociales.

Claro es, que al enfrentarnos con tal gallardía, frente al materialismo histórico y su concepción mecanicista de la vida, que al apagar los ideales y el espíritu de la clase desposeída, la arroja irremisiblemente al caos, del que la protervia Judía pretende deducir el logro de su aspiración al dominio universal, habíamos de lanzar contra nosotros a todas las Fuerzas Ocultas.

Y estas, que controlan absolutamente una buena parte de las proles ignorantes, ejercen un tan grande poder, sobre los poderosos, manejando los infalibles resortes de la Concupiscencia.

Esto explica los embates a los flancos de nuestra juvenil Nave. Pero ella es ágil y fuerte, y sabrá aprovechar esas fuerzas que con dirección contraria se encaminan a idéntico objeto, para surcar con más vigor el Mar de los destinos humanos, en marcha perpendicular a estas oscuras corrientes y proa hacia Dios.

Hay otro motivo de confusión, ocasionado, según aludimos ya, por la generalidad de los vocablos. Así es creencia generalizada incluso entre afiliados a F. E., que existe en nosotros una tendencia sindical, semejante a la libertaria de la Confederación General del Trabajo de España, y hasta basaban en ella, esa secreta atracción que las masas sindicalistas de tal Agrupación, sentían hacia las Jons., tal vez por intuir que el programa de la Falange, constituye el seguro cobijo de sus muchas veces legítimas aspiraciones.

No hay tal. Los Sindicatos de la C. N. T., como los anarquistas de la F. A. I., son filiales de la Primera Internacional, o sea, seguidores de las doctrinas de Kropotkin y Bakounin, que ven en ellos, el medio de sustituir al Estado opresor y toda traba opuesta al libre desenvolvimiento de los instintos humanos.

Por el contrario, nuestra sindicación, es un elemento constitutivo, tal vez el más poderoso, del Estado Totalitario, puesto al servicio de la integridad Patria.

Ni por su organización, ni por su finalidad, existe la menor afinidad entre unos y otros Sindicatos. Si acaso, podrá observarse en ciertas ocasiones de lucha, determinada inspiración común en la teoría soreliana sobre la violencia, pero en orden tan solo a ciertos aspectos tácticos.

Tanta o más distancia existe, entre nuestros Sindicatos y los Libertarios o Unicos, como entre aquellos y las Federaciones Marxistas. Solamente un observador frívolo o mal intencionado, puede encontrar similitudes entre estos tres géneros distintos de Asociación.

Para el marxista, el Sindicato obrero, es un instrumento de lucha que permite, primero, la destrucción de la sociedad burguesa, y después, la dominación plena de la clase proletaria, hasta que por el total aniquilamiento de las que estima opresoras, pueden desaparecer todos los institutos de dictadura del obrero y llegar al ideal absurdo de una vida sin más frenos que los internos de cada individuo.

El anarquista, más impaciente, cree conseguir con su Sindicato, la inmediata implantación de un régimen de plena y desenfrenada libertad individual.

Por el contrario, nuestra concepción nacional-sindicalista, quiere que el Sindicato sea, en unión con la familia y el Municipio, el vínculo o lazo de unión entre el Estado y todos y cada uno de sus individuos. De tal manera, que el ciudadano, queda articulado y coopera a la prosperidad general, dentro del orden total de la Nación, atendiendo al lugar y familia que le corresponde y al ramo de actividad útil a que se dedica.

Finalmente, en estas agrupaciones se rechaza la intervención de consejos directivos y se obtienen los mandos por determinaciones de arriba abajo, a fin de que el Jefe, con atribuciones parejas a su responsabilidad, de cuenta a quien lo eligió, que a su vez queda adscrito al acierto en su fallo. Estimamos que reúne más probabilidades, el nombramiento hecho por un Superior alejado de intrigas y situado en esfera más amplia, que el procedente de una asamblea posiblemente apasionada por mil prejuicios.

Pero no por eso disminuye la importancia de cada afiliado, ya que en definitiva, su aportación intelectual, moral y material diaria, habrá de constituir los jalones de las decisiones del Mando.

De esta manera ascensional, cada Agrupación, además de resolver con entera capacidad sus propios problemas, ofrece a la Nación un plantel de

hombres destacados por su valer y acostumbrados a manejar los negocios en plan de gran envergadura, sólidamente apoyados en los siguientes grados de la jerarquía, que llenará magníficamente los cuadros de los Organismos Superiores, para la marcha segura de la Patria por la vía de su Grandeza, en misión Imperial y Ecuménica.

Y porque a fuer de civilizados, no admitimos soluciones de continuidad con el pasado, hemos de velar porque el Sindicato Nacionalista, sin regresiones imposibles hacia tipos propios de economías extinguidas, adquiera aquella nobleza de hábitos de nuestros históricos gremios, feliz conjunción del mercantilismo de los Collegium romanos y del sentido benéfico de las Ghildas góticas.

Tendremos nuestras fiestas religiosas en que honraremos a los Patronos Celestiales, y las Civiles para conmemorar fechas jubilosas. Y un estilo militar conforme a las antiguas milicias gremiales.

Mas como por otra parte, el Trabajo es un derecho de todo español, que la colectividad hará efectivo sin excusa, y al mismo tiempo un deber ineludible, puesto que no se hará grata la vida de los eternos convidados en el reparto de la producción, he ahí como, nuestros sindicatos implantados según las diversas actividades, tanto intelectuales, como manuales, habrán de comprender en su seno, a todos los españoles aptos, sin excepción alguna.

Y ellos constituirán la atmósfera, el ambiente propicio, en que se desenvuelva la actividad social, en todo cuanto no concierna a la vida propia de las familias,—que nuestro Estado ampara con cuidadosa solicitud—o a las relaciones de índole local más o menos amplias; constituyendo así, los grandes elementos, que convenientemente ordenados por la Disciplina Política al servicio de los altos intereses nacionales, darán como resultado ese Gigantesco Sindicato, figura y armazón del Estado Totalitario.

¡Qué enorme diferencia entre esta realización exacta de la vida social, basada en la naturaleza del hombre, que tiende a unirse con sus semejantes para conseguir los fines que el Creador le impone, y esas artificiosas cuanto vagas concepciones arbitristas, que con piadosa manera se ocultan tras la acepción indeterminada de régimen corporativo!

Y no es que nosotros seamos opuestos a la constitución de la sociedad civil en armonía de Corporaciones; antes al contrario, corporativamente

hemos de agruparla; pero esto lo realizamos, mediante un conjunto de Sindicatos verticales, es decir, de Asociaciones de todos los productores de una misma índole económica, en el número impuesto por el total ciclo económico, dentro del ámbito de la Nación.

En estos Sindicatos, serán comprendidos, todos los factores de dirección, de iniciativa, de empresa, de técnica y de esfuerzo manual, de tal forma, que supeditándose siempre a los más altos intereses de la Colectividad, todos ellos sean debidamente. Y así terminaremos con este tipo actual de ciudadano omnisciente, que todo lo puede en el rápido momento de emitir un voto las más de las veces impremeditado, del que depende la marcha del mecanismo todo del Estado, para luego quedar abandonado al libre juego de los poderosos, que ya no le necesitan.

En nuestro Estado Nacional-Sindicalista, cada español, aparte esas actividades familiares y locales aludidas, participará intensamente en las responsabilidades de la Patria, pero lo hará precisamente, actuando en lo que entiende y tiene afición y disposición. Y no podrá darse el ridículo espectáculo, del letrado dirigiendo Obras públicas, o el viajante regentando la Armada Española y resolviendo conflictos internacionales, con la competencia que da el figurar en las listas de una camarilla política.

Adoptamos para nuestros organismos sociales, la forma vertical, es decir, que huímos del sistema planificado hasta la fecha imperante, por estimar que reuniendo en cada escalón del conjunto, intereses sin más vínculo que la proximidad del lugar, ni se consigue la capacitación técnica, ni se auna y ordena el desarrollo de la actividad nacional, puesto que no se dominan los problemas desde su iniciación en posiciones de altura, ni se evita la pugna entre unos y otros intereses, con el consiguiente perjudicial dominio, aquí de un Sindicato y acullá del otro, ni es dable conseguir la jerarquización disciplinada, que es la tónica necesaria, para que tan precioso instrumento no se convierta en germen de anarquía.

La Confederación, habrá de realizarse, en el vértice, entre los más preparados e independientes de los roces de intereses secundarios.

Ni nos faltará una Institución semejante a esa poética Décima Corporación del Sistema Italiano, reservada para cuanto significa satisfacción de los más nobles anhelos, de los ensueños nunca totalmente realizados del espíritu, en la que arderá una lámpara votiva en culto a la inmortalidad.

Así daremos a la vida su sentido auténtico de lucha perenne, que la purifica y perfecciona, porque el nacional-sindicalista, y así lo quiere nuestro César, ha de ser mitad monje y mitad soldado, realizando armoniosamente ese prototipo descrito con estas palabras: *Una manu sua faciebat Opus, el altera, tenebat Gladium.*

Jerarquía

por

E. Giménez Caballero

Reasumamos. Nos hemos servido de la Pintura nueva para demostrar la crisis del Arte Occidental. Nos hemos valido de la llamada Nueva Arquitectura, para señalar el fracaso de la revolución mundial comunista.

Al final de ambos capítulos—jambas de la teoría—hemos dejado entreabiertas algunas insinuaciones. Para apercibir, por su hueco, una afirmación categórica:

Que la primacía del Estado era la primacía de lo *arquitectónico*. En su más amplio y etimológico sentido.

Arquitectura: arte de Estado, función de Estado, esencial del Estado.

Ante ella, las otras artes—como falanges funcionales—deberían disciplinarse para ocupar su rango de combate y ordenamiento.

No se nos ocurrirá, sin embargo, entrar en una clasificación arbitraria de las otras artes. Aun teniendo, como tenemos, esa clave estimativa de lo *jerárquico*, para atrevernos al ensayo.

No. Preferimos blandir solamente este punto de vista de la *jerarquía* para destacar el error en que hasta ahora han caído los clasificadores románticos de las artes.

El problema de la numeración y delimitación de las artes es un problema de mentalidad romántica. De retoricismo romántico.

Conocido es el origen de su primera tentativa en la historia. Lessing y su *Laoconte*. El siglo XVIII.

En el mundo antiguo y en el medieval, se llamaron *artes* a disciplinas que no tenían nada de común, con aquellas otras que en etapas modernas se llamarían *bellas*. Por ejemplo: la Gramática y la Medicina.

Los límites de *Artista* y de *Artesano*—en épocas gremiales y de sindicato, como los siglos cristianos de la Edad Media—fueron muy imprecisos.

¿Hasta dónde dejaba de ser la pintura un *arte de servicio a algo superior* (del modo como lo eran la orfebrería y el bordado) para alcanzar un rango de independencia?

En Roma, los cómicos y los pintores procedían de los esclavos. Eran proletarios. Gentes criadas para servicios públicos. *Criados*.

La clasificación medieval en *Artes Mayores* y *Artes Menores* nos vuelve a parecer, dentro de su vastedad genérica, una excelente discriminación. Sobre todo porque ya en nuestro mundo actual es difícil confundir el concepto de *ciencia* con el de *arte*. No obstante, cada día se afirma más la tendencia a identificar lo científico como una forma de expresión artística, de creación partida de bases intuitivas. Al fin y al cabo, un sistema de filosofía, un postulado biológico, una teoría física, como esa de la relatividad, tienen mucho más de inspiración que de rigurosidad exacta. Platón tenía una vez más razón cuando afirmaba en su *Fedro* que todo cuanto es racional y frío análisis queda en la zona de lo mediocre. Sólo la inspiración, la delirante voz de Dios que habla dentro del hombre, encendiéndole de sacro furor, le revela las supremas verdades. El arte y la ciencia auténtica son para Platón ímpetus de delirio.

Que Platón y Aristóteles tuvieron la obsesión de hallar primacías entre las artes, ya lo sabemos. Y ya lo hemos indicado, al señalar la gracia que Platón concediera a la Filosofía y a la Música, como artes de expresividad *esencial, ideal*. Así como en el Renacimiento, Leonardo prefirió la Pintura y Miguel Angel la Escultura.

Pero es lo cierto que hasta los orígenes dieciochescos del Romanticismo no se presentan de modo patente ensayos sistemáticos de clasificación artística.

Se dice que antes del famoso *Laoconte* de Lessing, ya Du Bos, Batteux, Diderot y Wolff indagaron diferenciaciones y nexos entre las artes. Abriendo así el paso al romántico alemán que quiso precisar el objeto específico de poesía y de pintura, para reaccionar contra el confusionismo aquel de

ut pictura poesis, en que estaban metidos los Spence y los Caylus cuando pretendían deducir el valor de un poema como la *Iliada* por los cuadros pictóricos a que daba lugar.

De Lessing partieron las variantes clasificatorias posteriores entre las artes.

Así, Kant distinguió las artes de la *palabra*, del *gesto* y del *sonido*.

Schelling, las *artes ideales y reales*.

Hegel hizo depender de la Poesía las artes figurativas y la música.

Schopenhauer se atuvo al ordenamiento de las ideas que expresaba cada arte.

Herbart, el pedagogo, consideró a las artes algo así como continentes vírgenes, como tóraces de enfermos, o como mentalidades infantiles, *que pudiesen ser o no exploradas*.

Schasler tuvo una teoría, que, con específica variación, es la que sostiene hoy en España Eugenio d'Ors.

Scharler distinguió las artes de *movimiento* y las de *reposo*. Como d'Ors diferencia las *artes que vuelan* y las *artes que pesan*.

En el sentido platónico de hallar un *arte supremo* hubo varias opiniones. Para unos, el supremo arte era la Poesía. Para otros, la Música. Para otros, la Escultura. Sulzer señaló la Opera. Y en esta dirección desarrolló Wagner su famosa teoría de las artes reunidas en lo operístico.

Otros esteticistas, como Basch, partieron del alma del artista y no del arte para encontrar un sistema.

Por fin, a Schleiermacher se le ocurrió poner un día el dedo en la llaga, preguntando a Lessing hasta qué punto tenía sentido esa diferenciación individuadora de las artes.

Croce, partiendo de esa duda inicial de Schleiermacher, expresó su radical afirmación negativista: negando los límites estéticos de las artes y también la reunión de sus nexos. *Podrían quemarse todos los volúmenes de clasificación y sistemas de las artes*—exclamó Croce.

Porque lo que a Croce le interesaba alcanzar no era tanto la autonomía de cada arte particular como la del Arte. La independencia del Arte, del fenómeno estético, de la expresión artística. Croce partió, sin decirlo, de la gran revelación platónica de que *toda expresión del espíritu humano es arte*. Y de ella hizo toda una *política estética*.

La teoría liberal de Croce ha tenido consecuencias en el actual *expresionismo*, sobre todo germánico, que ha centrado sus investigaciones sobre el *lenguaje* y el *estilo*, siguiendo la identificación crociana, es decir, pseudoplatónica, de *arte* = *lenguaje*.

En esta dirección se mueve hoy la más reciente retórica. De la que estamos disconformes. Ya que el *expresionismo retórico* a lo Vossler, no es sino una modalidad de la mentalidad liberal, aplicada a esas disciplinas espirituales.

Frente a esa tendencia *individuante, estilística*, de hallar en cada autor, en cada obra, en cada arte, *un estilo específico e intransferible, un derecho enajenable*, nos alzamos los que soñamos en someter de nuevo artes, individuos y técnicas espirituales a una *disciplina*, a una *jerarquía*. (A una *función*, como diría nuestro Ramiro de Maeztu.)

Y lo mismo que desde el Estado, puesto de mando, hallamos esa ordenación en lo político, así, en el Arte, queremos encontrarla, desde el supremo arte del Estado: la arquitectura.

CAMPAMENTO

NUEVO CRONICON DE CRUZADAS

Y en medio de todos los hallazgos errantes. Con vicio de entelequia y
de golpe y porrazo. Así pero también con un gusto más antiguo que
el de los ojos de las mujeres nuevas. Porque como que el ojo estaba
aprovechado de grises y azules y otras banderas. Algunas bonitas, todas
lo propias para a la boca. Todas eran mujeres de corazón libre. En
cambio, las jóvenes solían el Huevo y el ojo y la gracia. Muchas solían
pasar por el Hospital y la Cárcel. Otras por el dolor de los amigos. Y
otras por la falta de voluntad. Las y otras solían ir a los ojos
con cuidado. Y todas, y así, cuando aquella mañana del 12, el 1200.

CAMPAMENTO

NUEVO CRONICON
DE CRUZADAS

TOQUE DE DIANA

Y nació como todos lo habíamos previsto. Con vuelo de estandartes y de golpe y porrazo. Así: pero todavía con un gesto más antiguo que el de los ojos de las mujeres novias. Parecía como que el aire estaba agujereado de gritos y asaltos y vivas banderas. Algunos hombres tenían la sorpresa junto a la boca. Todos eran mayores de cuarenta años. En cambio, los jóvenes sabían el Himno y el rito y la noticia. Muchos habían pasado por el Hospital y la Cárcel. Otros por el dolor de los amigos. Y todos por la lucha universitaria. Los puñetazos heroicos junto a las aulas eran comunes. Y trofeo. Por eso, cuando aquella mañana del 19, el joven

—todos los jóvenes de la Ciudad—saltó de su cama intranquilo y febril, sin despertadores de ir a clase; con ese otro despertador de las trompetas y los tambores, no iba en busca de exámenes de Humanidades o Ciencias, sino en busca del título de Varón Soldado. A mostrar al sol temprano su camisa azul título de Vasconia. A salir hacia Madrid. Hacia donde la Patria reclamase un parapeto de pechos exaltados. El Joven—todos los jóvenes de la Ciudad—marchó a Capitanía, un poco extrañado y muy alegre de ver en los escaparates sin desperdiciar el triunfo de su camisa azul. Los guardias lo miraban con cascos paternales. Y el joven—que había sido surrealista—se esforzaba en no ver lágrimas en el casco del guardia. Dos generaciones estaban frente a frente en el reducto mismo de la Ciudad. Una la del joven y otra la del señor que lo miraba y remiraba, bastón bajo el brazo, diciendo atónito en su interrumpida Misa:

—Si estos chicos no fuesen tan poco católicos.

El joven penetró, después de alzar su brazo frente a la Capitanía, intentando causar sus ganas de saludo, en una Iglesia. Oró brevemente. Con lágrimas. Porque al decir la frase graciosa: *Y bendita Tú eres entre todas las mujeres*, pensó en la Madre y en la Hermana y en la Novia. Las tres recién levantadas y alegres e ignorantes, casi la tarde anterior se había confesado. El sacerdote, que era sabio y viejo le dijo:

—Los que vais a morir en defensa de la Patria lo hacéis en el Santo Nombre de Dios Padre. Aprende hijo mío la consigna de la oración. Y que ningún peligro te sorprenda en pecado de cobardía o de vicio.

Por eso el joven oró brevemente y salió, otra vez a la calle. Porque ya se oían cánticos y era preciso andar y andar. Y reunirse en el punto que los jefes señalaron en días anteriores.

Esto lo aprovechó el señor del bastón para gritar Viva España y volver a decir:

—Bastón amigo: si estos jóvenes no fueran tan poco católicos...

En la Plaza Circular ya sonaban frases exactas y ardían iluminados brazos en alto. Allí estaba el joven—todos los jóvenes de la Ciudad.—Ignorante del juego abría la prensa con avidez. El General Franco y el General Mola. Burgos es nuestro. Y Asturias. Por fin lo que expresaba: Esta tarde saldrán hacia Madrid fuerzas del Ejército, de la Falange y del Requeté. Y entonces hubo un gozoso advenimiento de despedidas. Todos es-

taban conformes en la misma frase: Adiós. Esta tarde voy a Madrid. Pero no se quién dijo: Mañana a la mañana entraremos en Madrid. Habrá tiros urbanos. Largo Caballero decretó anoche la huelga.

(El joven se acordó de la nerviosa tarde anterior. Estuvo esperando la cita suprema, completa su tensión de ansiedades heroicas. Y no llegó. Aquella noche había verbena madrileña o epitafio con olor a churros, de las fiestas. Por si acaso se entrenó en las casetas de Feria tirando con humilde carabina. Decía: Escucha; este es el que vende Mundo Obrero: este el chulo que quiso matar a un camarada. Y hacía completa diana. Después la verbena no vino. Pero el joven se acordará toda la vida de unos disparos. Y del paso de cuatro Guardias civiles y un corneta por la Calle Mayor hacia la Capitanía.)

Cruzó una bandera, doblada, en las manos de un camarada. Y el joven buscó el asta. Por fin la Cámara del Comercio, que estaba en las horas de la limpieza la dió al joven, y con la bandera al frente, marcharon los camisas azules hacia su objetivo de deshauciados: buscar un hogar. Y aquel había de ser, por imperativo de la madrugada este: Izquierda Republicana. También allí se necesitaba la escoba. Nadie sabía si aquel centro estaba o no ocupado. Dos pistolas ametralladoras, pues, delante. Y más adelante la bandera. La puerta cedió de una patada solemne, casi protocolaria. Y los ocho primeros camaradas llenaron de gritos el local vacío. No tuvieron coraje, sus dueños, ni para defenderlo. Y luego el balcón, sobre la Plaza. Con manos gozosas e indignadas un estúpido letrero cayó, roto, sobre el asfalto. Y un retrato. Y un busto excitante. Y una bandera. Ya estaba limpio el local y la Falange tenía abierta su casa para recibir a los camaradas de los pueblos que venían, por escuadras, en camiones descubiertos. Todos con el mismo himno y el mismo gesto y el mismo grito: ¡Arriba Español. Fueron aquellas siete de la mañana las horas más gloriosas que jamás vió el cielo despejado.

R. G. S.

PARA QUIEN LO BEBA
REVIENTE

Ayuntamiento de Madrid

EL VASO DE RÍCINO

PARA QUIEN LO BEBA
REVIENTE

PARA LA POLÍTICA

Cruzada contra Política. Así canta el perfil exacto de la *Falange* su verso impasible y extremecido de Epopeyas: con este signo puro, ardido de llamas impacientes, como sol que preside, en gozo, la mañana de el España. Cruzada contra la política. Recientemente. Porque es la divisa eterna de un escudo—el nuestro—dibujado de corazones rotos, de vidas agonizantes en el batallar, de pobreza y de cárceles. Cruzada contra Política. Porque la política es un nombre adjetivo de este otro, substancial y sagrado: España. Un adjetivo torpe y fofo, oliente a cosmético parisino transrrevolucionario; a cultura cursi; a Estado liberal, decadente e inútil. La política—esta encarnación desgraciada y decimonónica de la política—derrotó a España: la encadenó; la encarceló en la cárcel extranjera de las Cancillerías y de las diplomacias, con el pretexto y la cobardía de *poner a España a tono con Europa*; y la ancha tierra castellana, oracional y agrícola, sólo admite en su carne austera y paridora el filo risueño del arado o el otro, heroico, de las espadas; campo eterno para librar batallas, y germinar trigos, y gritar oraciones teresianas, anhelantes de Dios. Así es la substancia la médula española. Contra la política que busca cuevas para

conspirar y esquinas de traición para dar por la espalda puñaladas traperas y parlamentos para adormecer, con palabras, la miseria y el dolor del pueblo.

Por eso, la *Falange* joven contra la política. Contra toda política. Como una Cruzada. Como un Tercio. Como una Escuadra. Como una *Falange*. Con fe y austeridad de monje; con templanza y heroísmo de soldado; con emoción de poeta en el alma; con sencillez y alegría de labrador. Como un cruzado de España.

Raimundo de Fitero tenía blancos sayales de inocencia, y en los labios oración de oros y en el alma ardor de vigiliat y de batallas. Era monje. Pero en la vena abundante le corría la sangre española. Y encima del sayal se tejió mallas, cotas, rodela, flechas. Se hizo monje y soldado; mejor, Cruzado. Y levantó Falange de campesinos, de caballeros, de poetas que sujetaban el ardor combativo—Flechas—con el Yugo de la oración y de la cruz. Por eso España se salvó con Calatrava; porque allí surgía la estirpe exacta, católica, castrense e imperial. Raimundo de Fitero, el Cruzado, un precursor genuino de nuestra *Falange*; un signo de luz en otros cielos azules de nuestra mejor historia; otro Capitán nuestro. Otro lucero, ahora, en la guardia Celestial y Eterna. Cruzada contra política. Entonces, ahora y siempre, si queremos buscar *nuestra España*.

¿Que la Política—¡ay la voz profética de Yagüel!—quiere cortar nuestros avances de conquistar la Patria, con el sacrificio y la sangre de esta guerra? Pues si la Política no tiene corazón ni entrañas ni sabe mirar con lágrimas, la pila infinita de nuestros Caídos, ya se verá morir cuando se le claven en la carne sensual y maldita nuestras Flechas delirantes y ardidat.

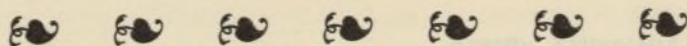
Encontraremos a España. Por caminos rotos, aspillados de metralla y de agonía. Y al abrazarnos, con Ella, por encima de los fusiles y de las granadas y de las trincheras, abriremos nuestros brazos en cruz; como lo que es la *Falange*. Como Cruzada.

FERMÍN YZURDIAGA LORCA.

NUESTRA CORONA
DE
LAVREL



Mientras ganaba forma y vida este primer número de JERARQVIA, dos de nuestros mejores en esta Falange de la Sabiduría han logrado laureles frescos en estadios romanos y españoles. El camarada Ernesto Giménez Caballero obtuvo de la Nueva Roma el Premio San Remo, para él y para la Falange, con su *Roma resurgida en el mundo*. El camarada Fermín Yzurdiaga Lorca consiguió el Premio Mariano de Cavia, lauro máximo del periodismo español, con su *Concilio de Santa María y Dogma de España*. En esta hora de vísperas, la Falange—firme ejército del Imperio, ardida nave en los mares del Espíritu—gana sus batallas con la serena disciplina de los actos de servicio: esos que nos dan un puesto glorioso sobre los luceros o un lugar en la dignidad difícil de la Ciudad. JERARQVIA teje así para sus sienes recién nacidas la gloria y el deber de su Corona de Laurel.



JERARQUIA

EDICIONES
DE LAS DOS ESPADAS

LIBRO DE LOS HÉROES DE NAVARRA

por Fermín Yzurdiaga Lorca

ANTROPOGRAFÍA

por Pedro Lain Entralgo

TRACTATVS DE MONARCHIA

por Dante Alighieri

Estudio y versión de Angel María Pascual

EVGENIO O PROCLAMACIÓN DE LA PRIMAVERA

Esto es como la historia del muerto que yo hubiera querido ser

por Rafael García Serrano

HAZ DE FLECHAS — POESÍA

por Carlos Foyaca

INTERPRETACIÓN DEL HOMBRE. VIDA-MILICIA

por Fermín Yzurdiaga Lorca

FILOSOFÍA DE LA FALANGE

por la Escuadra de JERARQVIA

NVEVA POLÍTICA DEL MVNDO — EL IMPERIO — LA CIVDAD
LA VNIVERSIDAD

por Angel María Pascual

ESTELA EN EL MAR

por José María P. Salazar

NAVARRA Y LA HISPANIDAD

por Angel de Huarte

LIBRO DE LOS HÉROES DE NAVARRA

por

Fermin Vzurdiaga Lorca

TABLA

DISCURSO AL REYNO DE NAVARRA

LOS SANTOS

Fermin, el Sembrador. Xavier, que tenía embajada de Mares. Veremundo, virgen, abad, viejo.

LOS REYES

Los Doce Ancianos. Sancho, el Fuerte, de las Navas. Alfonso, el Batallador. Carlos III, el de las manos franciscanas.

LAS PIEDRAS

Roncesvalles, refugio de Peregrinos. Leyre, Corte y Corazón del Reino. Olite, el Trono sin Señor. Calatrava, la Orden Militar de Navarra.

LOS SABIOS

Ximénez de Rada, Cardenal de España. Carlos de Viana, el Príncipe que murió de amor. Malón de Chaide, el del paisaje interior. Juan Huarte de San Juan, el catador de hombres.

LA LEYENDA

El sueño beato del Abad Virila. Voz angélica de Garín. Enigma de amor y de hierro.

LA GLORIA

San Miguel in excelsis. Navas de Tolosa, la batalla de Dios. Cruzada del Rey Teobaldo. Navarra y Atenas, sueño imperial.

SALMO DE ALABANZAS PARA NAVARRA



ANTROPOGRAFÍA

O

Estudio de la persona humana.
Primera contribución a una
psicología de la personalidad

por

Pedro Lain Entralgo

PROSPECTO INICIAL

ARQVITECTVRA DE LA PERSONALIDAD HVMANA

El Hombre y los órdenes de la Cultura.—Concepciones arcaica y barroca del hombre.—La concepción clásica.—Una tentativa de Arquitectura humana al modo clásico.—El nuevo concepto del hombre y la Nueva Cultura.

LA DIMENSIÓN DEL ESPÍRITU

El médico ante el problema del espíritu.—Fenomenología del espíritu humano: comprensión y explicación.—La crisis ochocentista y el retorno de la sabiduría.—La intuición vital y el espíritu: de Bergson a Klages.—El arte de curar y el espíritu.—La vuelta al ser de las cosas: Brentano y sus discípulos.—La visión contemplativa: Dilthey y su escuela.—La obra de Ortega y Gasset.—Solución del problema del espíritu.

EL HOMBRE ANTE EL MVNDO

Ser y existir en el hombre.—El estar en el mundo.—Penetración del mundo en el hombre: percepción y pensamiento.—Versión del hombre sobre el mundo: acción y expresión.—El mundo circundante humano: mundo de los valores, mundovital, mundo físico.—El hombre como creador de Cultura.

TECTÓNICA DEL ACTO PERCEPTIVO HVMANO

Biología humana de la percepción.—Modos de estudio.—Planos objetivo, neurofisiológico y vital del acto perceptivo.—Psicología de la figura.—Visión del movimiento.—Percepción y emoción.—Planos noético e intuitivo.—Orden universal de las percepciones.

LA MEMORIA HVMANA

Los seres en el tiempo.—La memoria, victoria sobre el tiempo.—Memoria y experiencia.—Formas primitivas de la memoria.—El hábito.—Bergson y Janet: crítica.—La memoria desde fuera.—Memoria y sentimiento.—Ideas para una psicobiología de la memoria.—El ansia de intemporalidad.



ESTA REVISTA FVE IMPRESA
EN PAMPLONA. EN LA EDITORIAL
ARAMBVRV. AÑO DE CRISTO
MCMXXXVI. XV DE LA NVEVA
ROMA, EN LA VISPERA DE LA
FALANGE

LAVS DEO

NOTA

Otra Primavera. Con el gozo de fecundidad que tiembla emocionadamente en las yemas de los almendros, en el corazón del hombre, y en la flor de la espiga. Con la impaciencia alegre del capullo que se rompe en rosa de primicia. Jóvenes. Porque la Primavera no sabe del temblor del viejo: ni de la tierra estéril: ni de la fuente sin agua: ni del labio sin oración: ni del alma sin luz. Así va JERARQVIA: de cara a la Revolución, que busca las raíces eternas del Imperio de las Españas, bajo esta especie ardida de José Antonio: «¡Ay del que no sepa levantar, frente a la Poesía que destruye, la Poesía que promete!». Primavera es Promesa de Poesía: esta Primavera de Rosas de sangre y de Flechas de sangre, que gritan la realidad y el signo de aquel decir: «A los Pueblos no les han movido nunca más que los Poetas». Fecundidad: Impaciencia: Juventud: Poesía. Y, escondida, la piedra angular de toda arquitectura, el alma de los hombres y de los pueblos: el Amor que es también Primavera De nuestra Vida breve. Para la Vida eterna.

DIRECCION
AVENIDA DE SAN IGNACIO, 3
PAMPLONA

ADMINISTRACION
CVARTEL MARTINEZ DE ESPRONCEDA
PAMPLONA